

Hace poco más de cuarenta años aparecía en Londres el *Socialist Register*. Sus fundadores eran dos marxistas británicos que, con el correr del tiempo, se convertirían en luminosos referentes del pensamiento contemporáneo: el historiador John Saville y el sociólogo y politólogo Ralph Miliband. El propósito de la revista era, según ellos, promover el examen crítico del capitalismo contemporáneo mediante la utilización de la más rigurosa metodología del análisis social. La revista se alejaba, por lo tanto, de las diversas versiones del pensamiento de izquierda que habían condenado a la tradición teórica socialista a lo que parecía un lento pero irreversible ocaso. En sus páginas no habría espacio alguno para la *vulgata* estalinista y para las esquematizaciones que habían hecho del marxismo un *corpus* de consignas altisonantes pero sin vida. No correrían mejor suerte aquellas reverberaciones del así llamado "marxismo occidental", ese repliegue del marxismo hacia los alambicados territorios de la epistemología y la filosofía contemplativa, con su arrogante desdén por los terrenales problemas de la política y la economía, para no hablar de la revolución. Por supuesto, tampoco tendrían cabida las contribuciones de quienes, en el fervor optimista del *boom* de posguerra, cantaban loas al capitalismo y abandonaban definitivamente el proyecto de su superación.

Pero entonces, ¿quiénes serían los animadores de la revista? Aquellos que, desde diversas perspectivas teóricas dentro y fuera de la tradición marxista, planteasen una crítica radical a la sociedad de su tiempo. La línea de demarcación pasaba por el intransigente rechazo a la sociedad capitalista: quienes pensaban que esta había cambiado, que existía un "nuevo capitalismo" que se había despojado definitivamente de su naturaleza inherentemente explotadora y que por lo tanto había llegado la hora de archivar los sueños de la transformación radical, esos nada tenían que hacer en la *Socialist Register*. Los que, por el contrario, seguían creyendo, a favor de una abrumadora evidencia histórica y contemporánea, que la esencia profunda de la sociedad capitalista permanecía inalterada más allá de los cambios que se observaban en la superficie, tendrían las puertas abiertas de par en par para exponer sus ideas.

De este modo, la revista inició y sostuvo exitosamente un esfuerzo que ya lleva cuatro décadas —¡y qué cuatro décadas!— de promoción de la mejor tradición del pensamiento socialista. Una tradición que combina la crítica implacable de todo lo existente, al decir de Marx y Engels, con un compromiso a la vez ético y político con la creación de una nueva sociedad que deje atrás la inhumanidad de la sociedad capitalista, cuya naturaleza predatoria en todos los órdenes de la vida, desde lo social hasta lo ambiental, es hoy más que evidente. Los años subsecuentes a la creación del *Socialist Register* demostraron que el marxismo británico era un terreno fecundo en el cual podía prosperar una reflexión crítica sobre la sociedad actual. Felizmente, esa influencia original no se cristalizó en una visión parroquial y anglocéntrica sino que fue el foco en donde habría de

convergir una genuina reflexión internacional, y además internacionalista, en torno a los grandes desafíos teóricos y prácticos del pensamiento socialista contemporáneo. Fue así que junto a nombres como el de E. P. Thompson, sumado a los de Saville y Miliband, encontramos desde sus primeras ediciones a autores como Isaac Deutcher, Georg Lukacs, Ernest Mandel, Harry Magdoff, A. Abdel-Malek, Jean-Marie Vincent, K. S. Karol, Marcel Leibman, André Gorz y Hamza Alavi, entre tantos otros notables. Tamaña amplitud de convocatoria se correspondía con una igual actitud en relación a la temática abordada en las páginas de la revista, en donde temas como el imperialismo, las luchas de liberación nacional, el destino de la Unión Soviética y los socialismos del Este europeo, el curso del desarrollo capitalista, los problemas de la estrategia socialista, y la emergencia de nuevas formas de lucha popular, ocupaban reiteradamente su atención. En un brillante trabajo de historia intelectual y política publicado en la edición de 1994 del *Socialist Register* para conmemorar sus treinta años de existencia, Ralph Miliband decía que el rasgo más notable de la revista era la consistencia de la perspectiva teórico-política que había informado la línea editorial de la misma a lo largo de esos años. "No necesariamente la consistencia es la más admirable de las virtudes", decía Miliband, "porque puede revelar la empecinada negación a reconocer los cambios que ocurren en el mundo. Pero, por otra parte, puede indicar un saludable rechazo a las modas y los tics de la época. Y nosotros evitamos esto". Y es verdad: una somera revisión de los trabajos que vieron la luz a lo largo de estos cuarenta años dejaría al lector asombrado ante la consistencia de sus orientaciones teóricas generales y de un marxismo amplio y abierto que no hacía concesión alguna a las modas de su tiempo. Un pensamiento que hacía gala de una riqueza analítica y una originalidad extraordinarias, evidenciando una vitalidad teórica insospechada y, lamentablemente, poco conocida inclusive en los círculos de la izquierda y sus organizaciones sociales y políticas.

Una de las claves que explica este notable resultado es la infrecuente combinación de razón y pasión. Razón, porque lo que ha caracterizado a la revista ha sido el indeclinable respeto por los más estrictos cánones del análisis científico de la realidad social. Pasión, porque ese análisis, en consonancia con la célebre Tesis XI de Marx, está puesto al servicio de un proyecto de transformación radical de la sociedad capitalista, de su definitiva superación histórica como forma inhumana de organización de la vida social. Por eso los escritos publicados a lo largo de todos estos años reúnen la rara condición de ser textos de indudables méritos académicos, producidos por algunas de las más renombradas figuras internacionales de la historia y las ciencias sociales, que al mismo tiempo tienen un valor no menos relevante como instrumentos políticos de una crítica radical de nuestro tiempo y, por lo tanto, iluminadora de nuevos caminos para la construcción de un mundo mejor.

Es precisamente esta feliz combinación de excelencia en el plano teórico y científico junto a un irrenunciable compromiso con el proyecto de construir una sociedad más libre, igualitaria y plural, justa, democrática, y emancipada lo que nos ha movido a propiciar la edición en lengua española del *Socialist Register*. La coyuntura actual de América Latina y el sistema internacional reclama con urgencia el aporte teórico indispensable para que nuestras sociedades puedan

avanzar lo más rápidamente posible por un sendero que las aleje de las perspectivas del holocausto nuclear, ecológico o social que nos aguarda al final del camino del capitalismo global. De no poner término a la suicida irracionalidad de la lógica capitalista, será este y no el beatífico "fin de la historia" de Francis Fukuyama y el "pensamiento único" lo que podría llegar a poner violento fin a la historia de la especie humana en el planeta Tierra. Para impedir tan funesto desenlace se requiere de la actividad práctica de hombres y mujeres concientes y organizados, capaces de luchar por ese otro mundo que sabemos que es posible y necesario. Pero hace falta algo más: un mapa adecuado para transitar por el campo minado del capitalismo neoliberal, que nos permita conocerlo minuciosamente, en todos sus detalles. Que ponga al descubierto todos sus mecanismos de dominación, desde los más sutiles y subliminales –profusamente utilizados en el terreno de la cultura y los medios de comunicación de masas– hasta los otros, más desembozados, empleados en la economía y la política contemporáneas. La historia reciente ha venido a reafirmar una vez más la verdad contenida en aquel viejo *dictum* que decía que "no hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria". Se podría parafrasear esa sentencia, en consonancia con el carácter "blando" del discurso político actual, y decir, con palabras más agradables para el espíritu de nuestra época, que "sin teoría emancipatoria no hay práctica emancipatoria". Se trata de lo mismo, en ambos casos: la fusión entre las luchas prácticas de los sujetos sociales con una teoría que les permita conocer adecuadamente el terreno donde libran sus batallas y la dirección por la que deben marchar en pos de su liberación. Una teoría, dicho sea al pasar, que no surge de la cabeza olímpicamente aislada de un intelectual resentido con la sociedad actual sino que es una creación colectiva, el famoso Príncipe colectivo gramsciano, sintetizada por algunos autores a partir de la experiencia práctica de las luchas populares.

El *Socialist Register* ha hecho contribuciones importantísimas a la elaboración de esta verdadera cartografía para la liberación. El volumen con el que iniciamos la divulgación en lengua española de la revista se ocupa del "nuevo desafío imperial", y en él se examinan los más diversos aspectos que caracterizan al imperialismo contemporáneo, ofreciendo una mirada fresca y renovada sobre el tema crucial de nuestro tiempo y en el cual se juega el destino de la humanidad. La preocupación de CLACSO por recuperar las raíces del pensamiento crítico latinoamericano y por enriquecerlo con las grandes aportaciones universales, entre las cuales el marxismo ocupa un lugar no único pero sin duda destacadísimo, encuentra en la revista un aliado formidable para tan noble tarea. Las coincidencias no podrían ser más profundas: excelencia teórica y científica con pasión transformadora y compromiso con las luchas emancipatorias de nuestro tiempo. Estamos seguros de que la difusión de los materiales del *Socialist Register* habrá de servir de fecunda fuente de inspiración a los estudiosos de las sociedades latinoamericanas. Confiamos también en que su publicación en lengua española pueda servir para que la rica producción de las ciencias sociales de nuestros países se incorpore activamente al debate de las izquierdas en los capitalismos metropolitanos.

No puedo cerrar este breve y esperanzado prefacio sin expresar mi gratitud hacia los editores actuales del *Socialist Register*: Leo Panitch, Profesor de Economía Política Comparada de la Universidad de York, en Canadá, y Colin Leys, Profesor Emérito de Ciencia Política en la Queen's University de Ontario, Canadá, dos sobresalientes científicos sociales de nuestro tiempo y dignos herederos de la tradición teórica y política instituida por Saville y Miliband al fundar la revista. Su solidaridad, confianza y generosa ayuda hicieron posible poner a disposición de los estudiosos hispanohablantes las agudas contribuciones reunidas en las páginas de la revista. Quiero agradecer también a Anthony Zurbrugg y Adrian Howe, de la Merlin Press de Londres, una casa editorial íntimamente vinculada a las luchas emancipatorias en todo el mundo y especialmente en África, por su fraternal colaboración para llevar adelante este proyecto. Finalmente, a Emilia Castorina y Ruth Felder, que tuvieron a su cargo la difícil tarea de traducir los textos desde su versión original en lengua inglesa; a Ivana Brighenti, Sabrina González y Bárbara Schijman, que colaboraron con infinita paciencia y gran dedicación a la verdadera "labor de Sísifo" de revisar las traducciones y asegurar que los textos conservaran su brillantez expositiva y el total respeto a las fuentes bibliográficas y documentales que traían en sus versiones originales. A Florencia Enghel, que tuvo a su cargo la revisión final de la revista. Y a Jorge Fraga, coordinador del Área de Difusión de CLACSO, Miguel Santángelo y Lorena Taibo por asegurar que este trabajo fuese presentado al público lector durante la realización del Foro Social Mundial de Porto Alegre en enero de 2005.

Atilio A. Boron

Editor

Socialist Register en español

**Capitalismo
imperio norteamericano***

global

e

Leo Panitch y Sam Gindin**

"El imperialismo americano... ha sido plausible y atractivo en parte gracias a su alegato de que no es imperialista"

Harold Innis, 1948¹

El imperio norteamericano ya no está más oculto. En marzo de 1999, la portada del *New York Times Magazine* exhibía un gran puño apretado pintado con las estrellas y barras de la bandera estadounidense sobre la frase: "Lo que el mundo necesita hoy: para que la globalización funcione, Estados Unidos (EUA) no debe temer actuar como la potencia todopoderosa que es". Allí se destacaba el "Manifiesto for a Fast World" de Thomas Friedman que urgía a Norteamérica a tomar las riendas del orden global capitalista: "la mano invisible del mercado nunca funcionará sin un puño invisible (...) El puño invisible que mantiene al mundo seguro para las tecnologías de Silicon Valley se llama ejército de EUA, fuerza aérea, armada e infantería de marina". Cuatro años más tarde, en enero de 2003, cuando ya no tenía caso seguir fingiendo que el puño estaba oculto, el *Magazine* presentó un ensayo de Michael Ignatieff titulado "The Burden": "¿qué palabra sino "imperio" describe mejor la cosa

imponente en que se está convirtiendo Norteamérica? (...) Ser un poder imperial (...) significa fortalecer dicho orden mundial y hacerlo en función del interés norteamericano"². La frase "El Imperio Americano (Acostúmbrate a él)" ocupó toda la portada del *Magazine*.

Por supuesto, los estrategas geopolíticos del estado norteamericano ya estaban encaminados en este sentido. Entre aquellos más cercanos al ala demócrata del *establishment*, Zbigniew Brzezinski no escatimó palabras en su libro *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, al afirmar que "los tres grandes imperativos orientadores de la estrategia geopolítica norteamericana son impedir la colusión entre –y preservar la dependencia de– los vasallos más poderosos en cuestiones de seguridad, mantener la sumisión y obediencia de las naciones tributarias y prevenir la unificación de los bárbaros"³. En el mismo año, los intelectuales republicanos, quienes eventualmente escribirían la Estrategia de Seguridad Nacional para la Casa Blanca de Bush, fundaron el Proyecto para un Nuevo Siglo Americano con el objetivo de convertir la expansión imperial en el principio rector explícito de la política estadounidense⁴.

La mayor parte de lo que hoy generalmente se considera un análisis serio en la justificación del uso del término "imperio" en relación a EUA, es en realidad sólo una analogía, implícita o explícita, con el imperio romano. Esto no es para nada absurdo si consideramos la definición de "romanización" que ha dado recientemente un excelente libro acerca del imperio romano:

[Romanización] entendida como la asimilación de la cultura y la cosmovisión política romana por parte de los pueblos conquistados. Los conquistados se volvían socios en la conducción del imperio. Se trataba de un proceso selectivo que se aplicaba directamente sobre los sectores altos de las sociedades sometidas pero afectaba a todas las clases, con beneficios para algunas y consecuencias negativas para otras (...) La supremacía romana estaba basada en la combinación magistral de violencia y persuasión psicológica –los castigos más duros para aquellos que la desafiaban, la percepción de que su poder no conocía límites, y los premios reservados sólo para aquellos que se conformaban⁵.

Sin embargo, una analogía no es una teoría. Es sorprendente la falta de un análisis serio de la economía política o de los patrones históricos de determinación que expliquen el surgimiento y reproducción del imperio norteamericano, como así también de las dimensiones estructurales de la opresión y la explotación correspondientes. Esto no hace más que recordarnos por qué el marxismo ha llevado la delantera en la teorización del imperialismo durante la mayor parte del siglo XX. No obstante, como ha señalado el destacado marxista hindú Prabhat Patniak en su ensayo "Whatever happened to Imperialism?", hacia 1990 el tema también "ha desaparecido virtualmente de las páginas de las revistas marxistas" y los propios marxistas parecen "aturdidos" cada vez que se menciona el término. Los costos de esto han sido muy serios para la izquierda ya que el concepto de imperialismo siempre ha sido especialmente importante tanto por sus cualidades emotivas y movilizadoras como por su aspecto analítico. En la visión de Patniak, más que un "silencio teórico auto-consciente", el "hecho mismo de que el imperialismo se ha vuelto tan apto para 'manejar' cualquier desafío potencial a su hegemonía nos ha vuelto indiferentes a su omnipresencia"⁶. Aún así, el silencio de la izquierda en relación al imperialismo refleja también serios problemas

analíticos dentro de la propia teoría marxista del imperialismo. De hecho, esto se tornó obvio hacia principios de los años setenta –la última vez que el concepto de imperialismo tuvo gran circulación– ante el reclamo de que el tratamiento marxista del imperialismo, "en tanto un producto global indiferenciado de una determinada etapa del capitalismo", carecía de "dimensiones históricas y sociológicas serias"⁷. Como lo señaló Giovanni Arrighi en 1978, "hacia fines de la década del sesenta, lo que alguna vez había sido el *orgullo* del marxismo –la teoría del imperialismo– se había convertido en una torre de Babel, en la que ni siquiera los marxistas sabían ya cómo encontrar su camino"⁸.

La confusión era evidente en los debates de principios de los setenta respecto a la localización de las contradicciones del capitalismo contemporáneo. Estaban aquellos que se centraban casi exclusivamente en el "Tercer Mundo" y veían su resistencia al imperialismo como la única fuente de transformación⁹. Otros enfatizaban las contradicciones crecientes dentro del mundo desarrollado, promoviendo la visión de que la "hegemonía" norteamericana estaba en decadencia. Esta se convirtió en la mirada predominante y hacia mediados de los ochenta la noción de que "la erosión del poder económico, político y militar de EUA es inconfundible" se convirtió en un lugar común¹⁰. Aunque sólo unos pocos retomaron esa dimensión de la teoría marxista de la rivalidad inter-imperialista que sugería la posibilidad de una confrontación militar, todos esperaban una era de intensas pugnas económicas. Como lo señalaran Glyn y Sutcliffe, lo único seguro de predecir era que sin un poder hegemónico "la economía mundial continuaría sin un líder claro"¹¹.

Había, en efecto, no poca ironía en el hecho de que tantos continuaran dándole la espalda a lo que consideraban una noción de imperialismo pasada de moda, en el preciso momento en que se creaban las condiciones para ponerla nuevamente en el tapete en el *New York Times*. Incluso, después de la Guerra del Golfo de 1990-1991, la cual en los términos de Bruce Cumings "tenía el objetivo fundamental de asegurar el control norteamericano sobre (...) el petróleo de Medio Oriente", hacía falta un "microscopio electrónico para encontrar el uso del termino "imperialista" como descripción del papel de EUA en el mundo". La Guerra del Golfo, señalaba, "se desarrolló sobre la virtual eliminación de cualquier discurso crítico, lo cual era incitado por medios de comunicación complacientes en el marco de una atmósfera que sólo puede calificarse de totalitarismo liberal"¹². Como lo documentara ampliamente el reciente libro del conservador Andrew Bacevich, esto continuó durante los años noventa, incluso cuando la Administración Clinton había ido más allá que sus predecesores republicanos en aplicar el poder militar para sofocar la resistencia a la búsqueda agresiva de EUA de un "orden internacional abierto e integrado, basado en los principios del capitalismo democrático". Citando a Madeleine Albright, Secretaria de Estado de Clinton, decía en 1998: "Si tenemos que usar la fuerza es porque somos América. Somos la nación indispensable"; y también a Richard Haas, el Director de Planificación de Políticas del Departamento de Estado de la entrante Administración Bush, cuando en 2000 convocaba a los estadounidenses a redefinir "el rol global de su estado desde un estado-nación tradicional, para convertirse en un poder imperial", Bacevich argumentaba que el evitar continuamente el uso del término imperialismo no podía durar por mucho tiempo más. En el mejor de los casos, se trataba de un "astigmatismo";

en el peor, de "una preferencia constante por desviar la mirada de las grandes ambiciones e intereses egoístas que subyacen a toda la política de EUA"¹³.

A la vuelta del siglo, y más aún cuando los autores del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano fueron investidos de poder en Washington DC, el término imperialismo estaba finalmente de vuelta incluso en boca de muchos liberales. La popularidad del libro *Imperio* de Hardt & Negri ya había captado la nueva coyuntura incluso antes de la segunda guerra en Irak. Pero su insistencia (reflejando la muy difundida noción de que el poder de todos los estados-nación se había esfumado en la era de la globalización) en que "EUA no constituye –y, en realidad, ningún Estado-nación puede hoy hacerlo– el centro de un proyecto imperialista", estaba en bizarra contradicción con los tiempos que corren¹⁴.

Todo esto nos lleva a pensar que la izquierda necesita una nueva teorización del imperialismo que pueda trascender las limitaciones de la antigua teoría marxista de la rivalidad inter-imperialista "por etapas", permitiendo así una apreciación más completa de los factores históricos que condujeron a la formación de un único imperio informal norteamericano. Esto requiere comprender cómo el estado norteamericano desarrolló la capacidad de incorporar eventualmente a sus rivales capitalistas y vigilar la "globalización" – es decir, la difusión de las relaciones sociales capitalistas a todos los rincones del mundo. La teoría debería poder responder dos cuestiones claves, a saber: ¿qué es lo que hizo creíble la insistencia del estado norteamericano respecto de que no era imperialista? ¿Y cómo fue esto institucionalizado y puesto en práctica?; y, a la inversa, ¿qué es lo que hoy hace a todo esto inverosímil y cuáles son las consecuencias que esta falta de ocultamiento podría tener en términos de su atractivo y su capacidad para manejar el capitalismo global y sostener su imperio global?

Repensar el imperialismo

Hay una lógica estructural al capitalismo que tiende a su expansión e internacionalización. Esto fue célebremente captado por la descripción de Marx en el *Manifiesto Comunista* de un futuro que se parece asombrosamente a nuestro presente: "Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes (...) se forja un mundo a su imagen y semejanza". Pero al afirmar esta previsión de Marx se corre el riesgo de tratar a lo que hoy llamamos globalización como un proceso inevitable e irreversible. Debemos recordar que sus palabras también parecieron aplicarse a la realidad de fines del siglo XIX, cuando, en términos de Karl Polanyi "sólo un loco hubiera puesto en duda que el sistema económico internacional constituía el eje de la existencia material de la raza humana"¹⁵. No obstante, como el propio Polanyi señalaba, lejos de continuar su marcha ininterrumpidamente, ya existían indicios de que el sistema económico internacional de aquel entonces estaba en su temprana fase de disolución, y pronto habría de colapsar mediante dos terribles guerras mundiales y la implosión de la Gran Depresión.

La reconstrucción del orden mundial capitalista de posguerra fue una respuesta directa de parte de los estados capitalistas avanzados al temprano fracaso de esa globalización. Mediante la infraestructura de Bretton Woods, que establecía un nuevo orden liberal de comercio, la dinámica de la globalización capitalista fue desencadenada nuevamente. Durante la breve "edad de oro" de posguerra,

la globalización capitalista fue reavivada –mediante la aceleración del comercio, la inversión directa extranjera y la creciente internacionalización financiera– y reforzada aún más con la respuesta neoliberal a la crisis económica de los años setenta. El resultado de esta crisis demostró que los efectos internacionales de las crisis estructurales de acumulación no son predecibles *a priori*. De las tres grandes crisis estructurales del capitalismo, la primera (posterior a 1870) aceleró la rivalidad inter-imperialista y condujo a la Primera Guerra Mundial y a una revolución comunista, mientras que la segunda (la Gran Depresión) en realidad revirtió la tendencia internacionalizadora del capitalismo. Aún así, la crisis de principios de los setenta fue seguida por una profundización, aceleración y extensión de la globalización capitalista. Y aunque esto promovió la competencia económica inter-regional, no produjo nada parecido a la antigua rivalidad inter-imperial.

Lo que sugiere esta trayectoria errática desde el siglo XIX hasta el XXI es que el proceso de globalización no es ni inevitable (como se ha asumido convencionalmente en la etapa final del siglo XIX y en nuestros días), ni imposible de sostener (como Lenin y Polanyi, de distintas maneras, sostenían). El punto es que debemos distinguir entre la tendencia expansiva del capitalismo y su historia real. Un orden global capitalista siempre es una construcción social contingente: el desarrollo efectivo y la continuidad de tal orden deben ser problematizados. Hay una tendencia dentro de ciertas corrientes marxistas, al igual que en la mayor parte de los análisis burgueses, a escribir teoría en tiempo presente. Pero no debemos teorizar la historia como si la trayectoria del capitalismo fuese una derivación lógica de leyes económicas abstractas. Por el contrario, como Philip McMichael ha señalado, es crucial adherir al principio metodológico marxista que insiste en la necesidad de "*historizar la teoría*, es decir, problematizar la globalización como una relación inmanente al capitalismo, pero con relaciones materiales (sociales, políticas y ambientales) espacio-temporales muy distintas (...) La globalización no es simplemente el despliegue de las tendencias capitalistas sino un proyecto histórico específico configurado, o complicado, por las relaciones contradictorias de episodios previos de globalización"¹⁶.

Sobre todo, la realización –o frustración– de las tendencias globalizantes del capitalismo no puede ser comprendida independientemente del papel ejercido por los estados que históricamente han constituido el mundo capitalista. El surgimiento del capitalismo es inconcebible sin el rol que los estados europeos ejercieron en establecer los marcos legales e infraestructurales para la propiedad, contrato, moneda, competencia y trabajo asalariado dentro de sus propias fronteras al mismo tiempo que generaban un proceso de desarrollo desigual (acompañado por la construcción de la raza) en el mundo moderno. Esto había llegado tan lejos en la segunda mitad del siglo XIX que, cuando el capital se expandió mas allá de las fronteras de determinados estados europeos, pudo hacerlo dentro de nuevos órdenes sociales capitalistas que habían sido o estaban siendo establecidos por otros estados, o se expandió dentro de un marco de un imperio formal o informal. Aún así, esto no era suficiente para sostener la tendencia del capital a expandirse globalmente. Para entonces no existía ningún mecanismo adecuado de regulación global capitalista, dejando a la economía internacional y sus patrones de acumulación fragmentados, y alimentando por ende la rivalidad inter-imperial que condujo a la Primera Guerra Mundial.

Las teorías clásicas del imperialismo desarrolladas en ese período, desde Hobson a Lenin, estaban fundadas en una teorización de las crisis y las fases económicas del capitalismo. Este fue un error que, desde entonces, ha impedido un entendimiento adecuado de la cuestión¹⁷. Las teorías clásicas eran defectuosas en su lectura histórica del imperialismo, en su tratamiento de la dinámica de acumulación del capital y en su tendencia a elevar un momento coyuntural de rivalidad inter-imperial al rango de una ley inmutable de la globalización capitalista. Como argumentaremos más adelante, el imperialismo capitalista no surgió automáticamente de la llamada fase monopólica o financiera del capitalismo de fines del siglo XIX. Más aún, la teoría de las crisis que se deriva de la interpretación clásica de este período fue usada erróneamente para explicar las tendencias expansionistas del capitalismo. Si los capitalistas se volcaron hacia la exportación de capitales y el comercio en mercados de ultramar no fue tanto debido a que la centralización y concentración de capital había anunciado una nueva etapa marcada por la caída de la tasa de ganancia, la sobreacumulación y/o el subconsumo. En realidad, dado el proceso que anteriormente había permitido a las unidades individuales de capital salir de sus locaciones originales en determinados pueblos o ciudades, fue más bien la aceleración de las presiones competitivas y las oportunidades, acompañada, por las estrategias y las capacidades emergentes de los capitalismos en desarrollo, lo que dio empuje a, y facilitó, el expansionismo internacional de fines del siglo XIX y principios de XX.

Las teorías clásicas del imperialismo fracasaron también en aprehender adecuadamente las dimensiones espaciales de esta internacionalización. Acentuaron excesivamente la exportación de bienes y capitales hacia lo que hoy llamamos "Tercer Mundo" debido a que el subdesarrollo de este último tenía una capacidad limitada para absorber dichos flujos. De ahí que estas teorías fallaran en comprender dos elementos claves del desarrollo de los propios países capitalistas avanzados. Por un lado, más que un agotamiento de las posibilidades de consumo dentro de los países capitalistas avanzados – la premisa basada en lo que el panfleto de Lenin, *Imperialismo*, denominara como "el nivel de semi-inanición de las masas"– las clases obreras occidentales iban adquiriendo niveles cada vez más altos de consumo público y privado¹⁸. Por otra parte, tampoco era cierto que la concentración de capital dentro de estos países limitara la introducción de nuevos productos al punto tal de que "el capital no pudiera encontrar un área de inversión rentable"¹⁹. Por el contrario, el desnivel mismo de la competencia en marcha y del desarrollo tecnológico estaba introduciendo nuevas perspectivas para la acumulación interna. Había entonces una profundización del capital a nivel interno y no sólo una expansión del capital hacia el exterior.

Lejos de ser la fase superior del capitalismo, lo que estos teóricos estaban observando (y es hoy obvio para nosotros) era una fase relativamente *temprana* del capitalismo. No sólo en términos de patrones de consumo, flujos financieros y competencia, sino también en relación al grado limitado de inversión directa extranjera de ese entonces y a los medios muy rudimentarios que en ese momento se habían desarrollado para manejar las contradicciones asociadas con la internacionalización del capitalismo.

De todos modos, el aspecto más defectuoso de estas teorías era su visión reduccionista e instrumentalista del estado²⁰. El imperialismo no es reducible a una explicación económica, aún cuando las fuerzas económicas constituyen un

aspecto fundamental del mismo. En este sentido, es necesario mantener al imperialismo y al capitalismo como dos conceptos distintos. La competencia entre capitalistas en la arena internacional, el intercambio desigual y el desarrollo desparejo son todos aspectos propios del capitalismo y su relación con el imperialismo sólo puede ser entendida mediante una teorización del estado. Cuando los estados preparan el terreno para la expansión de sus capitales nacionales hacia el exterior, incluso si la dirigen, esto sólo puede ser entendido a partir del hecho que son relativamente autónomos para mantener el orden social y asegurar las condiciones de acumulación del capital. Por lo tanto, cualquier explicación sobre el imperialismo debe incluir un análisis de las capacidades administrativas del estado, como así también sus determinaciones de clase, culturales y militares.

El imperialismo capitalista, entonces, requiere ser comprendido mediante una extensión de la teoría del estado capitalista y no como una derivación directa de la teoría económica de las fases o las crisis. Y dicha teoría necesita comprender no sólo la rivalidad inter-imperial, y la supremacía coyuntural de un estado imperial determinado, sino también la penetración estructural de los antiguos rivales por parte de un estado imperial en particular. Esto quiere decir que es necesario historizar la teoría, empezando por romper con la noción convencional de que la naturaleza del imperialismo moderno está determinada de una vez y para siempre por el tipo de rivalidades económicas propias de la fase de concentración industrial y financiarización asociada al "capital monopolístico" de cambio de siglo.

De hecho, la transición a la forma moderna de imperialismo puede ser situada en la articulación del antiguo imperio formal mercantilista del estado británico con el imperio informal que se expandió a mediados del siglo XIX durante la era del "libre comercio". El problema es que tanto la teoría del imperialismo de Schumpeter, que hacía referencia al rol atávico de las clases pre-capitalistas guerreras y explotadoras dentro del capitalismo, como las concepciones de Kautsky y Lenin, que suponían que el capital industrial británico de mediados del siglo XIX y sus políticas de libre mercado representaban un capitalismo "puro" antitético o al menos "indiferente" a la expansión imperial²¹, se derivan de una interpretación demasiado cruda de la separación entre lo político y lo económico dentro del capitalismo. Esto se encuentra en la raíz de la noción según la cual el reemplazo de una era de libre competencia por una de capital financiero ponía fin a dicha separación, conduciendo así a la expansión imperialista, la rivalidad y la guerra entre los estados capitalistas avanzados.

Al igual que las discusiones contemporáneas sobre la globalización en el contexto de políticas de "libre-mercado" neoliberales, la interpretación marxista clásica de la era de libre comercio del siglo XIX seguida por una era de rivalidad inter-imperial oponía confusamente "estado" a "mercado". En ambos casos hay una gran dificultad a la hora de apreciar el rol crucial que juega el estado en hacer posible el "libre mercado" y ponerlo a funcionar. Así como el surgimiento del *laissez-faire* dentro del capitalismo industrial de mediados del siglo XIX suponía un estado fuertemente activo para realizar la separación formal entre política y economía, y para definir y controlar las relaciones sociales domésticas de un orden plenamente capitalista, la política externa del libre mercado suponía una extensión del rol imperial en todas estas dimensiones por parte del primer estado que "había creado una forma de imperialismo impulsada por la lógica del capitalismo"²².

Como demostraron Gallagher y Robinson cincuenta años atrás en su fecundo ensayo titulado "The Imperialism of Free Trade", la noción convencional (compartida por Kautsky, Lenin y Schumpeter) según la cual el libre comercio británico y el imperialismo no estaban mezclados fue refutada por innumerables ocupaciones y anexiones, la incorporación de nuevas colonias y especialmente por la importancia que tuvo la India para el Imperio entre 1840 y 1870. Estaba en contradicción aún más por la inmensa expansión –por razones económicas y estratégicas– del imperio "informal" británico vía inversiones extranjeras, el comercio bilateral, los tratados de "amistad" y la diplomacia de las cañoneras. De este modo, "a mediados de la era victoriana, las técnicas mercantilistas del imperio formal eran empleadas al mismo tiempo que las técnicas informales de libre comercio en Latinoamérica. Es por esta razón que será en vano cualquier intento por hacer corresponder las fases del imperialismo directamente con las fases del crecimiento económico de las economías metropolitanas"²³. Gallagher y Robinson definieron al imperialismo en términos de una *función política variable* "que integra nuevas regiones dentro de la economía en expansión; su carácter se define mayormente por las variadas y cambiantes relaciones entre los elementos políticos y económicos de expansión en cada región y tiempo particulares".

En otras palabras, es la política al igual que la economía del imperio informal lo que tenemos que tomar en consideración (...) El tipo de vínculo político entre la economía en expansión y sus dependencias formales e informales (...) ha tendido a variar de acuerdo al valor económico del territorio, la fortaleza de su estructura política, la predisposición de sus gobernantes a colaborar con los propósitos estratégicos y comerciales británicos, la capacidad de la sociedad nativa para transitar los cambios económicos sin control externo, el grado en que las situaciones políticas domésticas e internacionales permitieron la intervención británica y, por último, hasta qué punto los rivales europeos dejaban el camino libre para la política británica²⁴.

Esto no quiere decir que no haya diferencias importantes entre el imperio formal y el informal. El imperio informal requiere que la penetración económica y cultural de otros estados sea sostenida por la coordinación política y militar con otros gobiernos independientes. El principal factor que determinó el cambio hacia la extensión de imperios formales luego de 1880 no fue la insuficiencia de las relaciones británicas con su propio imperio informal, ni el surgimiento de la fase monopólica o "financiera" del capital, sino más bien *la incapacidad británica para incorporar a las nuevas potencias capitalistas como Alemania, EUA y Japón dentro del "imperialismo de libre comercio"*. Fueron varios los factores que determinaron esta situación, incluyendo las fuerzas sociales pre-capitalistas que de hecho persistían en algunos de estos países, sentimientos nacionalistas que acompañaron el desarrollo de los estados-nación capitalistas, las respuestas estratégicas tanto a las luchas de clases domésticas como a las rivalidades geopolíticas y militares, y muy especialmente, la capacidad limitada del estado británico –que a su vez reflejaba la creciente separación entre el capital industrial británico y el capital financiero– para evitar que estos otros estados revirtieran las consecuencias del desarrollo desigual. Lo que le siguió fue una carrera por la conquista de colonias y la creciente organización de la competencia comercial mediante medidas proteccionistas (los aranceles constituían la base tributaria fundamental de esos estados así como también instrumentos de protección para las nacientes burguesías industriales y las

clases obreras). En este contexto, los aparatos institucionales internacionales de la diplomacia y las alianzas, la supremacía de la marina británica y el patrón oro eran demasiado frágiles para garantizar un tratamiento equitativo entre el capital foráneo y el capital nacional al interior de cada estado (un prerequisite clave para la globalización), para no hablar de mediar en los conflictos y manejar las contradicciones asociadas al desarrollo del capitalismo global de fines del siglo XIX.

Hacia 1914, Kautsky, no menos que Lenin, había aceptado siguiendo al libro de Hilferding *Finance Capital*, que la forma "violenta y brutal" de competencia imperialista era "un producto del alto nivel de desarrollo del capitalismo industrial"²⁵. Sin embargo, Kautsky tenía razón al percibir que aún cuando la rivalidad inter-imperialista hubiera conducido a una guerra entre las principales potencias capitalistas, esto no era un aspecto inevitable de la globalización capitalista. Lo que tanto irritaba a Lenin de esta lectura excesivamente politizada de la teoría del imperialismo era que Kautsky pensara que "habiendo aprendido la lección de la guerra mundial", las principales clases capitalistas dominantes podrían eventualmente reavivar la globalización capitalista a través de una colaboración "ultra-imperialista" en vista de la fuerza creciente de un proletariado industrial que, no obstante, no contaba aún con las capacidades para efectuar una transformación socialista. Pero el mismo Kautsky cayó en el reduccionismo al concebir su noción de ultra-imperialismo, como lo repitiera él mismo varias veces, desde "un punto de vista puramente económico", en vez de hacerlo desde una teoría seria del estado. Más aún, si Kautsky hubiera puesto más énfasis en su percepción anterior (de 1911) según la cual "EUA es el país que nos muestra nuestro futuro social en el capitalismo" y en lugar de anticipar una alianza equitativa entre los países avanzados hubiera reconocido la capacidad del nuevo imperio informal emergente de EUA para penetrar y coordinar eventualmente a dichos países, hubiera estado mucho más cerca de lo que en realidad sucedió luego de 1945. Pero lo que difícilmente podría haber sido anticipado en ese entonces fueron los desarrollos, tanto al interior de la formación social norteamericana y el estado como en el plano internacional, que permitieron a los gobernantes estadounidenses pensar tan confiadamente que "sólo EUA tenía el poder de apropiarse de la historia y acomodarla a sus intereses"²⁶.

La república norteamericana: "imperio extensivo y autogobierno"

El lugar central que EUA ocupa actualmente dentro del capitalismo global se debe a una convergencia específica entre estructura e historia. En términos abstractos, podemos identificar determinadas instituciones como reflejo del poder estructural del capitalismo. Pero lo que impide que dichas instituciones surjan o abra la puerta para que se desarrollen es una cuestión de coyunturas históricas. La etapa crucial en la reconstrucción del capitalismo global –luego de los tempranos fracasos y antes de la reconstitución del último cuarto del siglo veinte– ocurrió durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Fue sólo luego de los desastres de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial (y gracias a la respuesta de un estado que aprendió la lección) que la globalización obtuvo nueva vida. Esto dependió, sin embargo, del surgimiento y la evolución histórica despareja de un conjunto de estructuras desarrolladas bajo el liderazgo de un *agente* único: el estado imperial norteamericano.

El rol que EUA vino a ejercer dentro del capitalismo mundial no fue inevitable pero tampoco puramente accidental: no fue una cuestión de teleología sino de

historia capitalista. La capacidad que éste desarrolló para "conjugar" su "poder *particular* con una tarea *general* de coordinación" de forma tal que reflejara, como lo expresó recientemente Perry Anderson, "la matriz particular de su propia historia social", está basada en "el poder de atracción de los modelos de producción y cultura norteamericanos (...) crecientemente unificados en la esfera de consumo". Aquí convergen, por un lado, la invención norteamericana de la moderna corporación, el *management* científico del proceso de trabajo y la línea de montaje de producción masiva; y, por el otro, "los esquemas narrativos y visuales" al estilo Hollywood atrayendo y congregando a masas de inmigrantes por medio de "la simplificación y la repetición dramática"²⁷. El dinamismo del capitalismo estadounidense y su atractivo mundial combinado con el lenguaje universalista de su ideología democrático-liberal nos habla de una capacidad para gestionar un imperio informal que va mucho más allá de la que poseía Gran Bretaña en el siglo XIX. Más aún, gracias a la expansión de la corporación multinacional, con inversión extranjera directa en producción y servicios, el imperio informal iba a demostrar mucha mayor capacidad de penetración que otras formaciones sociales precedentes.

Pero no fue sólo la formación económica y cultural del capitalismo norteamericano la que facilitó la expansión de este nuevo imperio informal, sino también la formación del estado norteamericano. Contra la percepción de Anderson según la cual las estructuras constitucionales del estado norteamericano carecen del "poder de atracción" de sus estructuras económicas y culturales (por estar "ancladas en los arreglos constitucionales del siglo XVIII")²⁸, se levantan las afirmaciones de Thomas Jefferson en 1809 cuando decía que "nunca antes una constitución había sido tan bien calculada para un imperio extensivo y el autogobierno"²⁹. Hardt y Negri tenían razón en rastrear la pre-configuración de lo que hoy llaman "Imperio" en la noción del "poder en red" (*network power*) de Madison incorporada a la constitución norteamericana³⁰. Esto suponía que no sólo los frenos y contrapesos dentro del aparato de estado, sino también una mayor pluralidad de intereses incorporados dentro de un estado expansivo y extendido, garantizarían que las masas no tuvieran ni el motivo ni la capacidad para unirse y controlar a la clase gobernante³¹. Sin embargo, lejos de anticipar el tipo de poder descentrado y amorfo que Hardt y Negri creen que caracterizó a EUA históricamente (lo que para ellos caracteriza hoy al "Imperio"), el marco constitucional del nuevo estado norteamericano le dio grandes poderes al gobierno central para expandir el comercio y hacer la guerra. Lo que en 1783 George Washington caracterizaba ambiciosamente como un "imperio en ascenso"³² fue bien captado por la imagen del Paper XI de *El Federalista* de "¡un gran sistema americano superior al control de toda fuerza o influencia transatlántica y capaz de imponer las condiciones de la relación entre el viejo y el nuevo mundo!"³³.

La noción de imperio utilizada aquí fue concebida, obviamente, en relación a los otros imperios mercantiles del siglo XVIII. Pero el estado que surgió a partir de las ambiciones de la "élite colonial expansionista"³⁴ conformada por mercaderes del Norte (con el apoyo de los artesanos y los granjeros comerciales) y los dueños de las plantaciones del Sur en alianza contra el imperio formal mercantil de Gran Bretaña, evidenció desde sus orígenes una tendencia hacia el desarrollo capitalista y el imperio informal. En su forma inicial se caracterizó por la expansión territorial hacia el Oeste, principalmente mediante el exterminio de la población nativa, y la explotación descarada y

agresiva no sólo de la población de esclavos negros sino también de los granjeros de subsistencia endeudados y, al menos desde 1820 en adelante, de una clase obrera industrial emergente. Así y todo, el nuevo estado norteamericano se concebía a sí mismo como una encarnación de los principios de libertad republicana, y aspiraba a ser ampliamente admirado por eso, debido fundamentalmente al vínculo entre "imperio extensivo y autogobierno" que articulaba su constitución federal. En términos de Bernard DeVoto, "el imperio americano no sería mercantilista sino algo totalmente nuevo: el Oeste no estaría conformado por colonias sino por estados"³⁵.

Y los "derechos estatales" de estos estados no eran un espejismo: reflejaban los dos tipos diferentes de relaciones sociales –esclavos y libres– que conformaban cada ola sucesiva de estados y que hacia 1830 limitaban el rol activo del estado federal. Luego de las luchas domésticas entre estados que eventualmente condujeron a la guerra civil, la derrota de la plantocracia y la abolición de la esclavitud, la constitución federal ofreció un marco para la dominación sin trabas de un capitalismo industrial con el mercado doméstico más grande del mundo, eliminando cualquier tentación de establecimiento de un imperio formal vía conquista territorial externa³⁶. El desenlace de la guerra civil permitió recomponer la relación entre el capital industrial, el financiero y el estado federal, orientando así las capacidades administrativas del estado y sus políticas hacia la reproducción capitalista ampliada y no hacia el mercantilismo³⁷. Aquí podemos apreciar la importancia que el propio Anderson le adjudicaba a la cambiante forma jurídica del estado norteamericano, por la cual "los derechos ilimitados de propiedad, la litigación sin trabas y la invención de la corporación" condujeron a lo que Polanyi más temía:

un sistema jurídico que liberaba al mercado de las ataduras de la costumbre, la tradición o la solidaridad tanto como fuera posible. La liberación de todas estas trabas habría de demostrar –tanto en el caso de las firmas como de los filmes norteamericanos– ser exportable y reproducible alrededor del mundo, de un modo que ningún otro competidor podría igualar. La firme transformación internacional del derecho mercantil y arbitraje en conformidad con los estándares norteamericanos es testigo del proceso³⁸.

Las tendencias expansionistas del capitalismo norteamericano en la segunda mitad del siglo XIX (reflejando las presiones tanto de los granjeros comercializados como de los industriales y financistas de la era posterior a la guerra civil) eran aún más propensas a adoptar formas informales de imperialismo que el capitalismo británico, incluso pese a no estar sujetas a una política de libre comercio. En un principio, las modalidades fueron similares y empezaron mucho antes de la guerra hispano-americana de 1898, la cual es usualmente considerada como el punto de partida de la expansión imperial de EUA. Esto ha sido ampliamente documentado en un artículo descaradamente titulado "Indicadores del Imperio Informal", preparado por el Centro de Análisis Navales de Norteamérica: entre 1869 y 1897, la marina norteamericana tocó no menos de 5.980 puertos para proteger los envíos comerciales de EUA a Argentina, Brasil, Chile, Nicaragua, Panamá, Colombia y demás lugares de Latinoamérica³⁹. Aún así, el establecimiento de colonias en Puerto Rico y Filipinas y la anexión de Hawai "fue una desviación (...) respecto de las formas típicas de dominación económicas, políticas e ideológicas ya características del imperialismo norteamericano"⁴⁰. Por el contrario, fue más bien a través de la inversión extranjera directa y la forma corporativa moderna –ejemplificada por

la Singer Company estableciéndose como la primera corporación multinacional al saltar la barrera tarifaria canadiense para establecer una sucursal a fin de producir máquinas de coser para los prósperos granjeros de trigo de Ontario—que el imperialismo norteamericano informal pronto tomó una forma claramente distinta a la del británico⁴¹.

La articulación del nuevo imperio informal norteamericano con intervenciones militares fue expresada por Theodore Roosevelt en 1904 en términos del ejercicio de "un poder de policía internacional", en ausencia de otros medios internacionales de control, con el fin de establecer regímenes que sepan "cómo actuar con razonable eficiencia y decencia en asuntos políticos y sociales" y garantizar que cada uno de estos regímenes "mantenga el orden y pague sus obligaciones": "Una nación deseosa tanto de garantizar respeto para sí misma como de hacerle el bien a los demás [declaró Teddy Roosevelt en un lenguaje que hoy nos es otra vez familiar] debe tener la fuerza adecuada para realizar la tarea que siente se le ha encomendado como parte de su deber con el mundo... Un gran pueblo libre se debe a sí mismo y a toda la humanidad no caer en la impotencia ante los poderes del mal"⁴².

El genio norteamericano de presentar su imperio informal en el marco de los derechos universales alcanzó su apogeo con Woodrow Wilson. También alcanzó su apogeo la hipocresía, especialmente en la Conferencia de Paz de París donde Keynes concluyó que Wilson era "el fraude más grande del mundo"⁴³. De hecho, no fue sólo las tendencias aislacionistas del Congreso norteamericano, sino también la incapacidad de los aparatos presidenciales, militares y del Tesoro estadounidenses, lo que en buena medida explicó el fracaso de EUA en cuanto a hacerse cargo de la reconstrucción europea luego de la Primera Guerra Mundial. La expansión administrativa y reguladora del estado norteamericano bajo el impacto del liberalismo corporativo en la era progresista⁴⁴ y la difusión de la inversión directa durante los años veinte (ejemplificada por la adquisición de Opel por parte de General Motors justo antes de la Gran Depresión, completando así la "división virtual" de la industria automotriz alemana entre GM y Ford)⁴⁵ fueron desarrollos muy significativos. Sin embargo, fue recién con el *New Deal* que el estado norteamericano empezó a desarrollar las capacidades modernas de planificación que, una vez desplegadas en la Segunda Guerra Mundial, transformarían y extenderían ampliamente el imperialismo informal norteamericano⁴⁶.

En el marco de las extraordinarias luchas de clases de la era de la depresión, estas capacidades estaban limitadas por "la fragmentación política, la cual se expresaba fundamentalmente en el conflicto ejecutivo-legislativo combinada con fuertes tensiones entre empresarios y gobierno"⁴⁷. No obstante, la entrada de EUA a la Segunda Guerra Mundial no solo resolvió "el *impasse* de la construcción estatal (*state building*) de fines de los años treinta", sino que también proporcionó "los apuntalamientos fundamentales para la *gobernanza* de posguerra de EUA". Como lo señala Brian Waddell en su sobresaliente estudio de la transición desde la construcción estatal de la Depresión al de la Segunda Guerra Mundial:

Los requisitos de una guerra total revivieron las influencias políticas de las corporaciones permitiendo a los gerentes de las grandes empresas dentro y fuera del estado ejercer una amplia incidencia sobre las políticas de movilización en tiempos de guerra (...) Los avasalladores gerentes y los oficiales militares formaron una alianza muy efectiva en esos momentos que no

sólo bloqueó cualquier crecimiento de la autoridad del *New Deal* sino que también organizó una poderosa alternativa al mismo. El activismo internacional desplazó y suplantó al activismo doméstico del *New Deal*.

Este fue entonces el escenario finalmente montado para un imperio informal norteamericano, mucho más extendido y poderoso, volcado más allá de su propio hemisferio.

La reconstrucción norteamericana de un orden mundial capitalista

El giro de "las capacidades de estado norteamericano hacia el logro de metas intervencionistas internacionales *versus* el intervencionismo doméstico"⁴⁸ fue crucial para el renacimiento de las tendencias globalizantes del capitalismo luego de la Segunda Guerra Mundial. Esto no sólo tuvo lugar a través de la reconstrucción del estado norteamericano en tiempos de guerra, sino también de la más radical reconstrucción de posguerra de todos los estados que constituían el núcleo de la rivalidad inter-imperialista. A su vez, este proceso condujo a la proliferación de nuevos estados fuera de los antiguos imperios coloniales. Entre las varias dimensiones de este nuevo vínculo entre capitalismo e imperialismo, la más importante era que *las redes y entramados institucionales imperiales más densos que anteriormente articulaban las relaciones Norte-Sur entre los estados imperiales y sus colonias formales o informales ahora estructuraban los vínculos entre EUA y los principales estados capitalistas*.

Lo que el imperio informal de Gran Bretaña había sido incapaz de manejar (en realidad, incluso de contemplar) en el siglo XIX era ahora conseguido por el imperio informal norteamericano que exitosamente lograba integrar a todas las otras potencias capitalistas dentro de un sistema efectivo de coordinación bajo su égida. Independientemente de las ocupaciones militares de EUA, la devastación de las economías europeas y japonesa y la débil legitimidad política de sus clases dominantes hacia el fin de la guerra crearon una oportunidad única y sin precedentes que el estado norteamericano estaba ahora listo para, y deseoso de, aprovechar. Más aún, en estas condiciones, la expansión del imperio informal norteamericano luego de la Segunda Guerra Mundial no fue tanto una imposición unilateral (o meramente coercitiva) sino mayormente un "imperialismo por invitación"⁴⁹.

Por muy importante que haya sido el desarrollo de los aparatos estatales de seguridad nacional y planeamiento geoestratégico que enmarcó la división del mundo con la Unión Soviética en Yalta⁵⁰, no menos importante fue la estrecha atención que durante la guerra le prestaron los Departamentos de Estado y del Tesoro a los planes destinados a relanzar un régimen coordinado y liberal de comercio y un orden financiero regulado. Esto fue posible gracias a la manipulación del estatuto deudor de los principales aliados de EUA, favorecido por el absoluto dominio del dólar como moneda de cambio internacional, y al hecho de que el 50% de la producción mundial estaba ahora en manos de la economía norteamericana. El estado norteamericano había aprendido bien la lección de su incapacidad posterior a la Primera Guerra Mundial para combinar la retórica internacionalista liberal con el compromiso institucional para manejar el orden capitalista internacional. Mediante la intrincada planificación conjunta de los tesoros norteamericano y británico durante la guerra⁵¹ —esto es, mediante el proceso que condujo a Bretton Woods— los estadounidenses no sólo se aseguraron de que los británicos "aceptaran alguna obligación de modificar su política doméstica en vista de sus efectos internacionales sobre la

estabilidad", sino también de que se liquidara el imperio británico "arrojando a Gran Bretaña a los brazos de EUA como un suplicante y, por lo tanto, un subordinado; una subordinación enmascarada por la ilusión de 'una relación especial' que dura hasta hoy"⁵².

Pero de ninguna manera los dólares norteamericanos fueron el único factor decisivo aquí, ni Gran Bretaña el único objetivo del nuevo imperio informal norteamericano. Un panfleto publicado en la revista *Fortune* en mayo de 1942 titulado "EUA en un Nuevo Mundo: Relaciones con Gran Bretaña" proponía un programa para la "integración de los sistemas económicos británico y americano como el fundamento para una integración de posguerra más amplia":

si un orden mundial ha de surgir de esta guerra, no es realista pensar que va a salir hecho y derecho de una conferencia de cincuenta países sostenida en una fecha determinada con el fin de redactar una Constitución Mundial. Es más probable que sea un devenir gradual de los procedimientos de tiempos de guerra actualmente en desarrollo (...) Si EUA rechaza un imperialismo de "lobo solitario" y encara el hecho de que ni una Liga de las Naciones ni otro parlamento internacional pueden establecerse en un futuro próximo... [esto] no impide a EUA acercarse a Gran Bretaña con una propuesta de integración económica como primer paso hacia un mecanismo de reconstrucción general. A menos que lleguemos a un acuerdo con Gran Bretaña y sus Dominios acerca de estas cuestiones, es utópico pensar en un acuerdo más amplio entre todas las Naciones Unidas⁵³.

Este panfleto estaba acompañado por una larga declaración colectiva⁵⁴ de los editores de las revistas *Fortune*, *Time* y *Life* que empezaba con la premisa de que "América va a surgir como la potencia más poderosa del mundo de posguerra y por lo tanto, depende de ella decidir qué tipo de orden de posguerra quiere". En este contexto y tras las tensiones del New Deal, invocaban a "la confianza mutua entre empresarios y el gobierno" a fin de que este pudiera ejercer sus responsabilidades tanto "para usar la política fiscal como instrumento equilibrador, como sus poderes legislativos y administrativos para promover y fortalecer a la empresa privada, removiendo los obstáculos a su expansión natural...". Esto produciría "un contexto expansionista en el que tarifas, subsidios, monopolios, regulaciones laborales, feudalismo plantacionista, impuestos, atraso tecnológico, leyes impositivas obsoletas y todo tipo de barreras a la expansión puedan ser removidos". Si bien reconocían que "el ascenso del proletariado internacional"... era "... el hecho más importante de los últimos veinte años...", también entendían que esto "significaba que el irrestricto libre comercio internacional, que Cobden predicaba y Gran Bretaña practicaba, ya no era una posibilidad política inmediata". Sin embargo el libre cambio entre EUA y Gran Bretaña podía ser "el empujón que ambas economías necesitaban" y sobre esta base "se propagaría gradualmente el área de libertad, desde los dominios británicos hasta Latinoamérica y tal vez algún día hacia el resto del mundo. El libre comercio universal, y no un exacerbado nacionalismo, es el objetivo *último* de un mundo racional". Y en términos muy directos, los editores llamaron a éste un nuevo imperialismo:

Por lo tanto, un nuevo "imperialismo" americano, si ha de llamárselo así, será – o podrá ser- muy distinto al británico. Puede también ser diferente respecto del tipo americano prematuro que siguió a nuestra expansión en la guerra con

España. El imperialismo americano puede completar la tarea que los británicos comenzaron; y en lugar de vendedores y plantadores, sus representantes pueden ser cerebros y tractores, técnicos y máquinas herramientas. El imperialismo americano no necesita extraterritorialidad, puede llevarse mejor en Asia si los *tuans* y los *sahibs** se quedan en casa (...) EUA tampoco tiene miedo de ayudar a reconstruir rivales industriales (...) porque sabemos que la industrialización no limita sino que estimula el comercio internacional... Este imperialismo americano parece sobrio y grandilocuente. De todos modos, es una política factible para América, dado que no es comida sino amistad lo que más necesitamos del resto del mundo.

En ningún lugar fue más claramente confirmada esta inmensa capacidad gerencial que el estado norteamericano había desarrollado para convertir esta perspectiva en una realidad que en la conferencia de Bretton Woods en 1944. La comisión responsable de crear el FMI fue dirigida y atentamente controlada por un hombre del New Deal, Harry Dexter White para el Tesoro norteamericano, y aunque Keynes dirigió la comisión que planeó lo que luego sería el Banco Mundial y varias comisiones bajo su mando no estaban a cargo de norteamericanos, todas "tenían secretarios y relatores nombrados y actuando bajo instrucciones de White", quien también creó "una publicación de la conferencia que debía circular todos los días a fin de informar a todos acerca de las decisiones más importantes". White tenía a su disposición un ejército de taquígrafos trabajando día y noche y a los *boy scouts* actuando como acompañantes y distribuyendo los artículos –los cuales estaban escritos en un "lenguaje legal que hacía todo más difícil de comprender entre tanta variedad de idiomas incomprensibles". Este era el tipo de "manicomio controlado"*** que el Tesoro norteamericano quería a fin de "hacer más fácil la imposición de un *fait accompli*". Fue en este contexto que todas las delegaciones decidieron finalmente que "era mejor estar con el Tesoro norteamericano que con sus críticos disgustados, 'ya que estos [según palabras de Keynes] no saben lo que quieren ni tienen el poder necesario para implementar sus propias promesas'". La conferencia culminó con el homenaje de Keynes a un proceso en el que 44 países "habían estado aprendiendo a trabajar juntos para que 'la hermandad del hombre se convirtiera en algo más que una mera frase'. Los delegados aplaudieron vivamente mientras se ejecutaba el himno de EUA"⁵⁵.

Al radicarse las centrales del FMI y del Banco Mundial por insistencia de EUA en Washington DC, se estableció un patrón internacional de administración económica entre todos los países capitalistas avanzados que continúa hasta nuestros días. Así, cada vez que los ministros de finanzas y/o los bancos centrales europeos o del Japón proponen, son el Tesoro norteamericano y la Reserva Federal quienes disponen⁵⁶. Además de dicho entramado institucional, el vínculo entre estos estados y el imperio norteamericano se institucionalizó a través de la OTAN, por no mencionar las redes de inteligencia que ligaban a cada uno de los estados capitalistas avanzados a los aparatos de seguridad norteamericanos como parte de la estrategia de contención del comunismo durante la Guerra Fría. Todo esto interactuaba con las redes económicas así como con las redes intelectuales, mediáticas y de propaganda para explicar, justificar y promover la nueva realidad imperial.

Muchos de quienes ponen el acento en el vínculo entre el ejército y los servicios de inteligencia del estado norteamericano y los aparatos coercitivos de Europa y Japón tienden a ver la clave explicativa de este proceso en la

dinámica de la Guerra Fría⁵⁷. Sin embargo, analizando las políticas estadounidenses desde la perspectiva del colapso de la URSS, Bacevich ha argumentado recientemente que:

Concebir la gran estrategia de EUA desde 1940 hasta 1980 exclusivamente en términos de "contención" –sin otro motivo que el de resistir la expansión del poder soviético– no es erróneo, pero sí incompleto (...) Una concepción tan limitada de la estrategia de la Guerra Fría nos impide comprender la actual política norteamericana (...) Ninguna estrategia que merezca llamarse así es exclusivamente pasiva o defensiva en su orientación (...) La gran estrategia de EUA durante la Guerra Fría requirió no sólo contener al comunismo sino también tomar medidas activas para abrir el mundo política, cultural y, por sobre todas las cosas, económicamente –que es precisamente lo que los gobernantes y formuladores de políticas dijeron intentaron hacer⁵⁸.

Al concentrarse exclusivamente en la política exterior y los aparatos coercitivos y de inteligencia, esta clase de lecturas no puede dar cuenta de hasta qué punto el "Sistema de Protectorado" norteamericano (por usar una expresión de Peter Gowan) estaba "alterando el carácter de los capitalismos centrales". Porque esto implicó la "transformación interna de las relaciones sociales dentro de los protectorados hacia el sistema norteamericano de acumulación "fordista", lo cual abrió la posibilidad de extender sus *mercados internos* de modo tal que sus clases trabajadoras pasaron a ser no sólo la fuente de extracción de plusvalía sino también la base creciente del consumo para la *realización* del plusvalía⁵⁹. Mientras el nuevo imperio informal todavía dejaba espacio para que los otros estados del centro capitalista actuaran como "entidades autónomas en la organización de la acumulación capitalista", la emulación de las formas de tecnología norteamericanas y administración "fordista" (en un principio organizadas y canalizadas a través de los "consejos de productividad" de la posguerra) eran reforzadas masivamente a través de la inversión directa extranjera estadounidense. Aquí también el centro de las redes del imperio norteamericano se trasladó hacia los países capitalistas avanzados de modo que entre 1950 y 1970 la proporción total de inversión directa norteamericana en Latinoamérica cayó de un 40 a un 20% mientras que la de Europa Occidental se duplicó hasta igualar la participación de más del 30% de Canadá⁶⁰. No es entonces sorprendente que observadores externos tan agudos como Raymond Aron y Nicos Poulantzas vieran en Europa una tendencia hacia la "canadanización" como modelo de integración al imperio norteamericano⁶¹.

Nada de todo esto implicó, por supuesto, que la dimensión Norte-Sur del imperialismo se hubiese vuelto irrelevante. Sí significó que las relaciones de los otros países capitalistas centrales con el Tercer Mundo, incluyendo sus ex colonias, fueran atravesadas por las reglas del imperio informal norteamericano. Los países capitalistas centrales podrían seguir beneficiándose del clivaje Norte-Sur pero cualquier intervención tendría que ser iniciada, o al menos aprobada, por EUA (como lo demuestra Suez). Sólo EUA podía entonces arrogarse el derecho de intervención contra la soberanía de otros estados (lo que ha hecho repetidas veces alrededor del mundo) y sólo el estado norteamericano se reservaría para sí mismo el derecho "soberano" de rechazar normas y leyes internacionales cuando fuese necesario. Es en este sentido que sólo el estado norteamericano ha sido activamente "imperialista".

Pese a que las reglas del imperio informal parecían ubicar al "Tercer Mundo" y a los países capitalistas avanzados en el mismo escalón político y económico, tanto el legado del viejo imperialismo como el gran desequilibrio de recursos entre el Plan Marshall y la ayuda al desarrollo del Tercer Mundo tendieron a reproducir y reforzar las desigualdades globales. En la era de posguerra esto permitió a los estados europeos desarrollar una coherencia económica interna y mercados domésticos crecientes. En los términos de Alan Milward, la integración económica europea fue explícitamente promovida por EUA como un mecanismo europeo para "rescatar el estado-nación europeo"⁶². Pero esto contrastaba con la aversión norteamericana por las estrategias de industrialización por sustitución de importaciones adoptadas por los estados del Sur, por no mencionar la hostilidad de EUA hacia el tipo de planes de desarrollo de base económica auto-centrados que los países capitalistas avanzados habían utilizado antes de adoptar el orden liberal internacional. A diferencia de los intereses geoestratégicos que predominaron en las guerras de Corea y Vietnam, lo que determinó la participación de EUA en el derrocamiento de numerosos gobiernos desde Irán a Chile fue su oposición al nacionalismo económico. El resultado predecible –dadas las limitaciones de la mayoría de los mercados internos del Tercer Mundo y las implicaciones de todos los estados del Tercer Mundo compitiendo por entrar al mercado internacional– fue que las desigualdades globales aumentaron, aún cuando algunos pocos estados del Tercer Mundo, como Corea del Sur, fueron capaces de aprovechar el espacio geoestratégico que el nuevo imperio les concedió para desarrollarse rápidamente y achicar la brecha.

Aún así, en términos generales, la nueva modalidad informal de dominio imperial estaba caracterizada, tanto en los países capitalistas avanzados como en el Tercer Mundo, por la penetración de sus fronteras más que por su disolución. El nuevo orden capitalista internacional estaba ahora organizado y regulado ya no por un imperio formal sino por medio de la reconstrucción de los estados como elementos integrales del imperio informal norteamericano. Los estados-nación constituían el vehículo principal a través del cual (a) las relaciones sociales y las instituciones de clase, la propiedad, la moneda, los contratos y los mercados se establecían y reproducían; y (b) la acumulación internacional de capital se llevaba adelante. La gran expansión de inversión directa extranjera en todo el mundo implicó que lejos de escaparse del estado, el capital aumentó su dependencia de *muchos* estados. Al mismo tiempo, como fuerza social efectiva dentro de cualquier estado dado, el capital ahora tendía a integrar al capital extranjero y al doméstico dentro de las ambiciones y conexiones internacionales. Su interpenetración hizo que la noción de diferentes burguesías nacionales– ni que hablar del tipo de rivalidades entre ellas que condujo a la Primera Guerra Mundial– resultara crecientemente anacrónica.

Otra dimensión de esta nueva relación entre capitalismo e imperialismo era entonces la *internacionalización del estado*, entendida como la aceptación por parte del estado de hacerse responsable de manejar el orden capitalista doméstico de modo tal de contribuir al manejo del orden capitalista internacional⁶³. Para el estado imperial norteamericano, de todos modos, la internacionalización del estado tenía una cualidad especial dado que le permitía a EUA definir y ejercer su interés nacional no sólo en beneficio de su propia clase capitalista sino fundamentalmente en beneficio de la extensión y

reproducción del capitalismo global. Esto tenía que ver no sólo con la particularidad del estado y la formación social estadounidense, sino también con la creciente inclinación a concebir el papel del estado norteamericano como garante de la supervivencia de la "libre empresa" dentro de EUA a través de la promoción del libre comercio y la libre empresa a nivel internacional. Así lo expresaba el presidente Truman en su famoso discurso contra el aislacionismo, en marzo de 1947, en la Universidad de Baylor:

Ahora, como en 1920, hemos alcanzado un punto de inflexión en nuestra historia. Las economías nacionales han sido desorganizadas por la guerra. En todos lados el futuro es incierto. Las políticas económicas son muy cambiantes. En esta atmósfera de duda y vacilación, el factor decisivo será el tipo de liderazgo que EUA le brinde al mundo. Somos el gigante de la economía mundial. Nos guste o no, el futuro patrón de relaciones económicas depende de nosotros (...) Nuestras relaciones exteriores, políticas y económicas, son indivisibles⁶⁴.

La internacionalización del estado norteamericano estaba totalmente enmarcada en el documento NSC-68 del Consejo de Seguridad Nacional de 1950, el cual (aunque permaneció como *top secret* hasta 1975) fue definido por Kolko como "el más importante de todos los documentos políticos de posguerra". El mismo articulaba muy claramente el objetivo de construir un "ambiente mundial en el que el sistema norteamericano pueda sobrevivir y florecer... Aún si no existiera la Unión Soviética enfrentaríamos el gran problema... [de que] la ausencia de un orden entre las naciones es cada vez menos tolerable"⁶⁵.

La reconstrucción del imperio norteamericano en la era neoliberal

Este patrón de dominio imperial se estableció durante la reconstrucción de posguerra, un período que pese a su dinamismo económico fue inherentemente transitorio. La noción misma de "reconstrucción" planteaba ya la pregunta de qué iría a ocurrir luego de que las economías europeas y la de Japón se reconstruyeran y se volvieran competitivas respecto de la norteamericana y una vez que las condiciones benignas de los años de posguerra estuviesen agotadas⁶⁶. Más aún, las luchas obreras y campesinas y el creciente nacionalismo económico en el Tercer Mundo, y la militancia en ascenso de la clase obrera en los países capitalistas centrales, tendrían un fuerte impacto tanto sobre la tasa de ganancia del capital como sobre el orden institucional de posguerra.

En menos de una generación, las contradicciones inherentes a Bretton Woods estaban a la vista. Para cuando las monedas europeas se volvieron totalmente convertibles en 1958, prácticamente todas las premisas de 1944 se hallaban cuestionadas. El tipo de cambio fijo establecido en el tratado dependía de los controles de capital que la mayoría de los países, a excepción de EUA, mantenía después de la guerra⁶⁷. No obstante, la internacionalización misma del comercio y la inversión directa extranjera que Bretton Woods promovía (junto a innovaciones domésticas y la competencia en hipotecas, créditos, bancos de inversión y corretaje de acciones, títulos y monedas que fortalecieron la capacidad del sector financiero dentro de EUA), contribuyeron a restaurar un mercado financiero global con la correspondiente erosión de los controles de capital y la vulnerabilidad de los tipos de cambio fijos⁶⁸.

Hacia principios de los años sesenta ya se anunciaban serios temores de un retorno al colapso y fragmentación económica internacional del periodo de

entreguerras en la medida en que la economía norteamericana pasaba de ser acreedora a deudora, el dólar dejaba de ser una moneda escasa y abundaba, y el patrón oro-dólar en que se enmarcaba Bretton Woods comenzaba a tambalear⁶⁹. Pero a pesar de nuevas tensiones entre EUA y Europa y Japón, el pasado no se repitió. Por el contrario, el dominio estadounidense, que nunca fue seriamente desafiado, pudo reorganizarse sobre nuevas bases y el proceso de integración internacional no retrocedió sino que se intensificó. Esta reconstrucción del orden global, al igual que desarrollos anteriores del capitalismo global, no era inevitable. Lo que la hizo posible —es decir, lo que le dio al estado norteamericano el tiempo y el espacio político para renovar sus ambiciones globales— fue que para el momento de la crisis de los setenta, la penetración ideológica y material de EUA y su integración con Europa y Japón era lo suficientemente fuerte como para descartar cualquier aislamiento respecto de la economía internacional o cualquier desafío serio al liderazgo del estado norteamericano.

Obviamente, EUA se había establecido a sí mismo como el protectorado militar de Europa y Japón, lo cual se mantuvo mientras ambas economías hacían su entrada en los mercados estadounidenses. Pero el factor determinante en fortalecer los nuevos lazos imperiales durante la posguerra fue la inversión directa extranjera en tanto mecanismo principal de exportación de capital e integración internacional. Las corporaciones norteamericanas, en particular, se estaban convirtiendo en redes de conexión transnacionales entre proveedores, financistas y mercados de consumo (fortaleciendo así un orden comercial liberalizado como medio para asegurar redes internacionales de producción más estrechas aún). Incluso cuando la respuesta inicial al desarrollo de este tipo de inversiones estadounidenses haya sido hostil, en general dio lugar a la competencia por atraer dichas inversiones y luego a la emulación a los efectos de enfrentar "el desafío norteamericano" mediante contra-inversiones en EUA.

A diferencia del comercio, la inversión directa extranjera norteamericana afectó directamente a las estructuras de clase y las formaciones estatales de los otros países capitalistas centrales⁷⁰. Las tensiones y alianzas dentro de las clases capitalistas locales ya no podían ser entendidas en términos puramente "nacionales". Las compañías automotrices alemanas, por ejemplo, iban detrás de las norteamericanas en la búsqueda de mercados europeos y compartían intereses mutuos dentro de Alemania, como el precio del acero europeo. Tenían motivos para ser muy cautelosas respecto a las políticas que discriminaban a favor de compañías europeas, si bien esto podía, como consecuencia, afectar sus crecientes intereses en los mercados de y las inversiones en EUA. Y si la inestabilidad en Latinoamérica u otro "punto problemático" amenazaba sus propias inversiones internacionales, acudían principalmente a EUA antes que a sus propios estados para defenderlas.

Con el capital norteamericano actuando como una fuerza social dentro de cada estado europeo, el capital local tendió a ser "desarticulado" y no más representado por una burguesía nacional coherente e independiente⁷¹. La probabilidad de que el capital doméstico pudiera desafiar al dominio estadounidense —como algo opuesto a la mera búsqueda por renegociar los términos del liderazgo norteamericano— disminuyó considerablemente. Aunque las economías de Europa occidental y Japón habían sido reconstruidas en el periodo de posguerra, la naturaleza de su integración a la economía global tendió a sujetar la reproducción exitosa de sus propias formaciones sociales a

las reglas y estructuras del orden global liderado por EUA. Por mucho que los estados europeos y japoneses pudieran haber querido renegociar los acuerdos contrados en 1945, ahora que sólo el 25% de la producción global estaba ubicada en EUA, ni ellos ni sus burguesías estaban remotamente interesados en desafiar la hegemonía que el imperio informal estadounidense había establecido sobre ellos. Como afirmaba Poulantzas a principios de los '70, "para ellos, la cuestión es más bien reorganizar una hegemonía que todavía aceptan...; lo que en realidad se disputan es el reparto de la torta"⁷².

Fue en este contexto que la internacionalización del estado se volvió particularmente importante. En los setenta, en el transcurso de las prolongada, y a veces confusas renegociaciones de los términos que desde fines de la Segunda Guerra Mundial ligaban a Europa y Japón al imperio norteamericano, todos los estados-nación involucrados aceptaron la responsabilidad de crear las condiciones *internas* necesarias para sostener la acumulación *internacional*, como la estabilidad de los precios, las limitaciones a la militancia obrera, el tratamiento nacional a las inversiones extranjeras y la salida irrestricta de capitales. Para citar nuevamente a Poulantzas, la tendencia real que surgió a partir de la crisis de los setenta fue "las transformaciones internalizadas del estado mismo a fin de hacerse cargo de la internacionalización de las funciones públicas en beneficio del capital"⁷³. Por lo tanto, los estados-nación no estaban desapareciendo sino sumando responsabilidades.

No es que hayan visto con claridad exactamente lo que se necesitaba hacer. Las estructuras establecidas del orden posterior a 1945 no resolvieron por sí mismas las presiones generalizadas sobre las tasas de ganancia en EUA y Europa. Tampoco sugirieron cómo EUA podría revivir su base económica de manera de consolidar su dominación. Y tampoco daban respuestas respecto de cómo se manejarían las tensiones e inestabilidades de un mundo en que el estado norteamericano no era omnipotente sino que dependía, para su dominio, de poder funcionar a través de otros estados. La naturaleza contingente del nuevo orden quedó demostrada en el hecho de que la "solución" sólo apareció hacia fines de los setenta es decir, dos décadas después de los primeros signos de problemas, casi una década después de la crisis del dólar de principios de los '70 y luego de un período sostenido de falsas iniciativas, confusiones y experimentaciones inciertas⁷⁴.

La primera y más crucial respuesta del gobierno de Nixon, es decir, el fin dramático de la convertibilidad del dólar en 1971, restauró la autonomía económica del estado norteamericano ante la corrida hacia el oro; y la consiguiente devaluación del dólar corrigió, al menos temporalmente, el déficit de la balanza comercial de EUA. De todos modos, esa respuesta estaba muy lejos de ser una solución a las cuestiones más amplias que estaban en juego. El estado norteamericano sacó ventaja de su posición todavía dominante para defender sus propias bases económicas, pero esta postura defensiva no pudo generar una solución general a los problemas que enfrentaban todas las economías capitalistas desarrolladas, ni tampoco crear las bases para renovar el dinamismo económico de EUA⁷⁵. Hacia fines de los setenta, cuando la economía estadounidense enfrentaba una fuga de capitales (domésticos y extranjeros), un informe presidencial al Congreso (que se definía a sí mismo como "el análisis más detallado y comprehensivo de la posición competitiva de EUA") confirmaba un declive estrepitoso en la competitividad —la cual se aconsejaba *podía* ser revertida por una reorientación radical de la política

económica dirigida a corregir la inflación persistente y a tener mayor acceso a los ahorros a fin de acelerar la inversión⁷⁶.

La preocupación por retener y atraer nuevo capital fue especialmente crucial para lo que vendría. La apertura de los mercados de capitales en los órdenes doméstico y global representó tanto una oportunidad como una restricción para el estado norteamericano. La liberalización financiera permitía trasladar un aspecto importante de la competencia al terreno donde la economía estadounidense había tenido potencialmente sus ventajas comparativas más grandes. Sin embargo, esas ventajas no podrían convertirse en instrumentos efectivos de poder sin ciertos cambios políticos y económicos. La ambivalencia del estado norteamericano respecto de cómo manejar la fuerza creciente del capital financiero se reflejaba en sus políticas: los controles de capital se habían introducido en 1963, pero estaban sujetos a "excepciones" importantes; el mercado de euro-dólares era una fuente de preocupación, pero al mismo tiempo se reconocía que hacía la tenencia de dólares más atractiva y, consiguientemente, era un propulsor importante del reciclaje de petrodólares del Tercer Mundo. La liberalización financiera fortaleció enormemente a Wall Street durante los '70 y, como han mostrado muy persuasivamente Duménil y Lévy, demostró ser crucial para los cambios más amplios que le siguieron⁷⁷. Pero esto no debería ser visto como a expensas del capital industrial. Lo que estaba en juego no era un "golpe financiero" sino más bien un (tardío) reconocimiento por parte del capital norteamericano de que el fortalecimiento del poder financiero era un esencial, aunque a veces doloroso, precio a pagar para la reconstrucción del poder económico norteamericano⁷⁸.

El "punto de inflexión" crítico en materia de orientación política vino en 1979 con el "shock de Volcker" —el programa autoimpuesto de ajuste estructural del estado norteamericano. La determinación de la Reserva Federal de establecer una disciplina económica interna a través de un alza inédita de las tasas de interés condujo a una reestructuración vital del trabajo y la industria y atrajo la confianza necesaria que los mercados de dinero y los bancos centrales estaban buscando. Junto a las políticas neoliberales más generales que evolucionaron hacia un paradigma de políticas capitalistas relativamente coherente durante la década del ochenta, el nuevo impulso del capital financiero reforzado por las políticas estatales sentó las bases para lo que comúnmente se conoce como "globalización" —el impulso acelerado hacia un mundo sin fronteras ni restricciones para la acumulación del capital.

Los mecanismos del neoliberalismo (la expansión y profundización de los mercados y las presiones competitivas) pueden ser económicos, pero este fue esencialmente una respuesta *política* a las conquistas democráticas que habían sido alcanzadas previamente por las clases subordinadas y que, desde el punto de vista del capital, representaban un obstáculo a la acumulación. El neoliberalismo no sólo implicó revertir esas conquistas sino también debilitar sus fundamentos institucionales —incluyendo un cambio en la jerarquía de los aparatos del estado norteamericano hacia el Tesoro y la Reserva Federal a expensas de las antiguas agencias del New Deal. Por supuesto que EUA no fue el único país en introducir políticas neoliberales, pero una vez que el propio estado norteamericano se movió en esta dirección, adquirió un nuevo status: el capitalismo ahora operaba bajo una "nueva forma de dominio social"⁷⁹ que prometía, y de hecho produjo, (a) el resurgimiento de la base productiva del predominio estadounidense; (b) un modelo universal para restaurar las

condiciones de la rentabilidad en otros países desarrollados; y (c) las condiciones económicas para la integración del capitalismo global.

En el transcurso de la reestructuración económica que vino después, las condiciones laborales en EUA fueron seriamente debilitadas, proporcionándole al capital norteamericano una mayor flexibilidad competitiva en relación con Europa. Las firmas ineficientes fueron depuradas –un proceso que había sido limitado en los setenta– y las sobrevivientes fueron reestructuradas internamente, terciarizando procesos a proveedores más baratos y especializados, relocalizándose en los estados cada vez más urbanizados del Sur, y fusionándose con otras firmas –todo esto como parte de un acelerado proceso de redistribución del capital dentro de la economía estadounidense. La nueva confianza de los inversores globales (incluyendo al propio Wall Street) en la economía norteamericana y el estado le dio a EUA un acceso relativamente barato a los ahorros globales e hizo al capital eventualmente más barato en EUA. Los capitales de riesgo disponibles impulsaron la inversión en desarrollo de nuevas tecnologías (la cual también se benefició de los subsidios públicos vía programas de procuración militar), las cuales, a su vez, fueron integradas a las estrategias de reestructuración de las gerencias y diseminadas en sectores que estaban mas allá de la *high-tech*. La proporción estadounidense de la producción mundial no continuó declinando sino que siguió siendo alrededor de un cuarto del total hasta comienzos del siglo veintiuno.

En la década del ochenta, la economía norteamericana no sólo revirtió su desliz sino que también sentó las bases para que los capitales europeos y japoneses hicieran lo mismo⁸⁰. La confianza renovada por parte del capital norteamericano consolidó al capitalismo como proyecto global a través del desarrollo de mecanismos formales e informales de coordinación internacional. El neoliberalismo reforzó las condiciones materiales e ideológicas para garantizar el tratamiento "nacional" del capital externo dentro de cada formación social y para "constitucionalizar" por medio del NAFTA, la OMC y la Unión Económica y Monetaria Europea, la libre circulación de bienes y capital (la OMC era una versión más amplia del GATT, pero con más dientes)⁸¹. El acceso privilegiado de la economía estadounidense a los ahorros globales gracias al lugar central de Wall Street dentro de los mercados de dinero globales le permitió importar libremente sin comprometer otros objetivos. Esto le dio al estado norteamericano el rol no necesariamente intencionado de "importador de último recurso", que limitaba el impacto de cualquier desaceleración económica en otros lugares al mismo tiempo que reforzaba la dependencia de los inversores y exportadores extranjeros de los mercados y políticas estatales norteamericanas. La Reserva Federal, pese a estar sólo preocupada por las políticas domésticas, mantenía un ojo bien abierto sobre el contexto internacional. Y el Tesoro, cuya posición relativa dentro del estado ha variado a lo largo de la era de posguerra, asumió crecientemente el rol de manager macroeconómico global durante las décadas de los ochenta y noventa, reforzando así su status en el tope de la jerarquía de los aparatos del estado norteamericano⁸².

El G-7 surgió como un foro de ministros de finanzas y funcionarios del Tesoro para discutir los desarrollos globales, establecer consensos en la dirección de ciertas cuestiones y dirigir de manera concreta y controlada cualquier ajuste necesario del tipo de cambio. EUA le permitió al Bank for International

Settlements resurgir como principal agencia de coordinación internacional, en el contexto del mayor protagonismo de los crecientemente "independientes" banqueros centrales, a fin de mejorar los estándares de funcionamiento del capital dentro de los sistemas bancarios. El FMI y el Banco Mundial también fueron reestructurados. El FMI dejó de atender los problemas de "ajuste" de la balanza de pagos para ocuparse de las crisis económicas estructurales en los países del Tercer Mundo (a lo largo de las líneas impuestas sobre Gran Bretaña en 1976) y se convirtió en el vehículo central para imponer cierto tipo de "condicionalidades", a cambio de préstamos, que tomaban en cuenta las preocupaciones del capital global. El Banco Mundial apoyó esto, aunque hacia los noventa centró también su atención en la construcción del estado capitalista –lo que se conoce como "estados efectivos"⁸³.

Que el imperio norteamericano se haya reconstituido de manera tan exitosa a través de las últimas décadas del siglo XX no significa que el capitalismo global haya alcanzado una nueva meseta de estabilidad. En realidad, es posible afirmar que las dinámicas de inestabilidad y contingencia son sistemáticamente incorporadas a la forma reconstituida del imperio. En buena medida, porque la competencia intensificada propia del neoliberalismo y la hipermovilidad de la liberalización financiera agravan el desarrollo desigual y la extrema volatilidad inherentes al orden global. Es más, esta inestabilidad se ve dramáticamente amplificada por el hecho de que el estado norteamericano sólo puede dominar este sistema a través de otros estados, y convertir a todos en estados "efectivos" para el capitalismo global no es un asunto sencillo. Es precisamente en la tentativa por parte del estado norteamericano por enfrentar estos problemas, especialmente *vis-a-vis* con aquello que denomina "estados canallas" del Tercer Mundo, lo que ha conducido al imperialismo estadounidense a presentarse hoy de manera cada vez más desembozada.

Más allá de la rivalidad inter-imperial

No podemos entender el imperialismo en la actualidad como si fuera una crisis irresuelta de la década del setenta caracterizada por una sobre-acumulación y un exceso de competencia dando lugar nuevamente a una rivalidad inter-imperial. A diferencia del periodo anterior que se caracterizaba por la fuerza económica relativa de Europa y Japón, el momento histórico actual muestra, por el contrario, su relativa *debilidad*. La preocupación por el déficit comercial de EUA parece superponerse en ambos períodos, pero el contexto y el contenido de dicha preocupación han cambiado radicalmente. Anteriormente, el déficit norteamericano apenas estaba surgiendo, era generalmente visto como insostenible incluso en el corto plazo y era caracterizado por los banqueros centrales extranjeros como la exportación de la inflación estadounidense al exterior. Hoy, la economía global no sólo ha venido a convivir con el déficit norteamericano por casi un cuarto de siglo sino que la estabilidad global ha venido a depender de ese déficit y es, en todo caso, su intento por "corregirlo" lo que representa una amenaza –esta vez, una amenaza deflacionaria. En el periodo anterior, los mercados financieros globales sólo estaban emergiendo, y lo que esto ponía en cuestión en aquel entonces era su impacto en el socavamiento de las formas de macro-management nacionales e internacionales existentes, incluyendo el rol internacional del dólar norteamericano. El consiguiente desarrollo explosivo de los mercados financieros ha resultado en estructuras financieras y flujos de circulación que han hecho hoy de las "finanzas" mismas un punto central del macro-

management global –ya sea reforzando la disciplina de acumulación, recolocando capital a través de sectores y regiones, otorgando créditos a inversores/consumidores para sostener hasta los más modestos niveles de crecimiento, o apoyando la capacidad de la economía estadounidense para atraer los ahorros globales necesarios para reproducir el imperio norteamericano.

En este contexto, el nivel de inconsciencia teórica con que se emplea el término "rivalidad" para calificar la competencia económica entre la UE, Japón (o más genéricamente, el Sudeste Asiático) y EUA es notable. El significado específico que este concepto tenía en el contexto anterior a la Primera Guerra Mundial, cuando la competencia económica entre estados europeos sí estaba de hecho articulada con capacidades militares comparables y Lenin podía afirmar que las "guerras imperialistas son absolutamente inevitables"⁸⁴, es prácticamente inexistente en el contexto contemporáneo de aplastante dominio militar norteamericano. Pero más allá de esto, el sentido que este concepto tenía en el pasado está en contradicción con la distintiva integración económica y militar que existe actualmente entre las potencias capitalistas.

El término "rivalidad" tiende a exagerar la competencia económica entre estados mucho más allá de lo que significa en el mundo real. Así como la concepción de una clase capitalista transnacional, liberada de cualquier restricción estatal o a punto de engendrar un estado global supranacional, es por demás extravagante⁸⁵, también lo es cualquier noción de un retorno a la rivalidad entre burguesías nacionales. Las relaciones de poder asimétricas que surgieron de la penetración e integración entre los principales países capitalistas bajo la tutela del imperio informal norteamericano no se disolvieron con la crisis de la edad de oro de la posguerra y el aumento de la competencia comercial y la movilidad de capital que le siguió. Por el contrario, esas relaciones de poder se reformaron y se reconstituyeron a través de la era de la globalización neoliberal. Obviamente, nada de esto quiere decir que el estado y las estructuras económicas se hayan vuelto homogéneos o que no haya divergencia en muchas áreas de políticas, o que los conflictos y las contradicciones estén ausentes del orden imperial. Pero estos conflictos y contradicciones no se localizan tanto en las relaciones entre los estados capitalistas avanzados como *dentro* de esos estados mismos, en la medida en que estos intentan manejar sus procesos internos de acumulación, legitimación y lucha de clases. Esto es igualmente cierto para el caso del estado norteamericano en su intento por manejar y hacerle frente a las complejidades de la globalización neoliberal.

La evolución de la Unión Europea tampoco hace a la teoría de la rivalidad inter-imperial relevante para nuestro tiempo⁸⁶. Impulsada en sus orígenes por el estado norteamericano, su reciente desarrollo a través de la unión económica y monetaria, incluyendo el lanzamiento del euro y el Banco Central Europeo, nunca tuvo la oposición del capital estadounidense dentro de Europa ni del estado norteamericano. Lo que la UE ha conseguido en términos de libre mercado y movilidad del capital dentro de su propia región no desafía, sino que se ajusta a, la "nueva forma de dominio social" liderada por EUA que el neoliberalismo representa. Lo que ha logrado en términos de integración de los mercados de capitales europeos no sólo ha implicado una mayor penetración de la inversión bancaria estadounidense y su correspondiente principio de "valor del accionista" dentro de Europa, sino que también, como lo ha

demostrado John Grahl, "se ha basado en la desregulación e internacionalización del sistema financiero estadounidense"⁸⁷.

Los pasos vacilantes hacia una postura militar europea independiente, sin contar el terrible costo económico que esto involucraría (mucho más en el contexto de un crecimiento relativamente lento), fueron rápidamente neutralizados por la guerra de Kosovo en la ex Yugoslavia –apoyada por todos los gobiernos europeos– a través de la cual EUA dejó bien en claro que la OTAN continuaría siendo el último policía de Europa⁸⁸. Pero esto sólo puso en su lugar una cuestión sobre la que ningún político pragmático de Europa se había hecho ninguna ilusión. La dependencia respecto de la tecnología militar norteamericana y sus servicios de inteligencia sería todavía tal que EUA mismo ve "una fuerza de la UE que sirva como extensión efectiva, aunque no oficial, de la OTAN y no como un sustituto"⁸⁹. Y del lado europeo, Joschka Fischer, ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, ha reconocido de manera similar que "la relación transatlántica es indispensable. El poder de EUA es un factor decisivo para la paz y estabilidad del mundo. No creo que Europa pueda alguna vez ser lo suficientemente fuerte como para defenderse sola"⁹⁰. Probablemente, esta apreciación de la realidad dentro de los círculos de la elite europea esté en el corazón mismo de sus expresas frustraciones respecto a la tendencia actual del liderazgo estadounidense a tratar a Europa simplemente como un socio "menor". Aunque se ha dicho que el fin de la Guerra Fría dejó a Europa en un estado de menor dependencia del paraguas militar norteamericano, y por lo tanto, más libre para perseguir sus propios intereses, este mismo proceso hizo a EUA más indiferente ante las sensibilidades europeas.

En cuanto al Este Asiático, si bien se podría pensar que el alto nivel de centralización del estado de Japón le podría dar el potencial imperial del que la UE carece, ha mostrado mucha menos capacidad de liderazgo regional, ni que hablar de liderazgo global, independiente de EUA. Es más, su capacidad para penetrar económicamente al Este Asiático ha estado y continúa estando mediada por las relaciones imperiales norteamericanas⁹¹. Esto quedó crudamente subrayado por las acciones del Tesoro norteamericano (especialmente a través de la intervención directa de Rubin y Summers) en la crisis del Este Asiático de 1997-98, cuando dictaminó un conjunto de duros condicionamientos precisamente en el patio trasero de Japón⁹². Aquellos que interpretaban la penetración comercial de Japón en los mercados norteamericanos y sus masivas inversiones directas en EUA durante la década del ochenta en términos de rivalidad inter-imperial están influenciados por una perspectiva economicista errónea. Japón continúa dependiendo de los mercados estadounidenses y de la seguridad de sus inversiones dentro de EUA, y su banco central está ansioso por comprar dólares para limitar la caída del mismo y su impacto sobre al Yen. Y aún cuando China pueda surgir eventualmente como un polo de poder inter-imperial, le llevaría muchas décadas alcanzar semejante estatuto. El hecho de que ciertos sectores del estado norteamericano estén preocupados por asegurarse de que su poder "unipolar" hoy se use para prevenir el posible surgimiento de rivales imperiales el día de mañana, no puede ser utilizado como evidencia respecto de que tales rivales ya existan.

Durante los noventa, no sólo la deflación literal de la economía japonesa sino también el crecimiento lento y el alto desempleo en Europa contrastaron

seriamente con el *boom* norteamericano. Tal es así que si Donald Sassoon estaba en lo cierto cuando afirmaba que "la cuestión política real de la década del cincuenta era cómo lograr una versión europea de la sociedad estadounidense"⁹³, lo mismo pareció suceder en los noventa, al menos en términos de emulación de las políticas económicas de EUA y valores de los accionistas. Ahora, con el fin de dicho *boom* y el creciente déficit fiscal y comercial de EUA, nuevas predicciones sobre la decadencia estadounidense y la rivalidad inter-imperial se han convertido en un lugar común. Pero la cuestión de la sustentabilidad del imperio norteamericano no se puede analizar hoy desde una perspectiva economicista y cortoplacista placista como la de los setenta, como cuando Poulantzas desdeñaba:

los diversos análisis futurológicos de la relativa "fuerza" o "debilidad" de las economías norteamericana y europeas, análisis que formulan la cuestión de las contradicciones inter-imperialistas en términos de "competitividad" y efectiva "competencia" entre "economías nacionales". En general, estos argumentos se reducen a "criterios económicos" que no significan demasiado, ...y [dichos análisis] son extrapolados a partir de éstos de una manera bastante arbitraria⁹⁴. Esto no quiere decir que la coyuntura económica actual no revele genuinos problemas económicos para cada estado del capitalismo global, incluyendo el estadounidense. Estos problemas no reflejan una continuidad de la crisis de los setenta sino que más bien anuncian nuevas contradicciones engendradas por el neoliberalismo en la dinámica global del capitalismo, incluyendo la sincronización de las recesiones, la amenaza de deflación, la dependencia del mundo respecto de los mercados norteamericanos y la dependencia de EUA de la entrada de capitales para cubrir su déficit comercial. Hay de hecho una complejidad sistémica en el capitalismo global de hoy que incluye inestabilidades y crisis, incluso en los países centrales. De todos modos, esto tiene que ser visto no tanto en términos de las antiguas tendencias a las crisis estructurales y sus desenlaces, sino como las dimensiones cotidianas del funcionamiento del capitalismo contemporáneo y, de hecho, como sostuvimos previamente, incluso de su éxito.

La cuestión para los estados capitalistas no es prevenir las crisis episódicas – estas van a ocurrir inevitablemente– sino contenerlas. Hasta hoy, el estado imperial estadounidense ha demostrado una notable capacidad para limitar la duración, profundidad y contagio de las crisis. Y hasta ahora hay pocos motivos para pensar que incluso las presiones sobre el valor del dólar se hayan tornado inmanejables. Esto es lo que subyace a la confianza de Andrew Crockett, director general del Banco Internacional de Pagos y presidente del Foro de Estabilidad Financiera (que comprende a los representantes de los bancos centrales, ministros de finanzas y reguladores de mercado provenientes de los estados del G7) de que "ellos tienen las redes de contactos, [y] los planes de contingencia para manejar los 'shocks' del mercado"⁹⁵. Por supuesto que dicha confianza no garantiza por sí misma que el Tesoro norteamericano y la Reserva Federal, que han trabajado muy de cerca junto a sus contrapartes de los otros países capitalistas centrales durante la guerra de Irak (más allá de las diferencias de sus propios gobiernos respecto a la guerra) al igual que lo hicieron inmediatamente después de la conmoción sufrida por Wall Street a causa de los ataques terroristas del 11-S⁹⁶, tendrán siempre la capacidad para resolver todas las contingencias. Argumentaremos, de todos modos, que el

desarrollo futuro de dichas capacidades no está descartado por ninguna contradicción *económica* en sí misma.

Por lo tanto, la crisis que hoy ha producido un imperio norteamericano desembozado no radica en un proceso de sobreacumulación que esté conduciendo a algo parecido a una rivalidad inter-imperialista, sino que más bien se arraiga en los límites que un imperio informal que domina a través de otros estados encuentra para fijar una estrategia de crecimiento económico coordinado, incluso dentro de los países capitalistas avanzados. En estos estados democrático-liberales, la fortaleza de las fuerzas sociales domésticas – a pesar de, y a veces debido a, la internacionalización del capital doméstico y el estado nacional– ha limitado la adopción del neoliberalismo (como se puede observar, por ejemplo, en las dificultades experimentadas por el estado alemán para introducir mercados de trabajo flexibles, o la inercia del estado japonés en la reestructuración su sistema bancario). Esto ha frustrado las "reformas" que el capital considera necesarias, en línea con la propia reestructuración previa del estado norteamericano, para reavivar el crecimiento económico en estos países a fin de compartir el peso de la absorción de las importaciones globales y aliviar la presión del déficit comercial estadounidense. Pese a la energía que los capitalistas de cada país han invertido en asegurar dichas "reformas", no es para nada obvio tampoco que estas por sí mismas vayan a renovar mágicamente el crecimiento. Además, la total implementación de dichas reformas podría en cualquier caso generar una mayor intensidad de luchas de clase desde abajo –aunque deba decirse que estas tendrán que producir algo próximo a una transformación fundamental en las estructuras de clase y del estado si es que quieren generar una nueva alternativa al neoliberalismo y quebrar los vínculos con el imperio estadounidense.

El imperio manifiesto: "esa cosa imponente en que se está convirtiendo Norteamérica"

Si hay hoy una crisis del imperialismo conviene interpretarla como lo hacía Poulantzas a principios de los años setenta:

Lo que está actualmente en crisis no es directamente la hegemonía americana, bajo el impacto del "poder económico" de las otras metrópolis, cuyo ascenso las habrá, de acuerdo a algunos estudiosos, elevado automáticamente al rango equivalente "contra-imperialismo", sino más bien el imperialismo como un todo, como resultado de la lucha de clases a nivel mundial que ya han alcanzado a las mismas zonas metropolitanas. En otras palabras, no es la hegemonía del imperialismo norteamericano lo que está en crisis, sino la totalidad del imperialismo bajo esta hegemonía⁹⁷.

La noción de "lucha mundial de clases" es muy vaga y restrictiva a la vez respecto de la diversidad de fuerzas sociales hoy en juego como para captar hasta qué punto las contradicciones entre el Tercer Mundo y el imperio estadounidense están manifestándose actualmente. Pero tampoco es cierto que los problemas más serios para el "imperialismo como un todo" surjan en relación a los estados que están fuera del corazón capitalista. En el caso de estos estados capitalistas subdesarrollados, aún crecientemente situados dentro de la órbita del capital global –como en la mayor parte del Tercer Mundo y el antiguo bloque soviético– las instituciones financieras internacionales y los estados capitalistas centrales, ya sea actuando concertadamente o por cuenta propia, han intervenido con el fin de imponer "reformas" estructurales "económicamente correctas". En el marco de la liberalización financiera, esto

ha implicado una firme secuencia de crisis económicas. Algunas de estas crisis podrían ser vistas como un componente funcionalmente necesario del éxito del neoliberalismo (como puede decirse quizá de Corea del Sur luego de la crisis asiática de 1997-1998). Pero la mayor parte de estas no han resuelto sino agravado aún mas los problemas debido a la universalidad abstracta del remedio. Cualquiera sea el éxito del neoliberalismo en relación al fortalecimiento de una economía capitalista ya desarrollada, cada vez más parece ser una estrategia errónea para el desarrollo capitalista en sí mismo. En el caso de los "estados canallas" —aquellos que no están dentro de la órbita del capitalismo global de modo que ni la penetración de las fuerzas económicas externas ni las instituciones internacionales pueden reestructurarlos eficazmente—, la intervención directa unilateral por parte de EUA se ha vuelto cada vez más tentadora. Es esto lo que ha traído de vuelta al término "imperio" al centro del debate, y dicha intervención está cargada con toda clase de ramificaciones impredecibles.

En este contexto, el colapso del mundo comunista que permaneció fuera de la esfera del imperio estadounidense y el capitalismo global durante la mayor parte de la era de posguerra se ha vuelto particularmente importante. Por un lado, ha sido realmente extraordinaria la rápida penetración e integración del capital global y las instituciones del imperio informal norteamericano (como la OTAN) en buena parte de lo que ha sido el bloque soviético, como así también la apertura de China, Vietnam e incluso Cuba al capital extranjero y su integración a los mercados mundiales (aún bajo el amparo de las elites comunistas). Esto también ha eliminado el peligro de que cualquier intervención directa de EUA en estados fuera del hemisferio americano condujera a una tercera guerra mundial y la guerra nuclear de *Armagedón*. El hecho de que hasta los defensores liberales de derechos humanos e instituciones hayan invocado repetidas veces a EUA de actuar como poder de policía internacional durante la década del noventa reflejaba la nueva coyuntura. Pero, por otro lado, la arrogancia y la sensación de sobrecarga que se hicieron presentes con el ahora evidente poder único del estado norteamericano lo condujo a preguntarse si aún los limitados compromisos que tenía que cumplir al operar a través de instituciones multilaterales no estaban restringiendo innecesariamente sus opciones estratégicas, especialmente en relación a los "estados canallas" fuera de la órbita del imperio informal.

La "soledad del poder" ha tenido mucho que ver en esto. El sentido peso de la responsabilidad última (y desde el 11-S, una mayor susceptibilidad a la vulnerabilidad de EUA como blanco de terrorismo tanto en casa como en el exterior), promueve el deseo de retener la "soberanía" total de actuar como sea necesario. Esto es lo que subyace por debajo de la naturaleza crecientemente manifiesta del imperialismo estadounidense. El problema que ahora enfrenta en términos de "conjugar su poder particular con la tarea general de coordinación" (para citar la frase incisiva de Anderson), se puede observar no sólo en relación a las contradicciones económicas del neoliberalismo discutidas anteriormente sino también en las crecientes contradicciones entre naturaleza y capitalismo (como se revela, por ejemplo, no sólo a través de los serios problemas de las emisiones de carbono que el acuerdo de Kyoto supuestamente debe resolver sino también en la cuestión de las reservas de petróleo pronunciada por el Informe Cheney, analizada por Michael Klare en otro ensayo de este volumen).

Todas estas cuestiones se multiplican por el rol que el estado imperial norteamericano ha venido a jugar ahora (y usualmente se espera que lo haga) en la tarea de mantener el orden social alrededor del mundo entero. Desde el punto de vista de la creación de "un medio ambiente mundial en el que el sistema estadounidense pueda sobrevivir y florecer", el documento NSC-68 del Consejo Nacional de Seguridad de 1950 según el cual "aún si no hubiera Unión Soviética enfrentaríamos el gran problema (...) que la ausencia de orden entre las naciones se está volviendo cada vez menos tolerable", anticipaba aquello que finalmente se ha vuelto totalmente claro para los que manejan el imperio norteamericano. El propio documento de Estrategia de Seguridad Nacional de George W. Bush de septiembre de 2002 (intimaciones de lo que estaba saliendo a la superficie dentro del estado norteamericano tan pronto se produjo el colapso del bloque soviético)⁹⁸ tenía un largo linaje.

Así como el neoliberalismo en casa no implicó un estado más pequeño o más débil sino muy por el contrario uno el que florecieron aparatos coercitivos (a medida que las oficinas del estado de bienestar se vaciaron y las cárceles se llenaron), también el neoliberalismo ha tenido como efecto el fortalecimiento de los aparatos coercitivos que el estado imperial necesita para mantener el orden social en el mundo. La transformación de las fuerzas armadas estadounidenses y los aparatos de seguridad durante la década de los noventa de manera tal de facilitar esto último (como analiza Paul Rogers en este mismo volumen) sólo puede interpretarse en este sentido. El unilateralismo norteamericano en el uso internacional de estos aparatos es poco sorprendente teniendo en cuenta que las actividades de los aparatos coercitivos de los estados a nivel doméstico están a salvo de escrutinios extensivos de las legislaturas y de tener que negociar lo que hacen con los aparatos no coercitivos del estado.

Todo esto ya era evidente en las respuestas a los "estados canallas" de los gobiernos de Bush I y Clinton. EUA trabajó duro por conseguir el apoyo de las Naciones Unidas para la Guerra del Golfo de 1990-1991 y prestó mucha atención al largo régimen de sanciones que, ante la insistencia de EUA, se aplicó contra Irak durante los años noventa. Pero otros gobiernos resentían el creciente unilateralismo norteamericano, lo que los ponía bastante nerviosos, aunque más no fuera en términos de mantener la legitimidad dentro de sus propios estados. La Guerra del Golfo ha demostrado que las Naciones Unidas pudieron ser hechas para servir "como un imprimátur para una política que EUA quería seguir, y perseguir o coaccionar a todos a apoyarlas", según lo apuntó el embajador canadiense de las Naciones Unidas en aquel momento. Esta "manipulación de las provisiones de la Carta de las Naciones Unidas" acobardó "a muchos países en desarrollo, que se sentían privadamente abrumados y escandalizados por lo que estaba sucediendo pero también totalmente impotentes para hacer algo al respecto –una prueba del enorme poder e influencia de Norteamérica cuando este es desatado"⁹⁹.

Pero al mismo tiempo, esto les hizo comprender a los estrategas estadounidenses cuán poco podían confiar en las Naciones Unidas para salirse con la suya. Las Naciones Unidas, por su propia naturaleza diplomática y semi-parlamentaria compuesta de todos los estados del mundo, no podían ser tan fácilmente reestructuradas como lo fueron las instituciones de Bretton Woods luego de la crisis de los setenta. Como lo demostraría el uso repetido del veto norteamericano en el Consejo de Seguridad desde entonces, esto fue una fuente de constante irritación. Y mientras podía confiarse en la OTAN como un

vehículo mucho más confiable para la guerra estadounidense por Kosovo en la ex Yugoslavia (con el beneficio agregado de dejarles bien en claro a los europeos quién continuaría ejerciendo el poder de policía internacional en su propio patio trasero), aún aquí los esfuerzos realizados por mantener a todos y cada uno de los miembros de la OTAN del mismo lado fueron visiblemente mal acogidos dentro del estado norteamericano mismo.

La retórica aislacionista de Bush en su campaña electoral de 2000 en la que cuestionaba la necesidad de involucrar a las tropas americanas en puntos remotos del mundo estaba condenada a ser reformulada una vez que Bush se hubo hecho cargo de (y fue apropiadamente socializado en) la oficina de una Presidencia que es hoy tan inevitablemente imperial como doméstica en su naturaleza. Por eso, la política explícitamente imperial que los estrategas geopolíticos cercanos al partido Republicano ya habían diseñado, estaba lista y aguardando su momento. El 11-S por sí mismo no determinó su ascendencia en el estado, pero sí reforzó su posición. Su respuesta ha revelado todas las tensiones en la combinación del estado americano de su función imperial de coordinación general con el uso de su poder para proteger y promover sus intereses nacionales. Defender los intereses de seguridad del capitalismo global de modo tal de que sirva al mismo tiempo a las necesidades del estado y la formación social americana se ha vuelto particularmente complicado desde que los intereses de seguridad en cuestión se presentan ante todo como norteamericanos. Esto quiere decir que mientras las amenazas a EUA sean vistas por este último como un ataque al capitalismo global en general, el estado estadounidense tendrá cada vez menos paciencia para hacer concesiones que se interpongan en el camino respecto a su accionar guiado por su propia definición del interés del capitalismo global y el uso ilimitado de su poder estatal para resolver dichas amenazas.

Tal vez el cambio más importante en la estructura administrativa del imperio norteamericano en la transición del gobierno de Clinton al de Bush II haya sido el desplazamiento del Tesoro del tope de la jerarquía estatal. Las ramas del estado estadounidense que controlan y disponen de los medios de violencia están ahora en el asiento del conductor. En una administración que representa a un partido republicano que siempre ha estado conformado por una coalición de defensores del libre mercado, conservadores sociales y halcones militares, desde el 11-S la balanza se ha inclinado decisivamente hacia este último¹⁰⁰. Pero la no disimulada cara imperial que el estado norteamericano está hoy dispuesto a mostrarle al mundo tiene que ver por sobre todas las cosas con las crecientes dificultades para manejar un verdadero imperio informal global –un problema que va mucho más allá de cualquier cambio de gobierno.

Esto podría convertirse en un desafío tan grande como el que enfrentaron anteriormente los imperios formales con sus aparatos estatales coloniales. Hoy, el problema central para el estado norteamericano está relacionado con la necesidad de reformar todos los estados del mundo para que sean mínimamente compatibles con la administración del orden global –y esto es visto también como una condición general para la reproducción y extensión del capitalismo global. Pero la inmensa dificultad de construir en la periferia las densas redes semejantes a la que el nuevo imperialismo estadounidense había forjado exitosamente con los otros estados capitalistas avanzados es clara si se repara en el apenas vacilante progreso que se ha hecho en la tarea de extender el G7 al G8, ni qué hablar del G20. Para el estrato geopolítico del

estado norteamericano, esto pone en evidencia los límites del enfoque de los "estados efectivos" fuera del centro basado exclusivamente en vínculos económicos.

Esto explica no sólo la extensión de las bases militares de EUA y la integración más estrecha de los aparatos de inteligencia y policía de todos los estados del imperio después del 11-S, sino también el retroceso al momento fundacional del imperio norteamericano post-1945 en las ocupaciones militares de Alemania y Japón como proveyendo el modelo para reestructurar Irak dentro del marco del imperio estadounidense. La lógica de esta postura apunta mucho más allá de Irak, a todos los estados "desconectados de la globalización", como lo expresara tan fríamente un profesor de la Escuela de Guerra Naval de EUA aconsejando al Secretario de Defensa:

Muéstrenme dónde la globalización es densa con redes de conectividad, transacciones financieras, medios de comunicación liberales y seguridad colectiva, y yo les mostraré regiones con gobiernos estables, elevados niveles de vida y más muertes por suicidio que por homicidio. A estas partes del mundo las llamo Centro en Funcionamiento (*Functioning Core*). Pero muéstrenme dónde la globalización está desapareciendo o está simplemente ausente y le mostraré regiones plagadas de regímenes políticos represivos, pobreza y enfermedades muy difundidas, asesinatos masivos rutinarios y –lo más importante– los conflictos crónicos que incuba la próxima generación de terroristas globales. A estas partes del mundo las llamo la Brecha no integrada (*non-integrating Gap*) (...) La verdadera razón por la cual adhiero a una guerra semejante es que el compromiso militar a largo plazo que resulte de ella forzaré finalmente a EUA a tratar con "estos países no integrados" en su totalidad como una amenaza estratégica global¹⁰¹.

En la Brecha no integrada se encuentran Haití, Colombia, Brasil, Argentina, la ex Yugoslavia, el Congo, Ruanda-Burundi, Angola, Sudáfrica, Israel-Palestina, Arabia Saudita, Irak, Somalia, Irán, Afganistán, Pakistán, Corea del Norte e Indonesia –a los que pueden sumarse China, Rusia e India como "nuevos/integrantes miembros del centro [que] pueden perderse en los próximos años". El problema para el imperio norteamericano al inclinarse en esta dirección estratégica es que muy pocos estados del mundo "periférico", dadas sus estructuras económicas y políticas y las fuerzas sociales, podrán ser reestructurados a lo largo de las líneas de Japón y Alemania de posguerra, aún si (o especialmente si) son ocupados por el ejército estadounidense, o incluso si son penetrados más que marginados por la globalización. Lo que es peor, un imperialismo norteamericano que es tan descaradamente imperialista corre el riesgo de perder su apariencia específica de no parecer imperialista –aquella apariencia que lo hizo históricamente plausible y atractivo.

El abierto desacuerdo entre los gobiernos de Francia, Alemania e incluso Canadá, de un lado, y el gobierno de Bush, del otro, en torno a la guerra de Irak, debe ser analizado en este marco. Dichas tensiones tienen poco que ver con "rivalidades" económicas. Más bien refieren a una preferencia por parte de estos estados mismos (en parte reflejo de su falta relativa de capacidad militar autónoma) por utilizar las instituciones financieras internacionales, la OMC y la ONU para crear los "estados efectivos" alrededor del mundo que el capitalismo global necesita. Pero las burguesías de otros estados capitalistas están mucho menos inclinadas a desafiar la hegemonía norteamericana de lo que lo estaban en la década del setenta. De hecho, muchos capitalistas en los otros estados

dentro del imperio estaban visiblemente preocupados –y se quejaban crecientemente– porque sus respectivos estados no entonaban la misma melodía que los norteamericanos. En todo caso, las clases capitalistas de cada país, incluyendo a EUA (donde muchas de las figuras principales del capital financiero, como Rubin o Volcker, estaban abiertamente perturbadas por la postura del gobierno de Bush tanto en relación a la guerra como a las políticas económicas) fueron incapaces de expresar una posición unificada ya sea a favor o en contra de la guerra. Una vez más podemos observar que en la coyuntura actual lo que está en juego no son las contradicciones entre las burguesías nacionales sino las contradicciones del "imperialismo en su totalidad", involucrando a todas las burguesías que funcionan bajo el paraguas imperial de EUA.

Estas contradicciones hacen más que nada referencia al peligro planteado a la legitimidad más amplia de los otros estados capitalistas ahora que están situados en el marco de un imperialismo estadounidense que es tan manifiesto. Si bien el imperio norteamericano desde luego ha sido hegemónico *vis-a-vis* a esos estados, sus clases capitalistas y sus diversas elites del *establishment*, no ha logrado nunca, pese a su penetración cultural y económica en esas sociedades, una transferencia de lealtad popular directa al estado norteamericano mismo. De hecho, la forma de gobierno estadounidense – basada en el principio constitucional de "imperio extensivo y autogobierno"– nunca demandó eso. La emulación económica y cultural del *American way of life* por parte de tanta gente ordinaria en el extranjero tal vez pueda ser calificada correctamente de hegemonía en términos de Gramsci. Pero por más estrecha que haya sido la relación entre el estado norteamericano y las clases capitalistas y sus contrapartes dentro del imperio informal, esto nunca alcanzó ningún sentido de apego patriótico al estado norteamericano entre la ciudadanía de los otros estados. El estado norteamericano tampoco se hizo responsable, en el sentido gramsciano de hegemonía, de la incorporación de las necesidades de las clases subordinadas de otros estados dentro de su propia construcción de dominio imperial informal. El consentimiento activo de esos estados a su dominio imperial informal estuvo siempre mediado por la legitimidad que cada estado podía retener para sí mismo y reunir en nombre de cualquier proyecto particular del estado norteamericano –y en general esto ha sido difícil de conseguir en el caso de las intervenciones coercitivas de EUA alrededor del mundo en los últimos cincuenta años. Una buena cantidad de estos estados por tanto se distanciaron respecto de las constantes intervenciones de EUA en América Latina y el Caribe desde 1945, y en efecto desde 1975, por no mencionar la subversión de gobiernos en cualquier lugar o la Guerra de Vietnam.

En este sentido, la impopularidad de la intervención militar norteamericana –y aún la falta de aprobación de los otros países capitalistas avanzados– no es nada nuevo. Pero este aspecto del orden imperial está demostrando tener consecuencias particularmente importantes para la coyuntura actual. La guerra de agresión del estado estadounidense en Irak –tan notoriamente imperial y tan abiertamente ligada a una doctrina que expresa el más amplio interés por asegurar un orden capitalista neoliberal a escala global– ha evocado una oposición sin precedentes, incluso dentro de los estados capitalistas centrales. No obstante, aún cuando la oposición en Francia y Alemania es más intensa, la mayor parte de la gente hoy atribuye "el problema con EUA mayormente a

Bush" más que a "EUA en general". Esto sugiere que la posibilidad de un "imperio benigno" aún subsiste en los otros países capitalistas avanzados¹⁰². Pero en tanto las condiciones que hacen a la intervención militar estadounidense trascienden una administración particular y en tanto un imperio benigno no puede probar ser más que una ilusión en el mundo actual, esta es una moneda que podría ser menos estable que el dólar. Esto es particularmente significativo: como el imperio norteamericano sólo puede gobernar a través de otros estados, el mayor peligro que puede enfrentar es que los estados que están dentro de su órbita se vuelvan ilegítimos en virtud de su articulación al imperio. Para estar seguros, sólo un cambio fundamental en el equilibrio doméstico de fuerzas sociales y la transformación de la naturaleza y rol de esos estados podría desarticularlos del imperio, pero puede que se esté abriendo ahora el espacio ideológico para el tipo de movilizaciones desde abajo, combinando los intereses domésticos de las clases subordinadas y otras fuerzas sociales oprimidas con los movimientos anti-globalización y anti-guerra, que podría eventualmente conducir a esto.

Es el miedo a esta posibilidad lo que alimenta, por un lado, los alegatos de aquellos que suplican que el imperio sea más benigno y se presente a sí mismo de un modo más multilateralista, al menos simbólicamente; y, por el otro, las acciones de aquellos que están utilizando el miedo al terrorismo para cerrar el espacio de disenso público dentro de cada estado. Esto es particularmente así dentro de EUA mismo. El antiguo problema planteado por aquellos que, en la fundación del estado norteamericano, cuestionaban si un imperio extendido podía ser compatible con la libertad republicana –retomado una y otra vez por aquellos en EUA que durante los últimos dos siglos han estado en contra del imperialismo norteamericano– está nuevamente en la agenda. La necesidad de sostener intervenciones en el exterior movilizando el apoyo y limitando la oposición infundiendo miedo y represión dentro de EUA aumenta la probabilidad de que el estado norteamericano se vuelva cada vez más autoritario internamente en la medida en que se torna más descaradamente agresivo externamente. Pero la falta de atractivo de un imperio cuya naturaleza coercitiva, tanto interna como externamente, ya no está oculta, sugiere que la luchas anti-imperialistas tendrán cada vez más fuerza y atracción masiva –aún en los países capitalistas ricos del centro del imperio como en los más pobres en sus extremidades.

Notas

* Traducido por Emilia Castorina.

** Quisiéramos agradecer a Greg Albo, Cenk Aygul, Patrick Bond, Dan Crow, Robert Cox, Bill Fletcher, Stephen Gill, Gerard Greenfield, Khashayar Khooshiyar, Martijn Konings, Colin Leys, Eric Newstadt, Chris Roberts, Donald Swartz y Alan Zuege por sus observaciones sobre la versión preliminar de este ensayo. Gran cantidad de sus comentarios han sido incorporados; a otros los tendremos en cuenta para el libro que proyectamos publicar sobre este tema.

1 "Great Britain, The United States and Canada", Twenty-First Cust Foundation Lecture, Universidad de Nottingham (21/05/1948), en H. Innis, *Essays in Canadian Economic History*, Toronto: University of Toronto Press, 1956, p. 407.

2 El Manifiesto de Friedman apareció en el *New York Times Magazine* el 28/03/1999 y el ensayo de Ignatieff el 05/01/2003. Ignatieff agrega: "[ser un poder imperial] significa establecer las reglas que América quiere (en todo,

desde mercados hasta armas de destrucción masivas) al mismo tiempo que se exceptúa a sí misma de otras reglas que van en contra de sus intereses (como el Protocolo de Kyoto, acerca de cambios climáticos, y la Corte Criminal Internacional)".

3 *The Grand Chessboard*, New York: Basic Books, 1997, p. 40.

4 Ver "Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century", Informe del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano. <<http://www.newamericancentury.org/publicationsreports.htm>>; y *The National Security Strategy of the United States of America*, Falls Village, Connecticut: Winterhouse, 2002.

5 Antonio Santosuosso, *Storming the Heavens: Soldiers, Emperor, and Civilians in the Roman Empire*, Westview: Boulder, 2001, pp. 151-2.

6 *Monthly Review*, 42(6), 1990, pp. 1-6. Para dos de aquellos que han insistido desde distintas perspectivas en la importancia de retener el término imperialismo, ver Susan Strange, "Towards a Theory of Transnational Empire", en E-O Czempiel y J. Rosenau, eds., *Global Changes and Theoretical Challenges*, Lexington: Lexington Books, 1989; y Peter Gowan, "Neoliberal Theory and Practice for Eastern Europe", *New Left Review*, 213, 1995.

7 Gareth Stedman Jones, "The Specificity of US Imperialism", *New Left Review*, 60 (primeras series), 1970, p. 60.

8 Giovanni Arrighi, *The Geometry of Imperialism*, London: NLB, 1978, p. 17. Lo que en buena parte subyacía detrás del desencantamiento de la izquierda con el concepto de imperialismo era el grado en que las palabras que abrieron aquel ensayo infame de Kautsky en 1914 –ese que despertara la ira de Lenin– progresivamente se volvieron verdad: "Antes que nada, debemos ser claros en lo que entendemos por imperialismo. Esta palabra se usa en todos los sentidos, pero cuanto más discutimos y hablamos acerca de él, la comunicación y el entendimiento del mismo se debilitan". "Der Imperialismus", *Die Neue Ziet*, Año 32, XXXII/2 (11/09/1914) p. 908. Sólo la última parte de este famoso ensayo fue traducida y publicada en *New Left Review* en 1970. Agradecemos a Sabine Neidhardt por proveernos una traducción completa. Nótese que Arrighi usa, en 1990, palabras casi idénticas: "Lo que sucedió con el término imperialismo es que para el tiempo en que prosperó, principios de los setenta, pasó a significar todo y por lo tanto nada". Ver "Hegemony and Social Change", *Mersham International Studies Review*, 38, 1994, p. 365.

9 Bob Rowthorn, "Imperialism in the Seventies: Unity or Rivalry", *New Left Review*, 69, 1971.

10 "En años recientes no hay ningún tema que haya ocupado tanto la atención de los especialistas en relaciones internacionales como el de la decadencia de la hegemonía americana. La erosión del poder económico, político y militar de EUA es inconfundible. Los recursos y capacidades históricamente sin precedentes para la diplomacia norteamericana en la postguerra, y que condujeran a Henry Luce en los cuarenta a predecir un 'siglo americano', han dado lugar a una no menos remarcable y rápida redistribución de la riqueza y el poder internacional. En vista de las teorías de la 'estabilidad hegemónica', los especialistas han estado debatiendo el nivel de la decadencia hegemónica y sus consecuencias". G. John Ikenberry, "Rethinking the Origins of American Hegemony", *Political Science Quartely*, 104(3), 1989, p. 375. Entre los pocos críticos de esta perspectiva, ver Bruce Russett, "The Mysterious Case of Vanishing Hegemony. Or is Mark Twain Really Dead?", *International*

Organization, 39(2), 1985; Stephen Gill, "American Hegemony: Its Limits and Prospects in the Reagan Era", *Millenium*, 15(3), 1986; y Susan Strange, "The Persistent Myth of Lost Hegemony", *International Organization*, 41(4), 1987.

11 Andrew Glyn y Bob Sutcliffe, "Global But Leaderless", *Socialist Register* 1992, London: Merlin, 1992, p. 93.

12 Bruce Cumings, "Global Realm with no Limit, Global Realm with no Name", *Radical History Review*, 57, 1993, p. 47-8. Este número de la revista se dedicó al debate sobre "Imperialism: A Useful Category of Analysis?".

13 Andrew L. Bacevich, *American Empire: The Realities and Consequences of US Diplomacy*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2002, pp. x, 3, 219.

14 Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Barcelona: Paidós, 2002, p. 15, énfasis del original. Ver también nuestro ensayo crítico, "Gems and Bubbles in Empire", *Historical Materialism*, 10, 2002, pp. 17-43.

15 *The Great Transformation*, Beacon, Boston: 1957, p. 18.

16 Philip McMichael, "Revisiting the Question of the Transnational State: A Comment on William Robinson's 'Social Theory and Globalization'", *Theory and Society*, 30, 2001, p. 202.

17 Un indicio de cuánto continua plagando a la izquierda este error fundamental puede observarse en el hecho de que incluso aquellos que insisten hoy en que la antigua teoría del imperialismo no puede ser aplicada al contexto contemporáneo del capitalismo global, la aceptan, sin embargo, como teoría válida para entender el imperialismo anterior a la Primera Guerra Mundial. Esto puede encontrarse más recientemente en el modo en que Hardt y Negri siguen a Luxemburgo y Lenin para argumentar que el capitalismo por su propia naturaleza entra en contradicción en su intento por realizar plusvalía: los trabajadores reciben menos de lo que producen (sub-consumen), y por lo tanto el capital debe buscar mercados fuera de sus fronteras. Dado que este es un problema en cada país capitalista, la "solución" requiere de un constante acceso a mercados en formaciones sociales *no capitalistas*. El acento en mercados no capitalistas se ve reforzado por la necesidad de conseguir materias primas para alimentar a los trabajadores y proveer a la producción en casa. Pero la realización exitosa del excedente y la expansión de la producción simplemente recrean la contradicción o la crisis de subconsumo como crisis de super-producción. Esto fuerza al capital "a salir al extranjero" para encontrar mercados para su excedente. Esa búsqueda en conjunto de mercados extranjeros, materiales y oportunidades de inversión involucra la extensión de la soberanía nacional más allá de sus fronteras –imperialismo– y al mismo tiempo tiende a traer el mundo externo hacia "adentro" (es decir, dentro del capitalismo). De ahí que la crisis de subconsumo/superproducción es simplemente regenerada en una escala mayor.

18 "Si el capitalismo pudiera elevar los niveles de calidad de vida de las masas, las que a pesar del extraordinario progreso técnico están por todos lados muertas de hambre y condenadas a la pobreza, no podría haber cuestionamiento en cuanto a un excedente de capital... Pero si el capitalismo hiciera estas cosas no sería capitalismo; puesto que el desarrollo desigual y un nivel de existencia de las masas de semi-inanición son condiciones esenciales e inevitables y constituyen las premisas de este modo de producción". V. I. Lenin, *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism*, in *Selected Works*, Vol. I, Moscú: Progress Publishers, 1970, p. 716.

19 *Ibid.*

20 Ver John Willoughby, *Capitalist Imperialism: Crisis and the State*, New York: Hardwood Academic Publishers, 1986, especialmente pp. 7-8; y, anterior planteado de manera más prudente, Harry Magdoff, *The Age of Imperialism*, New York: Monthly Review Press, 1969, especialmente p. 13.

21 Ver John Kautsky, "A. J. Schumpeter and Karl Kautsky: Parallel Theories of Imperialism", *Midwest Journal of Political Science*, V(2), 1961, pp. 101-128; y Lenin, *Imperialism*, p. 715.

22 Ellen Meiksins Wood, *Empire of Capital*, London: Verso, 2003, p.72.

23 John Gallagher y Ronald Robinson, "The Imperialism of Free Trade", *The Economic History Review*, VI(1), 1953, p. 6. Los autores desafiaron explícitamente la visión de Lenin según la cual el hecho de que el cambio hacia gobiernos responsables en la colonias que coincidieron con la era de libre mercado significó que la política de "libre competencia" supuso "que la liberación de las colonias y su completa separación de Gran Bretaña era inevitable y deseable", en la opinión de los principales políticos burgueses. Según los autores, esto reflejaba el error convencional de que el libre comercio hacía del imperio algo "superfluo", lo que trastocó en forma severa la significación de los cambios en las formas constitucionales. Como argumentaron Gallagher y Robinson: "Lejos de ser un dispositivo separatista, el gobierno responsable era simplemente un cambio de métodos directos a indirectos de mantener los intereses británicos. El hecho de moderar los lazos políticos formales en el momento apropiado hizo posible confiar en la dependencia económica y los buenos sentimientos mutuos para mantener las colonias atadas a Gran Bretaña al mismo tiempo que se las continuaba usando como agentes para futura expansión británica". *Ibid.*, p. 2.

24 *Ibid.* pp. 6-7.

25 Todas las citas de Karl Kautsky aquí son de John Kautsky, "J. A. Schumpeter and Karl Kautsky", pp. 114-116, excepto aquella sobre su reduccionismo económico donde hemos usado la fraseología de la traducción parcial de *New Left Review* de 1970 de "Der Imperialismus", p. 46. Para la mejor exposición de la concepción de Kautsky del "ultra-imperialismo", ver Massimo Salvadori, *Karl Kautsky and the Socialist Revolution, 1880-1933*, London: NLB, 1979, pp. 169-203.

26 Estas son las palabras de un biógrafo de Dean Acheson, citado por William Appleman Williams, *Empire as a Way of Life*, New York: Oxford University Press, 1980, p. 185.

27 Perry Anderson, "Force and Consent", *New Left Review*, 17, 2002, p. 24.

28 *Ibid.*, p. 25. Ver también Daniel Lazare, *The Frozen Republic*, New York: Harcourt Brace, 1996, que fracasa en distinguir las restricciones internas y las trabas políticas domésticas que el antiguo sistema elitista de frenos y contrapesos produce y el extraordinario "poder [informal] de atracción" imperial de la constitución americana.

29 Citado en Williams, *Empire as a Way of Life*, p. 61. Para entonces, Jefferson había llegado a aceptar la perspectiva "expansionista" de Madison según la cual la libertad republicana no era incompatible ni con un estado extendido ni con un gobierno federal fuerte. Resumiendo la trayectoria de Jefferson, DeVoto afirma "...luego de 1803, la frase 'los Estados Unidos' en los escritos de Jefferson, por lo general plural hasta el momento, comenzó a adquirir un sentido singular". Bernard DeVoto, *The Course of Empire*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1983 (1952), p. 403.

- 30 Ver Hardt y Negri, *Imperio*, capítulo 8.
- 31 Ver John F. Manley, "The Significance of Class in American History and Politics", en L.C. Didd y C. Jilson, eds., *New Perspectives on American Politics*, Washington DC: Congressional Quarterly Press, 1994, especialmente pp. 16-19.
- 32 Citado en Williams, *Empire as a Way of Life*, p. 43.
- 33 *El Federalista*, XI (Hamilton), México: Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 46.
- 34 Ver Marc Engel, *A Mighty Empire: The Origins of the American Revolution*, Ithaca: Cornell University Press, 1988.
- 35 DeVoto, *The Course of Empire*, p. 275.
- 36 Ver Charles C. Bright y S. Harding, eds., "The State in the United States During the Nineteenth Century", en C. Bright y S. Harding, *Statemaking and Social Movements*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1984.
- 37 Ver los dos primeros capítulos de Gabriel Kolko, *Main Currents in Modern American History*, New York: Harper & Row, 1976; y Bright, "The State", especialmente pp. 145-153.
- 38 Perry Anderson, "Force and Consent", *New Left Review*, 17, 2002, p. 25.
- 39 S. S. Roberts, "An Indicator of Informal Empire: Patterns of US Navy Cruising Overseas Stations, 1869-1897", Center for Naval Analysis, Alexandria, Virginia, n.d., citado en Williams, p. 122.
- 40 Stedman Jones, "The Specificity", p. 63.
- 41 Ver Leo Panitch, "Class and Dependency in Canadian Political Economy", *Studies in Political Economy*, 6, 1980, pp. 7-34; W. Clement, *Continental Corporate Power*, Toronto: McLelland & Stewart, 1977; y M. Wilkins, *The Emergence of Multinational Enterprise*, Cambridge, Mass: 1970. Jefferson había justificado la guerra de 1812 (movido por la preocupación de que los británicos estaban apoyando la resistencia india contra la expansión hacia el oeste) en los siguientes términos: "Si los británicos no conceden nuestras demandas tomaremos Canadá, que quiere entrar a la Unión; y cuando, junto a Canadá tengamos Florida, ya no tendremos problemas con nuestros vecinos; es la única manera de evitarlos". El pasaje desde la ambición de la expansión continental desde el imperio interno a la expansión por medio de un imperio informal externo, con Canadá representando el modelo del imperialismo norteamericano exitoso en el siglo XX, fue señalado, exactamente casi cien años después, cuando el presidente Taft habló en términos de "mayores lazos económicos" que harían de Canadá "sólo un adjunto de EUA". Ver Williams, pp. 63-4, 132.
- 42 Citado en G. Achcar, *The Clash of Barbarisms*, New York: Monthly Review Press, 2002, p. 96.
- 43 Carta a Duncan Grant, citada en Nicholas Fraser, "More than Economist", *Harper's Magazine*, Noviembre, 2001, p. 80. El asunto en cuestión aquí era la negativa del estado norteamericano a perdonar deudas de guerra a los aliados, con todas las consecuencias que esto significaba para la imposición de considerables pagos por reparaciones alemanas. Ver Michael Hudson, *Super Imperialism: The Economic Strategy of American Empire*, New York: Holt, Rinehart y Winston, 1971.
- 44 Ver Jeffery Lustig, *Corporate Liberalism: The Origins of American Political Theory 1890-1920*, Berkeley: University of California Press, 1982; y Stephen Skowronek, *Building a New American State: The Expansion of National*

Administrative Capacities 1877-1920, New York: Cambridge University Press, 1982.

45 Ver Kees van der Pijl, *The Making of an Atlantic Ruling Class*, London: Verso, 1984, p. 93.

46 Esto lo vislumbraron Charles y Mary Beard incluso antes de la guerra en su análisis del pasaje del antiguo "imperialismo aislacionista" hacia el nuevo "Internacionalismo Colectivo", *America in Midpassage*, New York: Mcmillan, 1939, Vol. I, capítulo X y Vol. II, capítulo XVII.

47 Esta cita y las siguientes de esta sección son todas de Brian Waddell, *The War against the New Deal: World War II and American Democracy*, De Kalb: Northern Illinois University Press: 2001, pp. 4-5. Ver también Rhonda Levine, *Class Struggles and the New Deal*, Lawrence: University Press of Kansas, 1988.

48 Brian Waddell, "Corporate Influence and World War II: Resolving the New Deal Political Stalemate", *Journal of Political History*, 11(3), 1999, p. 2.

49 Geir Lundestad, "Empire by Invitation? The United States and Western Europe 1945-52", *Journal of Peace Research*, 23(3), septiembre de 1986; y ver también van der Pijl, *The Making*, capítulo 6.

50 Ver Gabriel Kolko, *The Politics of War: The World and United States Foreign Policy 1943-1945*, New York: Random House, 1968.

51 Ver Eric Helleiner, *States and the Reemergence of Global Finance*, Ithaca: Cornell, 1994.

52 Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes: Fighting for Freedom, 1937-1946*, New York: Viking, 2001, pp. xxiii.

53 *The United States in a New World: I. Relations with Britain. A series of reports on potential courses for democratic action. Prepared under the auspices of the Editors of Fortune*, Mayo, 1942, pp. 9-10.

54 "An American Proposal", *Fortune*, Mayo, 1942, pp. 59-63.

55 Todas las citas de este párrafo son de la lectura de Skidelsky, pp. 334, 348, 350-1, 355.

56 Estas son las mismas palabras que usaron directivos del Bundesbank alemán en una entrevista que hicimos en octubre de 2002.

57 Martin Shaw, *Theory of the Global State*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2000.

58 Bacevich, *American Empire*, p. 4.

59 Peter Gowan, "The American Campaign for Global Sovereignty", *Socialist Register 2003*, London: Merlin, 2003, p. 5.

60 Michael Barratt Brown, *The Economics of Imperialism*, Middlesex, UK: Penguin, 1974, pp. 208-9.

61 Ver Raymond Aron, *The Imperial Republic: The United States and the World 1945-1973*, Cambridge, MA: Winthrop, 1974, especialmente pp. 168 y 217; y Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, London: NLB, 1974, especialmente pp. 39 y 57.

62 Alan S. Milward, *The European Rescue of the Nation-State*, London: Routledge, 2000.

63 Ver Robert Cox, *Production, Power and World Order*, New York: Columbia University Press, 1987, especialmente p. 254. Cf. Nicos Poulantzas, *Classes*, p. 73.

64 Discurso sobre la Política Económica Exterior, pronunciado en la Universidad de Baylor, 06/03/1947, Public Papers of the Presidents,

<<http://www.trumanlibrary.org/trumanpapers/pppus/1947/52.htm>> Sobre la preparación de este discurso, ver Gregory A. Fossendal, *Our Finest Hour: Will Clayton, the Marshall Plan, and the Triumph of Democracy*, Stanford: Hoover Press, 1993, pp. 213-5.

65 Citado en Williams, p. 189; y ver Gabriel Kolko, *Century of War*, New York: The New Press, 1994, p. 397.

66 Las condiciones especiales de posguerra incluían la aplicación de tecnologías desarrolladas durante la guerra; alcanzar el nivel de los métodos y la tecnología norteamericana (la brecha ya se había ensanchado durante los años treinta y obviamente acelerado aún más durante la guerra); demanda reprimida, inversiones subsidiadas para reconstrucción y el efecto productivo de nuevas instalaciones –todo esto permitió enormes escalas de acumulación luego de la destrucción de tanto valor durante los años de la Depresión y la guerra. Ver Mosses Abramowitz, "Catching up, Forging Ahead, and Falling Behind", *Journal of Economic History*, 46(2) (06/1986) y también "Rapid Growth Potential and Realization: The experience of the Capitalist Economies in the Postwar Period", en Edmund Malinvaud, ed., *Economic Growth and Resources*, London: Mcmillan, 1979. También fue crucial el rol único que tuvo el estado norteamericano al abrir su mercado suministrando asistencia financiera crítica y contribuyendo a la economía y a la estabilidad política internacionales.

67 El colapso del patrón oro durante la entreguerra había demostrado que la movilidad del capital y las presiones democráticas desde abajo, que limitaban cualquier tipo de ajuste "automático", eran incompatibles con tipos de cambio estables.

68 Acerca de la relación entre el colapso del patrón oro, la movilidad del capital y el desarrollo de las presiones democráticas, ver Barry Eichengreen, *Globalizing Capital: A History of the International Monetary System*, Princeton: Princeton University Press, 1996, capítulos 2-3. Sobre desarrollos dentro del sector financiero americano mismo en los años setenta y su impacto en el extranjero, ver Michael Moran, *The Politics of Financial Services Revolution*, London: Macmillan, 1991.

69 Volviendo a aquel período, dos vicepresidentes del Citibank observaban: "no es sorprendente que los economistas en los últimos años sesenta y principios de los setenta estuvieran tan seguros de que el colapso de los tipos de cambio fijos debilitarían más tarde los lazos económicos entre los países". Ver H. Cleveland y R. Bhagavatula, "The Continuing World Economic Crisis", *Foreign Affairs*, 59(3), 1981, p. 600. Ver también la observación de Louis Pauly según la cual en ese entonces "la desorganización monetaria internacional parecía capaz de traer nuevamente el mundo de los años treinta". Louis B. Pauly, *Who Elected the Bankers?*, Ithaca: Cornell University Press, 1997, p. 100.

70 La "reproducción asistida del capitalismo monopolístico norteamericano dentro de las otras metrópolis... implica la reproducción ampliada de las condiciones políticas e ideológicas necesarias dentro de estas para el desarrollo del imperialismo norteamericano". N. Poulantzas, 1974, p. 47.

71 "Es esta desarticulación y heterogeneidad de la burguesía doméstica que explican la débil resistencia, limitada a intermitentes iniciativas, que los estados europeos han puesto al capital norteamericano", *Ibid*, p. 75.

72 *Ibid.*, p. 87.

73 *Ibid.*, p. 81. Sobre la internacionalización del estado, ver también R. Cox, *Production, Power and World Order*, pp. 253-267.

74 Indistintamente, las políticas durante los años setenta incluían sobretasa a las importaciones, intentos de cooperación internacional en tipos de cambio, salarios y control de precios, monetarismo y estímulos fiscales.

75 Un reportero del *New York Times* capturó la agresividad unilateralista en que se enmarcaba la respuesta estadounidense: "Lo que es completamente cierto es que EUA en un simple golpe dramático le ha demostrado al mundo lo poderoso que aún es... al romper el vínculo entre el dólar y el oro e imponer un impuesto a las importaciones del 10%, Norteamérica ha demostrado quién es Gulliver y quiénes los Liliputienses... por "Liliputienses" se entiende no los nicaragüenses o gaboneses sino Alemania occidental, Japón, Gran Bretaña y las otras principales naciones industriales". Citado en H.L. Robinson, "The Downfall of the Dollar", en *Socialist Register* 1973, London: Merlin Press, 1973, p. 417.

76 *Report of the President on US Competitiveness*, Washington: Office of Foreign Economic Research, US Department of Labour, septiembre de 1980.

77 G. Duménil y D. Lévy, "The Contradictions of Neoliberalism", en *Socialist Register* 2002, London: Merlin Press, 2002.

78 Nuestras entrevistas con figuras industriales y financieras claves, que incluyen a Richard Wagoner, Director Ejecutivo de General Motors, en septiembre de 2001, y a Paul Volcker, ex presidente de la Reserva Federal, quien también liderara las negociaciones con Chrysler, en marzo de 2003, nos han confirmado esta visión. Aunque la industria automotriz fue duramente castigada por las altas tasas de interés, el dólar alto y la reducción de la demanda de consumo que trajo aparejada la liberalización financiera, los ejecutivos industriales consideraron que esta dirección era la única alternativa en los ochenta y noventa.

79 Esta expresión es del artículo de G. Albo y T. Fast, "Varieties of Neoliberalism", presentado en la Conferencia sobre la Convergencia de Economías Capitalistas, Wake Forest, Carolina del Norte (27-29/09/2002).

80 Ver S. Gindin y L. Panitch, "Rethinking Crisis", *Monthly Review* (11/2002).

81 Ver Stephen Gill, *Power and Resistance in the New World Order*, London: Palgrave-Macmillan, 2003, pp. 131 y siguientes, y pp. 174 y siguientes.

82 Ver Leo Panitch, "The New Imperial State", *New Left Review*, 2, 2002.

83 Ver Leo Panitch, "'The State in a Changing World': Social-Democratizing Global Capitalism?", *Monthly Review* (10/1998).

84 Lenin, prefacio a las ediciones francesa y alemana de *Imperialism*, p. 674.

85 Compárese W. Ruigrok y R. Van Tulder, *The Logic of International Restructuring*, London: Routledge, 1995 (especialmente capítulos 6 y 7) con W.I. Robinson, "Beyond Nation-State Paradigms", *Sociological Forum*, 13(4), 1998; y ver el debate acerca del artículo de Robinson, "Towards a Global Ruling Class?", *Science and Sociology*, 64(1), 2000 en "Symposium", 65(4) de esa revista, 2001-2.

86 Este argumento está mucho más desarrollado en L. Panitch y S. Gindin, "Eurocapitalism and American Empire", en *Studies in Political Economy*, otoño de 2003.

87 John Grahl, "Globalized Finance: The Challenge to the Euro", *New Left Review*, 8, 2001, p. 44. Ver también su destacado artículo, "Notes on Financial Integration and European Society", presentado en la Conferencia sobre la

Emergencia de un Nuevo Euro-Capitalismo, Marburg (10/2002). Sobre la creciente adopción de prácticas de administración norteamericanas en Europa, ver M. Carpenter y S. Jeffreys, *Management, Work and Welfare in Western Europe*, London: Edward Elgar, 2000.

88 Ver Peter Gowan, "Making Sense of NATO's War on Yugoslavia", *Socialist Register 2000*, London: Merlin, 2000.

89 W. A. Hay y H. Sicherman, "Europe's Rapid Reaction Force: What, Why, and How?", *Foreign Policy Research Institute* (02/2001).

90 *Economist* (27/05/2003).

91 Ver Dan Bousfield, "Export-Led Development and Imperialism: A Response to Burkett and Hart-Landsberg", *Historical Materialism*, 11(1), 2003, pp. 147-160. El mejor contra-argumento acerca del "liderazgo desde atrás" de Japón fue expuesto en G. Arrighi y B. Silver, eds., *Chaos and Governance in the World System*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.

92 Ver Panitch, "The New Imperial State".

93 Donald Sassoon, *One Hundred Years of Socialism*, London: I. B. Taurus, 1996, p. 207.

94 Poulantzas, *Classes*, pp. 86-7.

95 *Financial Times* (26/03/2003).

96 Nuestras entrevistas en el Bundesbank y el Tesoro del Reino Unido en octubre de 2002 confirman esto. En efecto, a menudo pareciera ser que hay más contacto a través del Atlántico entre estos burócratas y sus contrapartes en EUA del que hay entre los distintos departamentos dentro de estas instituciones.

97 *Classes in Contemporary Capitalism*, p. 87.

98 Ver Peter Gowan, "The American Campaign", pp. 8-10.

99 "The United Nations after the Gulf War: A Promise Betrayed", Stephen Lewis entrevistado por Jim Wurst, *World Policy Journal*, verano de 1991, pp. 539-49.

100 La creciente influencia adquirida por los aparatos coercitivos, militares y de seguridad luego del 11-S podría verse en el hecho de que la primera victoria de la nueva guerra fue ganada en casa, contra el Tesoro norteamericano. Esto implicó romper la antigua resistencia de este último (para que no demostrara la continua viabilidad de los controles de capital) a congelar cuentas bancarias supuestamente conectadas a organizaciones terroristas (cuyos mecanismos el estado norteamericano siempre conoció muy bien dado que estaba involucrado en facilitar la transferencia de dinero a muchos de sus terroristas predilectos en el pasado).

101 Thomas P. M. Barnett, "The Pentagon's New Map: It Explains Why We're Going to War and Why We'll Keep Going to War", *Esquire* (03/2003), disponible en el website de la Escuela de la Armada de Guerra de EUA <<http://www.nwc.navy.mil/newrules/ThePentagonsNewMap.htm>>

102 Ver el informe sobre Pew Global Attitudes Survey en el *Financial Times* (04/06/2003), que muestra que en Francia y Alemania, donde sólo el 43% y 45% respectivamente tiene hoy una "imagen favorable de EUA", el 74% de los que respondieron la encuesta en cada país atribuye el problema de Norteamérica "mayormente a Bush" en oposición a sólo un 25% que se lo adjudica a "EUA en general" o a "ambos". Es interesante notar que, en aquellos países capitalistas avanzados donde la imagen de EUA es más positiva (en Canadá un 63%, Reino Unido un 70%) hay, sin embargo, un mayor porcentaje que en Francia y Alemania que cree que "el problema con Norteamérica" se

debe a "EUA en general" o a "ambos" (32%) y no "mayormente a Bush" (60%). En cuanto a países como Indonesia y Turquía donde la imagen favorable de EUA ha caído hoy de un 75% y 53% respectivamente a sólo un 15% en ambos países, vale la pena recalcar que mientras el 45% de los turcos atribuyen el problema a "EUA en general" o a "ambos", sólo el 27% de los indonesios lo ven así, en contraste con el 69% que ve el problema como "mayormente Bush".

Imperialismo de nuestro tiempo*

Aijaz Ahmad

Empiezo con la frase "imperialismo de nuestro tiempo" en homenaje al ensayo seminal "Fascismo de Nuestro Tiempo" que Michael Kalecki escribió en el momento crítico en que la extrema derecha americana pujaba por la presidencia en las elecciones de 1964 a través del candidato republicano Barry Goldwater. Aunque Kalecki no hacía referencia directa a Benito Mussolini, bien podría haberlo hecho, dado que este fue el primero en definir el fascismo como aquella forma de gobierno unida a las "corporaciones", término cuyo significado no era tan distinto al que le daba el presidente Dwight D. Eisenhower cuando advertía sobre la convergencia entre el gobierno norteamericano y el "complejo industrial-militar". De todos modos, lo que el análisis de Kalecki sí sugería era que en su forma extrema el capitalismo industrial posee una tendencia inherentemente fascista, al tiempo que se preguntaba cómo sería el fascismo en caso de presentarse en Estados Unidos en condiciones de prosperidad y democracia electoral estable. Pero ni la intención de Kalecki era sugerir que EUA se estaba volviendo fascista, ni la mía el implicar que estamos viviendo en tiempos de fascismo. Sin embargo, una de las características más sobresalientes de la coyuntura actual es que EUA, el país imperialista cuyo poder global no encuentra precedentes históricos, está hoy gobernado por la derecha más extrema. Los gérmenes de las formas más delirantes de autoritarismo que EUA ha ido exportando a lo largo del globo parecen haberse vuelto y desarrollado al interior de sus propias fronteras, lo cual trae aparejada toda una serie de consecuencias globales, nacionales y militares.

También uso la simple expresión "imperialismo de nuestro tiempo" a fin de evitar el uso de términos como "Nuevo Imperialismo", que al estar en boga en diversos momentos, ha tomado distintos significados. El imperialismo ha estado con nosotros durante largo tiempo, tomando diversas formas y reinventándose a sí mismo en la medida en que, por decirlo de algún modo, las estructuras del capitalismo global han ido cambiando. Lo que ofrecemos aquí es una serie de apuntes provisionales tendientes a facilitar la comprensión de una coyuntura, "nuestro tiempo", que en sí misma es un complejo de continuidades y discontinuidades –y como tal, algo más bien novedoso. Así, expondré una serie de proposiciones que serán elaboradas más extensamente a lo largo del artículo.

I

La novedad fundamental del imperialismo de nuestro tiempo es que emerge tras la disolución de las dos grandes rivalidades que marcaron la política global del siglo XX, es decir, lo que Vladimir I. Uliánov (Lenin) llamaba "rivalidad inter-imperialista" de la primera mitad del siglo XX, y lo que podemos llamar, a falta

de mejor término, rivalidad inter-sistémica entre EUA y la Unión Soviética durante alrededor de setenta años. El fin de dichas rivalidades cierra la era política inaugurada por la Primera Guerra Mundial, permitiéndole así al único vencedor, EUA, deshacer a voluntad las conquistas que las clases trabajadoras y las naciones oprimidas del mundo habían conseguido en aquel período.

Esta nueva fase del imperialismo surge no sólo después de la disolución de los grandes imperios coloniales (principalmente el británico y el francés) y de las ambiciones de otros países capitalistas rivales (básicamente Alemania y Japón), sino también tras la derrota definitiva del nacionalismo de las burguesías locales en gran parte del llamado Tercer Mundo (el anti-colonialismo, las guerras de liberación nacional, el proyecto Bandung, el no alineamiento, los estados proteccionistas industrializados), lo cual había sido sustentado en forma considerable por la existencia de un polo alternativo bajo la forma de los países comunistas. Los tres grandes objetivos por los cuales EUA peleó la guerra de posiciones a lo largo del siglo XX –freno/desaparición de estados comunistas, supremacía sobre otros países líderes y derrota del nacionalismo del Tercer Mundo– han sido alcanzados.

Lejos de ser un imperialismo atrapado en un nudo de rivalidades inter-imperialistas, se trata del imperialismo de la era en la que (a) los capitales nacionales han sido interpenetrados de tal modo que el capital activo en cualquier territorio dado se compone en proporciones variables tanto de capital nacional como transnacional; (b) el capital financiero predomina sobre el capital productivo, a tal punto que ni la tesis de Lenin sobre "exportación de capitales" ni las advertencias de John M. Keynes sobre la rapacidad de los rentistas habrían podido vislumbrarlo; y (c) todo, desde los mercados de bienes hasta los movimientos financieros, está globalizado a tal nivel que el estado global, con capacidades militares globales, se ha convertido en una necesidad objetiva del propio sistema, más allá de las ambiciones de los grupos dominantes norteamericanos que, para imponer sus estructuras y disciplinas, tienen que exponer a esta unidad a tremendas fisuras y quiebres potenciales.

A lo largo de la historia del capital ha habido imperios sin colonias, en algunos casos precediendo conquistas militares (imperios comerciales), en otros como consecuencia del proceso de descolonización (Latinoamérica tras la disolución del dominio español y portugués), y a veces tomando la forma de aquello que Lenin llamaba "semi-colonial" (Egipto, Persia, etc.). Sin embargo, este es el primer imperialismo totalmente poscolonial, no sólo por carecer de gobierno colonial sino por ser su antítesis. En este sentido, es poco probable que la actual ocupación de Irak se convierta en una dominación colonial de larga duración por más tiempo que dure este lodazal, e incluso aunque los halcones del Pentágono se extiendan hacia Siria, Irán o donde sea. Como Leo Panitch y Sam Gindin argumentan en este volumen, no se trata de una preferencia ideológica por el imperio "informal" sobre el "formal", sino de un imperativo estructural de la actual composición del capital global mismo. El movimiento de bienes y capitales debe ser lo más libre posible, pero la forma del estado-nación tiene que ser sostenida en toda la periferia, no sólo por razones históricas sino también para complementar la internacionalización de las leyes capitalistas con regímenes laborales sustentados localmente, dando así vigencia a lo que Stephen Gill llama "neoliberalismo disciplinario" en condiciones específicas a cada unidad territorial.

A diferencia de Rudolf Hilferding, Lenin o Nicolai I. Bukharin, la teoría del imperialismo de Rosa Luxemburgo tenía el singular mérito de estar fundada sobre una teoría más amplia del modo de producción capitalista y, por lo tanto, se centraba en la relación entre producción industrial y agrícola que había sido un rasgo muy importante en la teoría marxista del modo de producción capitalista. Una de sus proposiciones centrales postulaba que el colonialismo no era un aspecto coyuntural sino necesario para la globalización de la ley del valor, ya que las zonas capitalistas requieren de aquellas no capitalistas para la realización plena de la plusvalía. Pero también argumentaba que una vez que el capitalismo alcanzara los límites más alejados del globo, necesariamente sobrevendría una crisis debido a la creciente desaparición de zonas no capitalistas. Esta última inferencia parece lógica e históricamente injustificada. El desarrollo desigual y combinado no requiere necesariamente que las periferias permanezcan "no capitalistas", es decir, fuera de la operación global de la ley del valor. En la historia real, en la era clásica del colonialismo el mundo estaba dividido en un centro industrial y una vasta región agrícola. Mientras ciertos países y continentes se dividían a sí mismos entre enclaves de las formas más avanzadas de producción industrial y financiera por un lado, y por el otro las formas más atrasadas de producción agrícola, la disolución de los grandes imperios coloniales y la reestructuración del capital global de posguerra inauguraron una nueva era en la que el mundo se dividía progresivamente entre zonas industriales avanzadas y atrasadas. En los polos extremos del llamado "Tercer Mundo", uno podía observar el asombroso avance capitalista (Taiwán o Corea del Sur) y, en contraposición, el retroceso hasta niveles incluso inferiores a los alcanzados durante la etapa de descolonización de zonas como el sub-Sahara africano. Esta producción transcontinental de fuertes desigualdades ha constituido una fuente permanente de violencia, de ahí la necesidad de que los sistemas estatales puedan garantizar formas extremas de coerción extra-económica. Mientras tanto, en buena parte de Asia y África se puede observar el proceso completo de acumulación originaria y proletarianización forzosa que Marx describiera en referencia a Inglaterra en su famoso capítulo sobre la cuestión, el cual nos recuerda el rol central del estado en dicho proceso al "generar", en sus palabras, las condiciones para el crecimiento acelerado de la producción capitalista. A tal punto se han duplicado en numerosos países procesos relativamente similares bajo regímenes combinados de estado-nación y administración globalizada –vía el Banco Mundial (BM), la Organización Mundial del Comercio (OMC), etc.– en un sistema transnacional, donde una autoridad supervisora supranacional se ha vuelto nuevamente una necesidad objetiva del sistema como un todo; de ahí la firme articulación entre las instituciones multilaterales, el estado norteamericano y los administradores locales de otros estados.

En un nivel más amplio de generalización, se podría decir que tomó dos guerras mundiales decidir si EUA o Alemania heredaría los imperios coloniales de Inglaterra y Francia y por ende se transformaría en el líder del bloque de los países capitalistas avanzados y, por lo tanto, en el centro del imperio global. Es llamativo que mientras la visión alemana se fundaba en la noción primitiva de los imperios coloniales mundiales, EUA, ya con Woodrow Wilson, enarbolaba la bandera de la disolución del colonialismo y el "derecho de las nacionalidades", como precursor ideológico del imperialismo actual de la "democracia" y los

"derechos humanos". Y fue precisamente luego de la Primera Guerra Mundial, cuando el centro financiero global se mudó de Londres a Nueva York, y la Revolución Bolchevique desafiaba al capitalismo global como un todo, que EUA se posicionó como líder del "Mundo Libre" (como ya era evidente a partir de la presencia dominante de Wilson en Versalles y el liderazgo que EUA siempre ejercería en las cruzadas por contener al comunismo, especialmente luego de la Segunda Guerra Mundial).

Justo en el momento en que EUA ha alcanzado sus objetivos a largo plazo, incluyendo el dominio completo sobre sus socios del mundo capitalista avanzado, en ciertos círculos ha surgido la expectativa de una nueva "rivalidad inter-imperialista" entre EUA y la Unión Europea (UE), dado el tamaño de la economía de esta última. Esto también se ha extendido a otros centros competitivos de la producción global capitalista debido a las proyecciones futuristas del poder del Sudeste Asiático, ya sea Japón, China o un bloque de estados de esa región. Esto parece más bien fantasioso. A lo máximo que aspiran los europeos en el Tercer Mundo es a buscar mercados y oportunidades para invertir. En este caso, no hay proyecciones de poder por la simple razón de que no hay ningún poder. No sólo el poder militar de EUA es mucho mayor al de toda Europa junta, sino que además su presencia militar en más de cien países contrasta tan seriamente con la de Alemania o Francia que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) sólo se moviliza hacia donde EUA le indique. Esta supremacía militar sobre los que serían sus posibles rivales se complementa a su vez con el arrollador poder financiero de su moneda, tanto su dominio sobre la producción tecnológica, científica e intelectual como también su alcance cultural e ideológico a escala global debido al poder que ejerce sobre los medios masivos de entretenimiento y (des)información.

Durante la segunda mitad del siglo, EUA enfrentó con la misma tenacidad a los nacionalismos radicales del Tercer Mundo y al comunismo. Habiendo defendido la descolonización como condición necesaria para el surgimiento de un imperio globalmente integrado bajo su propia dirección, se opuso a los movimientos de liberación nacional, ya fueran liderados por comunistas (como en Indochina) o por nacionalistas radicales (como en Argelia); al no-alineamiento (la retórica de "con nosotros o contra nosotros" de George Bush hijo viene directamente de los discursos de John Foster Dulles de los años cincuenta); así como también a regímenes nacionalistas particulares, ya sea el de Nasser, el de Nkrumah, el de Sukarno o incluso el del Príncipe Sihanouk en Cambodia. En su lugar, mantuvo monarquías donde pudo e impuso dictadores donde fuera necesario. Aunque el fracaso del proyecto nacional-burgués en el Tercer Mundo responde a todo tipo de factores internos, fue decisivo el desgaste implacable que ejerció EUA sobre estos procesos. Uno tiende a olvidar que en su visión de posguerra el mismo Keynes había recomendado no sólo restricciones estatales a los rentistas en los países capitalistas avanzados sino también transferencias de capital a largo plazo para los países subdesarrollados a fin de garantizar crecimiento real y, por lo tanto, paz interior y estabilidad del sistema global capitalista como un todo, por no mencionar la posibilidad de mercados más prósperos para los bienes de los propios países capitalistas desarrollados. Esta última recomendación fue rechazada por EUA, que mantenía entonces un firme control sobre la arquitectura de Bretton Woods. El desgaste del proyecto nacional-burgués (dado que el mismo

requería altos niveles de proteccionismo, tarifas, ahorro interno e industrialización asistida por el estado, con poco espacio para la penetración imperialista) de hecho tendió a debilitar a esos estados en relación con el dominio foráneo, a la vez que los hizo mucho más volátiles y eventualmente susceptibles a todo tipo de irracionalidad, minando así su propia legitimidad popular. Este fenómeno hizo necesario no sólo una supervisión globalizada sino también un progresivo estado global *intervencionista*; como repiten Bush y Blair, ahora todo el sistema tiene que ser "re-ordenado". La Guerra Fría nunca fue fría para aquellos fuera de la OTAN y las zonas del Pacto de Varsovia, dado que las intervenciones militares directas o indirectas de EUA en el Tercer Mundo han sido moneda corriente a lo largo de dicho período. Ahora bien, haber ganado la Guerra Fría no abrió un proceso de paz sino una ideología del intervencionismo permanente por parte de EUA. Como lo expresara Bush diez días después de la catástrofe del 11-S: "una tarea que nunca termina".

La derrota de todas las fuerzas que Hobsbawm felizmente bautizó como "la izquierda ilustrada" –comunismo, socialismo, movimientos de liberación nacional y el ala radical de las socialdemocracias– ha producido una profunda crisis ideológica a nivel mundial. Mientras raza, religión y etnicidad –etiquetadas como "identidades"– ocupan ahora el lugar que antes tenían las luchas de clases y las solidaridades interreligiosas, interraciales y transétnicas, y una política de la "Diferencia infinita" se erige sobre las ruinas de la política de la *igualdad*. El posmodernismo está así al corriente con las temáticas provenientes del irracionalismo europeo y la nostalgia por lo premoderno. De hecho, esta idea de lo premoderno como solución posmoderna a los problemas de la modernidad se ha difundido con consecuencias nefastas en las periferias del sistema capitalista, ya sea como ideología de la extrema derecha hindú en India, de los diversos fundamentalismos islámicos o de las ideologías milenarias de aquellos que nos trajeron el 11-S. El terrorismo ha reemplazado a la liberación nacional y hoy EUA persigue bandas de terroristas con la misma perseverancia con la que hasta hace no mucho perseguía falanges de revolucionarios. Pero tampoco es una cuestión exclusiva de las periferias. EUA mismo adhiere hoy a una peculiar combinación de fundamentalismo cristiano, sionismo, neoconservadurismo de extrema derecha y militarismo.

Es aquí donde se puede observar la especificidad del régimen actual de Bush en EUA. Vale la pena recordar que durante el siglo XX EUA no sólo peleó la guerra de posiciones contra el comunismo y los nacionalismos radicales, sino que también, y de manera crucial, ha luchado por su propio dominio sobre sus rivales capitalistas a fin de conseguir un rol preponderante como único arquitecto del sistema capitalista global. En ese sentido, la actual administración continúa con un proyecto cuyas políticas más agresivas no se remontan exclusivamente a las administraciones de Bush padre o Reagan, sino también a las de Clinton y Carter. La primera especificidad subyacente a este régimen es que, debido a la disolución del bloque soviético, por primera vez en la historia de la humanidad un único poder imperial es tan dominante sobre sus rivales que en realidad no tiene ningún rival, cercano o lejano, que lo pueda desafiar en el preciso momento en que tiene la máxima capacidad para dominar al mundo. En este cuadro, Clinton aparece como una figura de transición, mientras que la presidencia de Bush hijo parece coincidir plenamente con este momento histórico en que la máxima concentración de fuerzas puede ser ejercida sin impedimentos. Ese es el momento objetivo de

esta presidencia. La segunda especificidad es que, desde 1914 hasta ahora, nunca hubo una concentración tan fuerte de la extrema derecha que pudiera monopolizar las instituciones gubernamentales de EUA; una fuerza tan sobredeterminada en sus proyectos e ideología que no reconoce límites para su propia venalidad, criminalidad y ambiciones globales. A su manera, este gobierno es tan milenarista como el miembro más irracional de Al Qaeda aunque, a diferencia de esta última, tiene más poder que cualquier otro en la tierra. Es por eso que si bien su accionar es conforme a la lógica del capital, también puede excederla.

II

Para entender apropiadamente dónde se ubica hoy el imperialismo, es necesario comenzar por reconsiderar la concepción leninista –apenas una teoría, cabe aclarar– de la "rivalidad inter-imperialista". Su pensamiento en esta materia surgió en el curso de un análisis coyuntural al interior del intenso debate acerca de la inminencia o no de la Primera Guerra Mundial, así como también acerca de la línea de acción que debía tomar la socialdemocracia europea en ese caso: la cuestión del voto sobre los créditos de guerra (particularmente en Alemania), la cuestión de las posibilidades revolucionarias que el advenimiento de la guerra podía abrir como consecuencia, qué clase de bloque de poder (alianzas de clase) debían construir los partidos revolucionarios llegado el caso, y dónde las probabilidades de una revolución –si había alguna– eran mayores. Lo notable de esta concepción es que no estaba basada en la dinámica del modo de producción capitalista ni en un análisis histórico de las formas de competencia que daban lugar a conflictos recurrentes entre poderes coloniales. No obstante, como análisis coyuntural, la posición de Lenin resultó ser inexpugnable. Contrariamente a lo que Kautsky –el gran teórico de la socialdemocracia alemana– creía, la Primera Guerra Mundial pronto condujo a la Segunda, al mismo tiempo que se creaban las condiciones para una Revolución Bolchevique exitosa. Hacia el final de la guerra, países como Alemania e Italia experimentaron niveles altísimos de militancia revolucionaria, que nunca serían igualados durante el período de posguerra. Y fue precisamente como consecuencia de dicha guerra y de la Revolución Bolchevique que surgieron los movimientos de masas anti-coloniales en numerosos países de Asia y África. Como lo había recomendado Lenin en su momento, las alianzas entre proletarios, campesinos y la *intelligentsia* de izquierda se habían convertido en el común denominador de dichos movimientos, liderados o no por comunistas. Tampoco cabían dudas acerca del interés de Alemania en una re-división del mundo colonial, en tanto "recién llegada" al capitalismo avanzado y sin ser un "estado poseedor de colonias", para usar una expresión de Luxemburgo.

La agudeza del análisis *coyuntural* de Lenin, y las recomendaciones estratégicas que de ahí se derivaban, no tienen nada que ver con la veracidad o no de otros elementos de su razonamiento, como la exportación de capitales, etc. En realidad, la idea de la "rivalidad inter-imperialista" tenía mucho más que ver con la del "eslabón más débil" (por ejemplo, más posibilidades revolucionarias en Rusia que en Alemania), la estrategia política de alianzas multclasistas básicamente entre proletarios y campesinos (una gran innovación en la teoría revolucionaria marxista para países atrasados –el crimen fatal de Stalin fue haber roto dicha alianza), y la cuestión colonial-nacional (la posibilidad de revoluciones anti-colonialistas debido al debilitamiento de las

burguesías colonizadoras, el levantamiento de movimientos de masas anti-colonialistas luego de la Primera Guerra Mundial y la descolonización general tras la Segunda). Es posible apreciar los méritos de este análisis coyuntural y la teoría política que lo acompaña sin por ello tener que adherir a la teoría económica en que se sustentaba.

De cualquier modo, la concepción de la "rivalidad inter-imperialista" suponía una fase dentro de la evolución global del modo de producción capitalista en que los capitales nacionales eran esencialmente discretos por naturaleza y con escasa inter-penetración. Por lo tanto, suponía un tipo de estado que representaba a las burguesías nacionales como tales en competencia con otras burguesías nacionales y sus respectivos estados. Al estar arraigada en el debate acerca de la inminencia e inevitabilidad de la guerra entre dichos estados organizados discrecionalmente, el sentido del término "rivalidad" excede *en aquellas circunstancias* al de mera competencia. La idea de una guerra inminente necesariamente suponía alguna equivalencia, o ilusión de equivalencia, en los niveles de capacidad militar, es decir, los rivales eran percibidos en función de sus potenciales estructuras militares como capaces de luchar entre sí.

Este breve *excursus* sobre la concepción de Lenin nos permite señalar una cuestión: hoy no es posible extrapolar un concepto de "rivalidad inter-imperialista" que refleja la situación coyuntural de un siglo atrás. En la medida en que uno revisa aquellos textos clásicos, se evidencia su pertenencia a una época totalmente distinta. La especificidad de la coyuntura en que se desenvuelve el imperialismo de nuestro tiempo, a diferencia de la época de Lenin, es que su centro –compuesto por los países capitalistas avanzados– no está constituido ni por rivales ni por iguales. La población total y el PNB combinado de la UE es igual al de EUA, de hecho marginalmente mayor. Pero aquí termina la comparación. La UE no tiene una estructura estatal centralizada ni remotamente comparable a la de EUA, ni un idioma común, ni un ejército vigente o estructuras de seguridad propias, ni política exterior que sujete a los estados miembros, ni leyes que trasciendan la esfera nacional más allá de algunos temas específicos. La constitución propuesta en 2003 está tan atada a una serie de condicionamientos que más que una constitución parecía una declaración de principios y horizontes. Los factores unificadores parecen reducirse a la burocracia de Bruselas, el nuevo Euro y un montón de otras buenas intenciones.

Todo esto quedó en evidencia durante el proceso de toma de decisiones referente a la invasión a Irak. Gran Bretaña se arrojó a los brazos de EUA sin siquiera contemplar la más mínima consideración procedimental para con UE, más bien manteniendo el rol de subordinado leal que EUA le impuso desde la Segunda Guerra Mundial y del cual ni Wilson, ni Margaret Thatcher ni Tony Blair se han desviado jamás. Luego, en la medida en que Francia y Alemania procuraron diferenciarse y el secretario de Defensa de EUA, Donald Rumsfeld, las tildara despectivamente como "la vieja Europa", todos desde Derrida hasta Habermas desfilaron por los programas de televisión expresando su espanto en nombre de Europa. Eventualmente, Rumsfeld pudo alinear a Gran Bretaña, Italia, España, Portugal y un conjunto de pequeños nuevos países de "Europa" de su lado, y fue precisamente en Azores que Bush tomó la decisión final de ignorar al Consejo de Seguridad y proceder con la invasión. Igualmente significativo fue el hecho de que en la última ronda de negociaciones que se

llevó a cabo en el Consejo de Seguridad antes de comenzar la invasión, la alianza franco-alemana propusiera una advertencia de treinta días a Saddam (y los inspectores), luego de la cual la invasión sería tolerada. Bush ostensiblemente despreció la propuesta al mantener la agenda establecida por el Pentágono e ignorar al Consejo de Seguridad. EUA ordenó retirar inmediatamente a los inspectores de las Naciones Unidas, para lo cual Kofi Annan, el secretario general de las Naciones Unidas, ni siquiera se molestó en convocar a la sesión del Consejo de Seguridad aún cuando los inspectores habían sido enviados no por EUA sino por la resolución del propio Consejo. De este modo, Annan simplemente ordenó a los inspectores cumplir con las órdenes de EUA. Tiempo después, Hans Blix, el inspector general, diría que siempre había creído que no había armas de destrucción masiva en Irak y que todo el asunto no era más que una gran farsa. Una vez que la invasión estaba en marcha, hasta la alianza franco-alemana comenzó a rezar públicamente por una resolución rápida en favor de EUA y, un poco más privadamente, a rogar por contratos para las firmas europeas en el proceso de "reconstrucción" de Irak. Cuando EUA se afianzó como única fuerza de ocupación y no le concedió ninguna participación efectiva a las Naciones Unidas, la alianza franco-alemana bajó la cabeza.

Mientras tanto, en la cuestión de la ley belga que concedía a sus cortes la jurisdicción para juzgar extranjeros por crímenes de guerra, la severa amenaza de Rumsfeld de trasladar la central de la OTAN fuera de Bruselas si la ley no era modificada suscitó un repentino gesto de condescendencia por parte del gobierno belga. Otro tanto ocurrió con los reclamos por parte de los intelectuales europeos bienpensantes por los derechos humanos como aspecto integral de la identidad europea emergente. Al parecer, Bélgica no tiene derecho a poseer leyes propias para asuntos tales como los crímenes de guerra, aunque dichas leyes no tengan ninguna relevancia para el comercio global o los contratos financieros y comerciales. La doctrina de la soberanía limitada que promueve la política exterior norteamericana y sus efectos sobre el nuevo constitucionalismo imperial parecieran ser aplicables no sólo a los países del Tercer Mundo sino también, aunque selectivamente, a la propia capacidad de Europa para promulgar leyes por sí misma.

En el plano teórico, este tipo de desarrollos pone en duda la concepción de la "soberanía" supra-nacional a la Negri-Hardt, la cual, según estos autores, se ha globalizado tan plenamente que es imposible de localizar en ningún lugar en particular, al mismo tiempo que sólo una "multitud" sin límites de clase u otras identidades o fronteras puede oponérsele. Lo que sucede en realidad es que EUA hace valer su derecho soberano a actuar en su propio interés (lo que se llama "defensa") burlándose de la soberanía de otros, y de ahí que la soberanía del estado imperial pareciera no tener fronteras. De hecho, fue la señora Albright, antigua profesora de la universidad de Georgetown y secretaria de Estado de la administración Clinton, quien sostuviera que "soberanía" y "nacionalidad" eran nociones pasadas de moda y, en consecuencia, debían ser abandonadas en vista a las nuevas estructuras de la globalización y los imperativos de la "intervención humanitaria".

Con la afirmación del derecho soberano a hacer la guerra contra cualquier estado que se presente como amenaza —la llamada "guerra anticipatoria"—, reservándose obviamente el derecho a juzgar qué es lo que constituye una amenaza, el gobierno de Bush continúa de hecho con una doctrina ya puesta

en práctica por administraciones anteriores. Lo que estamos presenciando en todo caso es la construcción de una soberanía imperial que por primera vez es reclamada por un estado que al mismo tiempo es el estado de una nación y un estado globalizado del capitalismo contemporáneo. EUA se arroga una soberanía ilimitada que es arbitraria por naturaleza, y que sólo puede existir en la medida en que su poderío es tan superior al de los demás que su accionar no puede ser desafiado por ningún otro componente del sistema de estados, por resentidos que estos puedan estar.

Dentro de la perspectiva de la "rivalidad inter-imperialista", como opuesta a la soberanía global del imperio americano, hay todavía otra idea más futurista, aunque menos verosímil, que ubica esta rivalidad no tanto en el Atlántico sino en la zona del Pacífico, de donde surge que el rival no sería Europa sino el Este asiático. En una primera versión la rivalidad vendría de Japón, aunque la tendencia recurrente a las crisis en su actual economía ha puesto a China y su espectacular tasa de crecimiento económico sostenido de la última década en el centro de la atención. Sin embargo, esta también pareciera ser una opción inviable. Cualesquiera sean sus tasas de crecimiento, la escalada de la economía china no es nada comparada con la de la UE y, más allá del considerable tamaño de sus fuerzas armadas terrestres, la tecnología de avanzada de sus capacidades militares es todavía muy inferior incluso a la de Rusia. El rol preponderante de su cúpula militar es más bien interno y está relacionado con el control de su sociedad civil y el dominio sobre otras instituciones estatales; por lo demás, sus capacidades para hacer la guerra son mayormente de carácter defensivo. Su propio crecimiento económico ha agravado sus contradicciones sociales internas, tanto en los clivajes de clase como regionales, y sería una suerte que China sobreviviera a este difícil y entrecortado período de crecimiento, dada su actual configuración territorial, sin enfrentar el creciente malestar de las masas. De lo que sí podemos estar seguros es de que EUA va a explotar ese malestar social para sostener movimientos separatistas, especialmente en las regiones periféricas como Xinjiang, al mismo tiempo que pone a Tibet en la mira como posible área de control territorial. Mientras tanto, la indiscutible orientación exportadora de su economía ha servido para integrarla profundamente en el mercado de consumo de EUA, y por lo tanto China estaría hoy amenazada por una pesadilla en caso de que hubiera una gran recesión en los EUA y sus exportaciones declinaran dramáticamente al paso que su economía sufriría devastadoras consecuencias. Integrar a China dentro del sistema global dominado por EUA como forma de aumentar su dependencia era un imperativo que Bush padre y Clinton ya habrían comprendido muy bien. La actual administración podría perseguir políticas que fuercen a China a gastar enormes cantidades de recursos provenientes de su crecimiento económico para invertir en defensa militar (para lo cual India jugaría un rol clave) y así exacerbar aún más los conflictos internos. De cualquier modo, China se ha vuelto en lo militar y lo económico extremadamente vulnerable a EUA, de ahí que verla como competidor es a todas luces fantasioso.

III

A diferencia de la rivalidad inter-imperial, la cuestión del colonialismo es —o debería ser— central para nuestro entendimiento del presente. En la historia del imperialismo, el rol del colonialismo —hoy en día conceptualizado de manera general como un contraste entre imperios "formales" e "informales"— siempre

ha sido un asunto controvertido. Sin miedo a contradecirnos, excepto para los círculos devotamente "Eurocéntricos" (*Westocentric*), podemos ofrecer cuatro observaciones básicas. Primero, el colonialismo no es un aspecto incidental, episódico o epifenoménico del desarrollo capitalista, y la negación de este hecho ha empobrecido a buena parte de la teoría marxista del capitalismo. Desde sus comienzos, el colonialismo ha sido una parte intrínseca de la acumulación originaria del capital y las ex colonias continúan jugando su parte en dicho proceso de acumulación que aún hoy se sigue dando en el imperialismo poscolonial de escala global (como argumenta David Harvey en este volumen, la acumulación originaria es una constante a lo largo de toda la historia del capitalismo hasta nuestros días). Segundo, hay un profundo contraste entre los distintos tipos de colonialismo, por ejemplo, entre el llevado a cabo por los colonos (que fue exitoso en América y Australia pero falló en África) y las así llamadas colonias que fueron ocupadas, administradas y explotadas por burguesías externas pero que nunca echaron raíces en las tierras conquistadas (como es el caso de la mayor parte de las colonias en Asia y África). Algunos de los asentamientos de blancos en las zonas templadas lograron una transición al capitalismo avanzado (Norteamérica y hasta cierto punto Australia y Nueva Zelanda), mientras que otros no (Latinoamérica y el Caribe). Tampoco lo lograron aquellas colonias ocupadas pero no colonizadas, aunque India tenía potencial al momento de la colonización. La mayor parte del capital y la tecnología fueron transferidos a las "colonias de colonos", y prácticamente nada hacia las otras. Esto trajo aparejados efectos directos sobre la estructura de clases de los respectivos sub-sistemas. Las colonias de asentamientos que hicieron la transición al capitalismo avanzado se caracterizaron por el dominio de la industria sobre la agricultura, y por lo tanto mantenían un balance demográfico en el que el número de empleados superaba al de desempleados. En el caso de aquellos que no hicieron dicha transición, el ejército de desempleados tendía a exceder a los sectores empleados de la clase obrera.

Tercero, los llamados imperios "informales" (imperialismo sin colonias) han sido recurrentes desde el principio, y las conquistas coloniales a gran escala han sido generalmente precedidas por otras formas de explotación imperialista. Los destacamentos en el litoral del África occidental, combinados con ataques e incursiones en el interior, fueron suficiente para diezmar buena parte de sus poblaciones vía tráfico de esclavos y el desguase de sus redes económicas: la conquista del interior vendría mucho después. Incluso los comienzos de la conquista territorial de la India fueron posteriores al establecimiento de los fuertes costeros destinados al comercio imperial, y la conquista territorial completa tomó alrededor de cien años –por no hablar de que pasó de ser una posesión de la Compañía de la Indias Orientales a una colonia de la corona. Por contraste, iban a transcurrir noventa años entre la conquista completa y la descolonización.

Cuarto, la historia global de los imperios "formales" e "informales" –por no hablar de conquistas coloniales y descolonización– es paralela pero no sincrónica. Latinoamérica estaba completamente descolonizada mucho antes de que el interior de Asia y África estuviera plenamente colonizado. La historia de la rivalidad anglo-americana sobre el imperio "informal" de Latinoamérica posterior a la descolonización precedió al surgimiento de movimientos anti-coloniales masivos en Asia y África por casi un siglo. El hecho de que las

formaciones estatales latinoamericanas tengan su origen en los asentamientos de colonos mientras la mayor parte de los estados de Asia y África ni siquiera experimentaron algo parecido produjo como consecuencia un desarrollo diferenciado de lenguas, culturas, religiones, composición demográfica, etc. en los respectivos continentes. Y en lo que respecta a los territorios colonizados y los "semi-colonizados" (en los términos de Lenin), algunas de las consecuencias del imperialismo fueron más bien similares para los imperios "formales" e "informales". La India cambió su estatuto a colonia de la corona en la década de 1830; para entonces, Turquía, que nunca había sido colonizada, llevaba adelante reformas burguesas modernas –período de Tanzimat; y hacia 1920, ambos habían desarrollado relaciones de propiedad, estructuras legales y movimientos reformistas similares, para no hablar de las formas de dependencia con Europa (por ejemplo, la servidumbre ocasionada por la deuda), con la diferencia de que India había sido colonizada y Turquía no.

En toda esta historia del colonialismo, EUA ocupa un lugar único. Fue la única ex colonia en convertirse en imperio; e incluso cuando en el siglo XIX estaba de moda en Europa la colonización, EUA no buscaba colonizar sino dominar Latinoamérica. Nacidas del genocidio que produjo la anexión de sus vastos territorios, las Trece Colonias hicieron una revolución, se convirtieron en una nación y se dieron a sí mismas una constitución que combinaba una conmovedora retórica acerca de lo que hoy llamamos "derechos humanos" con la defensa de la esclavitud. De este modo los colonos pudieron seguir haciendo lo que ya hacían de hecho pero ahora sin tener que compartir las ganancias con la "madre patria": esclavitud racial para las plantaciones, ganancias del triángulo comercial e industrial concentrado mayormente en la costa este, pequeña producción en Nueva Inglaterra. La ideología expansionista que surgió de esto era más anexionista que colonialista en el sentido europeo: todo lo que había más allá de las fronteras estaba ahí para ser tomado, de ahí que estas se expandieran durante la mayor parte del siglo XIX. Hacia el oeste el único límite era el Pacífico; hacia el norte y el sur, las fronteras con Canadá y México se disputaron a través de guerras y se anexaron sin necesidad de colonización. A diferencia de los estados europeos que "poseían colonias", EUA nunca tuvo el problema del trabajo excedente (*surplus labour*); dado que acumulaba continuamente una gran cantidad de recursos excedentes por sí mismo. Mientras los europeos exportaban su propia población a las colonias a fin de alcanzar un balance demográfico favorable, EUA pudo prosperar gracias a que importaba esclavos, mano de obra calificada y una gran cantidad de recursos intelectuales de otros países. Su primer imperio "informal" fueron las Américas mismas, y en la medida en que los territorios anexados eran incorporados progresivamente como parte del territorio nacional, imperio y nación eran, en su génesis, uno y lo mismo.

IV

Como EUA no entró a la Primera Guerra Mundial para re-dividir el mundo colonial sino para arbitrar en las disputas entre europeos, se convirtió en el *primus inter pares*. Los nazis habían iniciado la Segunda Guerra Mundial con la ambición de convertir al mundo entero en una gran colonia alemana. Una vez que EUA entró al conflicto adoptó la política explícita de persuadir –o forzar– a los estados "que poseían colonias" a deshacerse de ellas y juntarse en un imperio capitalista unificado a escala global. Más adelante, EUA libró muchas batallas, de las cuales la más prolongada y sangrienta probablemente

haya sido Indochina, pero nunca con el fin de colonizar sino de conseguir regímenes subordinados y hacer del mundo un lugar seguro para el capitalismo.

La arquitectura del poder posterior a la Segunda Guerra Mundial combinaba un claro liderazgo de EUA con una compleja red de instituciones multilaterales. Las más importantes eran aquellas que EUA podía controlar más firmemente – la OTAN y las instituciones financieras internacionales (IFIs). Las Naciones Unidas eran consideradas un mal necesario dado que la URSS tenía poder de veto en el Consejo de Seguridad y el número de miembros en la Asamblea General era tan grande que lograr mayorías se hacía difícil. Hasta hubo un fugaz momento en los años setenta en que las Naciones Unidas se habían vuelto un foro para promover proyectos nacionalistas para el Tercer Mundo mediante los subsidios de organismos como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). Ahora que los viejos adversarios han sido derrotados, se ha dado una situación paradójica en relación con la creciente docilidad de las Naciones Unidas: EUA está hoy tan determinado a llevar las riendas del capitalismo mundial que termina socavando no sólo el poder de las Naciones Unidas sino también eventualmente el del FMI y el BM, los cuales han sido hasta hace poco sus principales instrumentos de gobernanza, especialmente en el Tercer Mundo. En retrospectiva, se puede observar que tanto énfasis en el multilateralismo era en sí mismo funcional a la necesidad de hacer frente al desafío del comunismo y el nacionalismo del Tercer Mundo dentro de un marco institucional que permitiera sostener la unidad y el consentimiento de los principales aliados bajo el ala de su propio liderazgo. Hoy en día, sin esos desafíos, con un liderazgo firme y una administración mucho más beligerante, muchos aspectos de aquel multilateralismo han sido dejados de lado. Las exaltadas afirmaciones de Bush hijo sobre la soberanía imperial de EUA son diametralmente opuestas al trilateralismo de su padre.

Un aspecto muy subestimado de la hegemonía global que EUA estableció después de la Segunda Guerra Mundial fue el rol que la industria del conocimiento ejerció en el entrenamiento y la cooptación de amplios segmentos de las elites del Tercer Mundo, ya sea de manera directa en sus propias instituciones o indirectamente a través de instituciones "nacionales" del Tercer Mundo, mediante el abastecimiento de profesores, programas de estudio, subvenciones, equipamiento de investigación, bibliotecas y demás. Marx una vez dijo que una clase dominante sólo es estable en la medida en que incorpora a su servicio los mejores cerebros de las clases subalternas. En el momento en que los imperios de Asia y África se disolvían y EUA se perfilaba como el claro líder de los países capitalistas, este desarrolló el *establishment* académico más grande, más rico y mejor financiado jamás visto en la historia de la humanidad. También se dispuso sistemáticamente a incorporar dentro de su propio ámbito académico a intelectuales claves de los países recién descolonizados provenientes de los diversos campos de la física y las ciencias técnicas, las ciencias sociales y las humanidades, el arte, la diplomacia, la jurisprudencia, etc. Muchos de los que permanecieron en EUA pasaron a formar parte de su *establishment* intelectual y, ciertamente, desde los años sesenta en adelante la gran "fuga de cerebros" del Tercer Mundo (principalmente de Asia) tuvo su gran momento (lo que contrasta notablemente

con los intelectuales europeos que no querían emigrar de su continente próspero y recientemente estabilizado).

Aquellos que regresaban se convertían en los economistas, científicos, diplomáticos, burócratas, profesores, políticos y empresarios de sus respectivos países. En comparación, la influencia de los países europeos en la formación intelectual de la *intelligentsia* del Tercer Mundo poscolonial se redujo intensamente, y las instituciones domésticas fueron reformadas a imagen y semejanza de EUA. El proyecto imperialista americano fue en buena medida facilitado por el hecho de que el inglés se había convertido, para entonces, en el idioma universal, dado que era el idioma de los dos imperios más importantes de los siglos XIX y XX. Como resultado, la mayor parte de las instituciones estatales en las dependencias del Tercer Mundo fueron conquistadas simplemente a través de la conquista intelectual de su personal más importante. Para ese personal estatal, la mirada americana se convirtió en su sentido común básico. Pero no se trataba de un mero asunto práctico. Esto estaba acompañado de todo un entrenamiento del sentido y la sensibilidad, del gusto artístico y literario, de pautas de consumo, televisación y absorción de noticias que se reproducen en las formas de la industria del entretenimiento. La mayor parte de los intelectuales europeos hoy son conocidos en Asia y África a través de su reconversión americana. La única literatura latinoamericana que llega a las librerías de Delhi es aquella que ha sido traducida, comentada y publicada en EUA. Por su parte las únicas formas musicales que hoy son "universales" provienen de EUA o son variantes locales de la forma americana. En definitiva, es posible decir que, aunque con un grado considerable de color local y originalidad imitativa, la posmodernización del mundo es en realidad la americanización del mundo.

V

Sin embargo, este no es el único impacto que el imperialismo moderno ha tenido sobre las esferas culturales e ideológicas del Tercer Mundo. Un estallido general de irracionalidad a lo largo de gran parte de las antiguas colonias y semi-colonias ha sido otra consecuencia del fracaso del proyecto original anti-colonial.

Los movimientos de liberación nacional contra el colonialismo y el imperialismo surgieron dentro de un campo de fuerzas determinado y contradictorio. Por un lado, estaban constituidos por las jerarquías anacrónicas de sus propias sociedades y el dominio externo que era de por sí cómplice de esas jerarquías. Por el otro, estaban inspirados por el aspecto radical de la Modernidad: las ideas ilustradas de la razón secular y el derecho de cualquier entidad social a emanciparse a sí misma por medio del ejercicio de dicha razón; el ejemplo práctico dentro de las sociedades industriales avanzadas de relativa emancipación social; las ideas de la Revolución Bolchevique, que se expandieron por el mundo en el preciso momento en que surgían esos movimientos de masas e inspiraron a nuevos movimientos de masas. En líneas generales, estos fueron al mismo tiempo movimientos seculares de reforma –la secularización de la religión era casi siempre un objetivo– y movimientos anti-coloniales. Como movimientos de masas, lograron incorporar dentro de la arena política a actores sociales colectivos que nunca antes habían participado políticamente. Y como movimientos por la independencia nacional y la transformación social, buscaban integrar a diversos elementos de la sociedad,

lo que de otro modo no hubiera sido posible dado que pertenecían a diferentes grupos étnicos, religiosos y lingüísticos.

Obviamente, esta no fue la única forma de oposición al colonialismo que se desarrolló. Comúnmente, un tradicionalismo reaccionario en defensa de las antiguas jerarquías sociales era hostil tanto a los movimientos de reformas seculares como al colonialismo. Sin embargo, desde una perspectiva más amplia, es sorprendente cuan dominantes eran las tendencias secularizantes, modernizadoras e incluso revolucionarias –desde África del norte, pasando por el oeste y el sur de Asia hasta Indochina. Esto podía incluir tanto al nacionalismo árabe como al movimiento anti-colonial de la India y gran parte de los regímenes reformistas como el de Atatürk, que fundó el estado moderno turco. Los partidos comunistas de masas eran un fenómeno para nada restringido a países como Vietnam, donde triunfó la liberación nacional liderada por el comunismo, sino también presente en todo un conjunto de países desde Irak y Sudan hasta India, Malasia e Indonesia. Las sociedades musulmanas parecen haber sido bastante receptivas a las ideas comunistas, mientras que entidades como la Rastrilla Swayamsewak Sangh (RSS) de India y la Hermandad Musulmana de Egipto permanecieron marginadas hasta el último cuarto del siglo XX. Se podría agregar que desde 1950 en adelante en todas estas sociedades el Islam político era sustentado y mantenido por EUA como bastión contra el comunismo, lo que tendría después efectos desastrosos en Afganistan. Por su parte, en términos de clase, dichos movimientos representaban una alianza entre el campesinado y la clase media urbana y estaban liderados por la *intelligentsia* de esta última, a su vez alineada dentro del proyecto nacional burgués.

¿Qué pasó, entonces, con este proyecto luego de la independencia? La respuesta es compleja pero, como generalización, se puede decir que todos los regímenes de burguesías nacionales que surgieron después de la descolonización en las sociedades agrarias tuvieron que elegir entre el imperialismo y el campesinado, y en todos los casos traicionaron al campesinado. Este es un tema muy significativo. Gramsci ya argumentaba que las burguesías europeas que habían experimentado la Revolución Francesa se volvieron tan temerosas del fantasma de un campesinado llevando la revolución a sus últimas consecuencias, que la burguesía nunca más ejercería un rol revolucionario en contra de la clase propietaria. Efectivamente, en las economías agrarias de las antiguas grandes colonias, la revolución campesina era la única vía para salir de la dependencia imperialista. La falta de dicha revolución fue decisiva a la hora de definir el fracaso del proyecto nacional burgués, la consiguiente aceptación de los dictados imperialistas y la formación de regímenes neoliberales por parte de las burguesías locales. Este factor interno fue ciertamente decisivo en el caso de la India, donde el estado poscolonial "engendró" aceleradamente una poderosa burguesía industrial y financiera y creó una extensa clase de agricultores ricos en el campo, pero nunca emancipó a la gran masa de campesinos pobres y sin tierra. Este tipo de estado comenzó a decaer hacia mediados de los años setenta, y cuando llegó el momento justo la burguesía desarticuló el proyecto de estrategias de crecimiento asistidas por el estado en favor de un estatuto mayormente subordinado dentro de las estructuras del capitalismo global. El gran factor externo que había contribuido anteriormente con el proyecto nacional burgués era la existencia del bloque soviético que proveía ayuda clave en términos

tecnológicos, financieros y de mercado, de modo que su caída también significó el fin de lo poco que quedaba de ese proyecto. De cualquier modo, las presiones imperialistas constituyeron el factor fundamental en la muerte de dicho proyecto.

En varios países, desde India hasta Argelia y Egipto, el fracaso y/o caída del nacionalismo democrático, secular y anti-colonial dio paso a formas irracionales de nacionalismo cultural y delirio atávico. En otros de mis artículos he argumentado que en toda la historia del nacionalismo moderno, desde principios del siglo XIX en adelante, ha habido una feroz lucha entre el proyecto de la Ilustración de una ciudadanía igual y auto-emancipada racional, por un lado, y el nacionalismo romántico, identitario, racista y religiosamente intolerante por el otro. Lo que vemos hoy es que el fracaso del proyecto de la Ilustración ha conducido necesariamente al surgimiento de identidades salvajes basadas en la raza o la religión. En los términos de Clara Zetkin, el fascismo ha sido la "recompensa" por el fracaso en hacer la revolución.

Esto nos lleva a Al Qaeda. En el mundo árabe, el proyecto nacionalista radical del nasserismo colapsó precisamente durante la Guerra de los Seis Días de 1967 –la invasión "anticipatoria" de Israel sobre Egipto, la destrucción instantánea de su fuerza aérea y la ocupación del Sinaí– allí donde el estado sionista era un claro instrumento del imperialismo americano. Fue a partir de esa catástrofe que las monarquías se re-estabilizaron y resurgió el Islam político en el mundo árabe. En Palestina, la derrota de la izquierda y las fuerzas secular-democráticas de liberación nacional dan cuenta del posterior surgimiento de Hamas y los bombarderos suicidas. En Irán, la destrucción del movimiento comunista y las fuerzas nacionalistas seculares, gracias al esfuerzo conjunto de la CIA y la policía secreta del Sha, dio lugar a que regímenes islámicos llenaran el vacío y se apropiaran de los sentimientos antimonárquicos y reformistas del pueblo iraní. En Afganistán, EUA apoyó una elaborada y feroz guerra contra los regímenes reformistas instalados por las fuerzas comunistas, congregando al extremismo islámico internacional para combatir al comunismo y poner en escena a los llamados "mujaidines", el Taliban, Osama bin Laden y compañía. Ese es el monstruo de su propia obra que vino a acechar a EUA el 11-S de 2001.

VI

Es necesario retomar la pregunta del comienzo, a saber, dónde radica la especificidad del régimen de Bush hijo. En primer lugar, no radica en las invasiones a Afganistán e Irak. En el caso de Afganistán, EUA simplemente volvió a beneficiarse con la guerra iniciada por Carter en 1978 contra el entonces nuevo régimen secular del Partido Democrático del Pueblo de Afganistán (PDPA) por medio de sus asociados islámicos que se llamaban a sí mismos "mujaidines" ("luchadores de la fe"). Brzezinski, el consejero de Seguridad Nacional de Carter, afirmó haber apoyado dicha guerra con el objetivo explícito de atraer a los soviéticos –y conducirlos hacia la trampa. Los Talibanes (literalmente, "estudiantes") surgieron de entre los chicos más jóvenes que crecieron en los campos de refugiados que la misma guerra había generado y fueron entrenados en seminarios con el propósito expreso de producir más "luchadores de la fe" al servicio de los estadounidenses. Sobre la desdicha de ese país ensangrentado, el régimen de la fracción islámica fue implantado por las agencias de inteligencia pakistaníes y con el consejo de EUA. Los llamados "afganos árabes", de los cuales Osama era uno de los

líderes, eran agentes de la CIA reclutados para combatir a los soviéticos. Cuando los Talibanes se rehusaron a cooperar plenamente con EUA con sus designios de controlar el petróleo de Asia Central, EUA decidió invadir. Niaz Naik, el director de las fuerzas diplomáticas pakistaníes, dijo en la BBC que los norteamericanos anunciaron que la invasión comenzaría en octubre. Los eventos del 11-S ocurrieron entre el diseño y su ejecución.

La guerra contra Irak no comenzó en 2003 sino en el curso de la llamada "Guerra del Golfo" en 1991, la cual se extendió durante una década a través de sanciones y restricciones del espacio aéreo en determinadas zonas –más de lo que duraron sumadas la Primera y la Segunda Guerras Mundiales– y bajo tres presidentes norteamericanos consecutivos, dos republicanos (padre e hijo) y uno demócrata (Clinton, el "Nuevo Demócrata" que inspiró al "Nuevo Laborismo" del otro lado del Atlántico). Fue durante la presidencia de Clinton que el Congreso de EUA aprobó el Acta de Liberación de Irak en 1998. Cuando ciertas agencias de las Naciones Unidas estimaron que las sanciones al régimen habrían causado la muerte de medio millón de niños iraquíes, y los periodistas le preguntaron a la secretaria de Estado de Clinton, Madeleine Albright, si dichas sanciones habían valido el precio de esas muertes, ella contestó: "el precio valió la pena". Pese a que las llamadas zonas de no vuelo en el norte y este de Irak fueron declaradas ilegales por Boutros Boutros-Ghali, el secretario general de la ONU, el esquema de bombardeo anglo-americano de Irak se convirtió en la campaña aérea más grande desde la Segunda Guerra Mundial. Sólo en 1999 se lanzaron 1.800 bombas y fueron alcanzados 450 objetivos. Acumulativamente, a lo largo de doce años, el tonelaje lanzado sobre Irak equivale a siete Hiroshimas.

"Cambio de régimen" es una frase pegadiza e, indudablemente, el gobierno de Bush la ha elevado a la categoría de derecho legítimo de la soberanía imperial. EUA, sin embargo, lo ha venido haciendo durante décadas. Lo hizo en Irak mismo cuando la CIA ayudó a derrocar al régimen progresista de Abd al-Karim Kassem en 1964 y puso en su lugar al régimen del partido de Ba'ath ("Llegamos al poder en el tren de la CIA", se regocijaba el secretario general del partido antecesor del de Saddam), abriendo así el camino para la dictadura de Saddam Hussein, quien fuera un aliado cercano de EUA durante la década del ochenta cuando luchó en la guerra contra Irán. "Cambio de régimen" es lo que trajo la CIA a Irán en 1953 y el ejército de EUA a Grenada y Panamá más recientemente. Y la historia del devenir de EUA como "liberador" y posterior ocupador data del fin del siglo XIX en Filipinas.

Lo que es específico del régimen de Bush es la combinación de la intensificación de esas antiguas tendencias con un agregado de novedades que, tomadas en conjunto, representan un quiebre histórico. La intensificación de tendencias es lo suficientemente obvia. Pero, ¿cuáles son las novedades internas propias de la presidencia de Bush? Primero, la manera en que fue electo: se convirtió en presidente por medio de una decisión judicial de dudosos méritos, combinada con una gran desafiliación (*disenfranchisement*) electoral de un considerable sector del electorado negro en el estado de Florida que, *casualmente*, era gobernado por su hermano Jeb*. Otra gran contribución de Jeb Bush a la campaña de su hermano fue haber congregado a la maquinaria de neo-conservadores, compuesta por los *think-tanks* de la extrema derecha y supervisada por Dick Cheney, que vendría luego a definir la política doméstica y exterior y a ocupar las estructuras civiles y militares después de las

elecciones. Cuando los hermanos Bush conquistaron la Casa Blanca, la extrema derecha cooptó el Pentágono y, por lo tanto, el aparato militar.

La segunda novedad de su presidencia, y que la distingue de las anteriores, es su voluntad por reconstruir radicalmente los EUA en su afán por redefinir el mapa global. Tanto las predicciones de Dick Cheney acerca de que la guerra contra el terrorismo duraría alrededor de cincuenta años o más, como las del general Tommy Frank que antes de la invasión a Irak aseguraban que las tropas norteamericanas tendrían que permanecer allí casi indefinidamente (como el modelo coreano), están en sintonía con una política interna de locura permanente que invoca una combinación de inseguridad extrema con patriotismo atávico. La población general está siendo persuadida de sacrificar muchos de sus propios derechos fundamentales y avalar distinciones entre los nacidos en suelo americano y los ciudadanos naturalizados, entre inmigrantes de una parte del mundo y los de otra, entre miembros "buenos" y "malos" del Islam –todo esto sustentado por una nueva alianza entre el sionismo extremo y el fundamentalismo cristiano. El asalto contra las libertades americanas ha sido codificado como Actas Patrióticas I y II. Esta unión entre patriotismo delirante y una población dócil cuyos derechos están siendo limitados es en sí misma una configuración cuasi-fascista. Mientras tanto, las políticas de redistribución del ingreso hacia arriba con bonanzas impositivas para los ricos y las corporaciones que ponen en bancarota al estado social se han profundizado a tal punto que un gobierno sucesor no tendría (aunque quisiera) los recursos necesarios para sostener el sistema de seguridad social.

Por lo tanto, lo que ha sido invertido no es sólo el llamado "síndrome Vietnam" sino también aspectos claves de la vida social americana que datan del *New Deal*. En el informe "Reconstruyendo las Defensas de América: Estrategia, Fuerzas y Recursos para un Nuevo Siglo" (*Re-Building America's Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century*) editado por el "Proyecto para un Nuevo Siglo Americano" (*The Project for a New American Century*) en septiembre de 2000 y que fuera preparado por una gran sección transversal de la elite neoconservadora, incluyendo a Paul Wolfowitz, los autores recalcan que los cambios drásticos propuestos tomarían algún tiempo a menos que una catástrofe o evento catalizador, como un nuevo Pearl Harbour, ocurriera. El 11 de septiembre de 2001 fue el evento que estaban esperando. A la mañana siguiente, Condoleezza Rice instó a sus colegas a "capitalizar esta oportunidad", mientras Donald Rumsfeld pugnaba por la inmediata invasión a Irak.

¿Cómo podemos comprender esta mezcla peculiar de continuidades y discontinuidades dentro de un todo? Una manera de verlo sería que la reacción de la derecha que comenzó a fines de los años sesenta (en respuesta por un lado a las derrotas militares que estaba enfrentando EUA en Indochina y, por el otro, al enorme éxito del movimiento contra la guerra de Vietnam, la radicalización de la política afro-americana y la expansión del movimiento feminista) ha finalmente crecido y madurado al punto de capturar al poder estatal. Esta ofensiva ha sido preparada por más de un cuarto de siglo, pero la presidencia de Bush hijo representa un quiebre histórico en la medida en que previamente esas tendencias se habían mantenido limitadas y subordinadas a otras exigencias de poder, y sus representantes, aunque ocuparon posiciones en los gobiernos de Reagan y Bush padre, no estaban a cargo de todas las instituciones claves del aparato estatal como lo están ahora. Una característica notable de esta contraofensiva es el rol que han jugado las fundaciones y *think-*

tanks de la extrema derecha en financiar, entrenar y facilitar el personal requerido a fin de transformar, en su momento, el clima intelectual en EUA y, ahora, el aparato de estado. Otro aspecto notable ha sido el rol cuasi-mesiánico que ha jugado el cristianismo evangélico en preparar la sensibilidad receptiva de la población para todos estos cambios.

Un grupo de intelectuales de Nueva York ha empezado a argumentar que desde la presidencia de Richard M. Nixon, la Nueva Izquierda, el movimiento contra la guerra, el nacionalismo negro y los movimientos de liberación de las mujeres, entre otros, componían una minoría disruptiva pero ruidosa y que, por lo tanto, la verdadera tarea era organizar y movilizar a la "mayoría silenciosa" que se le oponía. En la Universidad de Chicago, Milton Friedman formuló un ataque contra el estado social y avanzó en la ideología del mercado como árbitro final del bienestar social. Su colega Alan Bloom escribió libros que fueron *best-sellers* acerca de "la destrucción de la mentalidad americana" debido a las reformas que las presiones de la izquierda, los negros y las feministas habían forzado sobre el sistema de educación, incluyendo a las universidades de elite. El maestro de Bloom, Leo Straus, entrenó a varios de los que en la última década serían miembros destacados de la elite intelectual neoconservadora. Cientos de grandes y pequeños enclaves y organizaciones neoliberales hoy predominan en el paisaje americano y han aparecido un sin fin de fundaciones de derecha no muy conocidas –Carthage Foundation, Henry M. Olin Foundation, Philipe M. McKenna Foundation, Henry Salvatori Foundation, etc.– que financian a aquellas fundaciones más influyentes y prestigiosas: American Enterprise Institute, Heritage Foundation, Cato Institute, y la elite de todos los *think-tanks* neoconservadores, The Project for New American Century, cuyos fundadores constituyen el corazón del gobierno de Bush: el vice-presidente Dick Cheney, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, el jefe de gabinete (*chief staff*) de Cheney, Lewis I. Libby, el secretario de Educación de Reagan, William Bennett y Zalmay Khalilzad, el sombrío representante de Bush en Afganistán e Irak.

Un comentario acerca del cristianismo evangélico. Cuando Reagan fue reelecto con la base electoral más grande de la historia, perdiendo sólo un estado, se descubrió que en realidad apenas un 27% del potencial de votantes había ido a votar en su favor; la mayoría se había quedado en su casa. Al mismo tiempo, una encuesta de Gallup mostró que el 27% de los norteamericanos adhería a alguna variedad de cristianismo evangélico y que, de acuerdo a los especialistas, de ser movilizada para votar en bloque, EUA tendría permanentemente gobiernos de extrema derecha. Aunque no todos ellos han sido movilizados todavía, este tipo de gobierno ya se ha establecido. Mientras Reagan nos deleitaba con la economía de la oferta y la Guerra de las Galaxias, la izquierda lo consideraba lo peor y la derecha del partido republicano un Roosevelt democrático. Esa misma derecha hoy está en el poder.

Tal vez estemos presenciando un desborde imperialista. Determinados por sus propios delirios ideológicos, los neo-conservadores de Bush estarían persiguiendo políticas que en buena medida exceden la lógica del capitalismo global o las necesidades del estado imperial americano. Hasta George Soros parece verlo así. Dos ex presidentes, incluyendo al padre del actual, se opusieron a la invasión a Irak antes de que ocurriera. El trilateralista presbiteriano Bush padre siempre resaltó que EUA necesitaba una alianza con Europa y que la guerra podría socavarla. Como hemos observado, la alianza

franco-alemana, aunque con resentimiento, ha aceptado las consecuencias. Sin embargo, Irak todavía puede convertirse en una especie de cura contra cualquier apetito de la población americana de pelear guerras reales más allá de sus pantallas de televisión. Los norteamericanos están a tiempo de comprender la amenaza que representa el actual gobierno para su propia seguridad y la de sus hijos. Por su parte, la oposición global contra el imperialismo estadounidense que se observó durante la víspera de la invasión a Irak podría recuperar fuerza, y este momento de extremismo neoconservador pasar a la historia como un episodio más dentro los tantos momentos sanguinarios de la historia del imperialismo.

Notas

* Traducido por Emilia Castorina.

* N. de la T.: este artículo fue escrito antes de la re-elección de George W. Bush

**Globalización, imperialismo, desarrollo:
falsas dicotomías y resoluciones radicales***

John S. Saul

La expansión global del capitalismo europeo y la conquista imperial de los pueblos que yacen fuera de los centros de acumulación de capital noroccidentales constituyen una dimensión crucial de los últimos siglos de la historia mundial¹. Más aún en la época actual, en la cual superposiciones dicotómicas como "occidente y el resto", o "Norte" vs. "Sur", siguen teniendo un impacto muy significativo en términos de poder y prejuicio sobre el destino de miles de personas, especialmente las más pobres. La preocupación central de este artículo es cómo concebir mejor, y por lo tanto poder intervenir en, el problema contemporáneo de la desigualdad global que ha estado tan estrechamente ligado, aunque de manera compleja, a la historia mundial del imperialismo capitalista. Pese a todas las complejidades, sin embargo, hay algo acerca de lo que no caben dudas: la desigualdad asombrosa y la escalada creciente y desproporcionada de la pobreza caracterizan a la mayor parte de la escena global actual. De hecho, en un mundo más justo y humano esto sería percibido claramente por lo que es: simplemente el hecho más escandaloso de la etapa actual de la historia de la humanidad.

Por supuesto, uno no puede dejar de sentirse un tanto abrumado por las cifras que indican que "la creciente división entre los que tienen y los que no tienen ha dejado en la terrible miseria a gran cantidad de personas del Tercer Mundo, viviendo con menos de un dólar al día", o que "a pesar de las repetidas promesas de reducir la pobreza que se han hecho a lo largo de la última década del siglo XX, el ... número de gente viviendo en la pobreza en realidad ha crecido más de 100 millones [respecto a un estimado de 2.801 millones viviendo con menos de dos dólares diarios en 1998]"². Del mismo modo, es difícil no registrar la importancia de los descubrimientos (de la OMC) según los cuales el norteamericano promedio ganó "5.500% más que el etíope medio ... una distancia que al ritmo actual se va a duplicar en un siglo y medio"³. O (los de la ONU) que "los tres hombres más ricos del mundo poseen más activos que el PBN combinado de los 48 países más pobres del mundo" y "los 225

hombres más ricos del mundo tienen una riqueza combinada de más de 1 billón de dólares —equivalente al ingreso del 47% de la población más pobre del mundo, algo así como 2.500 millones de personas"⁴. No obstante, en la izquierda, al menos, sabemos que deberíamos estar haciendo algo drástico para descubrir y corregir dichas desigualdades.

Pero ¿cómo? A fin de aclarar el camino y echar luz acerca de cómo sería una respuesta apropiada para esta pregunta, nuestro artículo buscará explorar varias cuestiones de relevancia teórica. Empezaremos por una reflexión crítica en torno a la tendencia común a ofrecer diagnósticos de la desigualdad global en términos de oposiciones dicotómicas falsas —lo "geográfico" vs. lo "social", "globalización" vs. "estado" (al igual que "globalización" vs. "imperialismo"), "desarrollo" vs. "anti-desarrollo"— al mismo tiempo que pondremos de manifiesto la inutilidad de estas a la hora de establecer objetivos específicos contra los cuales dirigir la lucha progresista. A continuación el ensayo se pregunta si, en la medida que visualizamos más claramente, en contra de qué estamos luchando podemos también empezar a definir en forma más pertinente por qué estamos luchando en nuestro esfuerzo por superar la pobreza y la explotación en el Tercer Mundo. La palabra "socialismo" nos viene aquí a la mente (no sorprende demasiado dado que, de hecho, luchamos contra el capitalismo), pero ¿cuán lejos nos lleva? Porque, como veremos más adelante, aunque la naturaleza limitada y contradictoria de las alternativas reformistas presentes en la agenda global nos impulse a adoptar una postura más revolucionaria, resulta muy difícil establecer el significado preciso de una "revolución" en el mundo contemporáneo. Un inventario y una evaluación minuciosa de las resistencias en todo el mundo ya son objeto de estudio de una creciente literatura⁵ y escapan a los límites de este trabajo. Es suficiente con identificar algunas de las categorías con que dicho inventario y evaluación podrían ser llevados adelante más adecuadamente, a fin de sugerir de qué modo una mayor claridad en relación a cuestiones como agencia (*agency*), sitio (*site*) e imaginario (*imaginary*) apropiado podrían contribuir a facilitar la construcción y el mantenimiento de un proyecto revolucionario de dimensiones mundiales.

I. Diagnósticos: falsas dicotomías

1. "Lo geográfico" vs. "lo social"

En primer lugar: ¿cómo ligar analíticamente el hecho del imperialismo como fenómeno histórico con el de la desigualdad global total como fenómeno contemporáneo de manera cabal? La conexión causal entre un Norte rico y un Sur empobrecido, que alguna vez estructurara el sentido común y el entendimiento tanto de la izquierda como de los círculos liberales, ha sido críticamente puesta en cuestión en los últimos años. Por ejemplo, también habría que dar cuenta de las visibles diferencias de riqueza y poder *dentro* de los países tanto del Norte como del Sur. Más aún, los países del Sur parecen ser ahora mucho más heterogéneos económicamente de lo que se suponía antes. De hecho, como ahora se dice que la división Norte/Sur de desigualdades es mucho más difícil de trazar en forma directa, una teórica del desarrollo de primera línea como Hoogvelt ha llegado a sugerir que las coordenadas de la desigualdad global son mucho más "sociales" que "geográficas": "La conocida pirámide de la jerarquía centro-periferia ya no constituye una división geográfica sino social de la economía mundial", asegura⁶. Pero como Arrighi y Silver han señalado⁷, el uso del término "social"

por parte de Hoogvelt es engañoso: la jerarquía geográfica de naciones que ellos mismos siguen utilizando es también, de hecho, una relación social. De todos modos, lo que Hoogvelt subraya es importante: para ella, la división global del trabajo, más que nunca definida en términos de clase y creciente exclusión social a lo largo de las fronteras nacionales, ha creado tanto en el Norte como en el Sur una clase dominante capitalista transnacional y un amplio círculo de personas menos privilegiadas alrededor. Según ella, este modelo permite comprender mejor tanto la diversidad del Tercer Mundo (estirando el concepto desde los Nuevos Países Industrializados-NICs hasta las zonas más pobres de África) como las desigualdades crecientes dentro de países tomados individualmente —estos últimos produciendo a su vez "disturbios caóticos, violencia y conflicto en la periferia [social]".

Pero, ¿es posible deshacernos tan rápidamente de las coordenadas geográficas de la desigualdad? Giovanni Arrighi ha documentado hasta el cansancio que todavía buena parte de la jerarquía global continúa estando definida espacialmente y a lo largo de líneas que son a su vez "principalmente el legado de las expansiones territoriales e industriales de Occidente desde 1800". Así, en un artículo de 1992 sobre "la creciente desigualdad de la distribución global del ingreso", demostraba que había "un mayor ensanchamiento de la gran brecha de ingresos que ya desde hace cincuenta años separa a los pueblos del Sur respecto de los del centro orgánico de la economía mundial capitalista". Su conclusión: "las naciones del mundo ... están situadas diferencialmente dentro de una rígida jerarquía de riquezas en la que el ascenso eventual de una o dos naciones deja al resto mucho más estancados que nunca"⁸, y pone de manifiesto una "aparente 'ley de hierro' de la jerarquía global que se mantiene en su lugar independientemente de lo que hagan o dejen de hacer los gobiernos del escalón mas bajo". Dada la ausencia de autocorrectivos, la "riqueza oligárquica" alcanzada por Occidente siempre tiende a concentrar el volumen de la actividad capitalista, y por lo tanto a ampliar la brecha. Al actualizar su argumento en 2003⁹, Arrighi también llamaba la atención acerca del grado en que las agresivas políticas neo-liberales del Norte tendieron a reforzar deliberadamente dicha jerarquía cuando, en los setenta, las cosas parecían haberse tornado levemente favorables para el Sur. Así, el autor llegaba a la misma conclusión de una década atrás en relación a la persistencia de una jerarquía de ingresos Norte/Sur —a pesar de (o gracias a) que se haya dado efectivamente cierto grado de convergencia industrial.

Hay que tener presente, aunque sea superficialmente, que las implicaciones del cuadro que Arrighi esboza lo han conducido a dar respuestas muy diferentes a lo largo de la última década. Así, a principios de los noventa, Arrighi veía la polarización geográfica de la riqueza global en marcha ligada al "caos sistémico", a la "escalada continua de conflictos en el Sur y en Oriente" y a "los problemas de regulación, crecientemente inmanejables, del sistema-mundo para Occidente". En ese momento, sólo ponía sus esperanzas en la perspectiva de que "los socialistas occidentales unan fuerzas con sus asociados del Sur y el Este" para facilitar el surgimiento de un "gobierno socialista mundial" capaz de "promover mayor igualdad y solidaridad mundial"¹⁰. Sin embargo, hacia el cambio de milenio, cualquier eco de socialismo como avance de la "riqueza democrática" contra la riqueza oligárquica ha desaparecido de sus escritos. Ahora, en su opinión, "para entender el presente y el futuro de la jerarquía global (y para afrontar su

"subversión"), tal vez lo más importante sea la expansión económica de China continental"¹¹. De acuerdo a Arrighi y sus co-autores, este es, de hecho, el único desarrollo que puede tener algún potencial (aunque no especificado) para quebrar significativamente el *status quo* mundial. Pero nótese que este desarrollo sólo es posible estrictamente *dentro* del capitalismo global.

Por supuesto, hay muchos que no quieren descartar tan rápidamente la posibilidad de un desenlace no-capitalista. Más adelante retomaremos este punto. Por el momento, es suficiente con rechazar cualquier contradicción implícita entre las dimensiones "sociales" (léase: clase y exclusión de clase) y "geográficas" de desigualdad global que las oposiciones binarias de Hoogvelt y Arrighi parecen forzarnos a aceptar –y registrar, por el contrario, su irreducible simultaneidad. El mismo Arrighi parece no tener problemas a la hora de reconocer la diversidad de capitalismo en el Sur o, por ejemplo, las evidencias de la desigualdad de ingresos interna tanto dentro del Sur como del Norte. Pero el continuo énfasis en las coordenadas espaciales sugiere que términos como "Tercer Mundo", "Sur global", "apartheid global" o incluso "poscolonial" todavía conservan cierta eficacia para identificar las deficiencias de la desigualdad global. Autores como Smith y Cooper han señalado que dichas nociones pueden también ser parte de un lenguaje que promueva en el Sur una apuesta progresista para movilizar reclamos globales –incluso si al mismo tiempo pueden impulsar una suerte de "Tercermundismo" que (especialmente cuando es manipulado por las elites locales en su propio interés) opaque las contradicciones mundiales de naturaleza inherentemente capitalista de clase¹². Además, ningún movimiento que pretenda unir las luchas anti-capitalistas, en el Norte y en el Sur, puede ignorar el grado en que la gente del Norte se ha beneficiado de la "riqueza oligárquica" y ha sido seducida por las premisas racistas engendradas por el proyecto imperial de Occidente. Si los reclamos legítimos de los pueblos del Sur por una redistribución global del ingreso, derechos migratorios y libertad respecto de las incursiones militares arbitrarias, han de ser alcanzados y mantenidos por aliados potenciales del Norte y el Sur, estos últimos tendrán que entender más claramente todo lo relacionado a la construcción y persistencia de tal jerarquía geográfica.

2. "Globalización" vs. "estado", "globalización" vs. "imperialismo"

La tentación de resolver falsamente la dicotomía de "lo geográfico" vs. "lo social" en favor de un polo o del otro está estrechamente ligada a otro par de oposiciones que distorsionan con la misma facilidad la teoría y la práctica de la desigualdad global: "globalización" versus "imperialismo" (en efecto, "Imperio" versus "imperio") y política centrada en la escala "global" vs. política centrada en la escala del "estado-nación". En este sentido, no es casual que la preferencia de Hoogvelt por interpretar la desigualdad global en términos "sociales" más que "geográficos" esté tan fuertemente influida por la obra de Manuel Castells. Castells está entre los que argumentaron más decididamente la novedad del momento histórico actual del capitalismo global, la época de la "sociedad de redes" (*network society*), del "tiempo sin tiempo" (*timeless time*) y del "espacio de flujos" (*space of flows*) (más que de lugares)¹³. En dicha visión del mundo, los capitales, especialmente los más dominantes, parecen haberse liberado de las ataduras que antaño imponían los estados nacionales para dictar políticas que ahora se presentan más abiertamente como de interés global. Se trata del mundo de *Imperio*¹⁴ de Hardt y Negri, de la ahora predominante clase capitalista *global* de Sklair¹⁵, y de la situación según la

cual, en los términos fuertes de Teeple, "el capital se ha movido decisivamente más allá de su caparazón política histórica, el estado nación ... cuando este perdió crecientes márgenes de soberanía nacional sobre las políticas de gobierno y de reforma social en beneficio de los imperativos del mercado global"¹⁶.

Como lo han evidenciado recientemente miles de protestas en contra del costo inhumano de la globalización capitalista en las calles de Seattle, Quebec, Génova y tantos otros lugares del mundo, hay algo de cierto en esta concepción. Pero al mismo tiempo, muchos críticos han señalado que esta mirada particular de la globalización tiene algo demasiado pulcro –en primera medida, es demasiado apolítica. Los globalistas de derecha e izquierda han subrayado la prominencia de instituciones políticas emergentes en la escala global –el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Organización Mundial de Comercio (OMC) y otros similares– mientras que los críticos de izquierda han señalado rápidamente que el sistema del capitalismo global no funciona de manera tan directa. Aunque los capitalistas (y sus políticos) se vean atraídos hacia algún tipo de "estado" global, los estados reales todavía se encargan de buena parte del trabajo sucio que requiere el capital. De hecho, tal es el caso para autores como James Petras, quien argumenta que en realidad nada ha cambiado demasiado y que lo que todavía tenemos es en buena medida el imperialismo –occidental– de siempre¹⁷: efectivamente, más del conocido imperialismo histórico ("imperio") que del "Imperio" sin centro de Hardt y Negri. Ciertamente, las recientes acciones de Estados Unidos (y su ejército) como autoproclamado policía global –ahora más activo que nunca luego del 11-S y con las invasiones a Afganistán e Irak– parecen demostrar este tipo de realidad. Los manifestantes anti-globalización de un lado, y los que se oponen a la guerra y el imperialismo del otro, tienen que trabajar horas extras para encontrar un lenguaje común efectivo que pueda unificar con más precisión sus causas obviamente interrelacionadas.

Por su parte, Leo Panitch ha resaltado el rol del estado y ha criticado a la mayor parte de la literatura sobre la globalización por su "tendencia a ignorar el grado en que la globalización actual es tanto una autoría del estado como fundamentalmente un proceso de re-organización y no de trasvasamiento del estado"¹⁸. Al argumentar esto, Panitch busca eliminar "cualquier dicotomía falsa entre luchas nacionales e internacionales". Sin embargo, esta lectura también podría ser cuestionada dado que en cierto punto puede ser comprendida como un argumento complementario de la primacía de la "globalización". Por lo tanto, el rol que Panitch parece atribuirle al estado es el de agente necesario para la estabilización de los parámetros de integración uniforme de los países comprometidos en la economía global capitalista –incluyendo, dentro de los momentos más decisivos de dicho estado, el actuar como agentes de promoción de las aspiraciones globales de sus propios "capitales nacionales" que han decidido operar "transnacionalmente" (como por ejemplo, el caso canadiense). Al mismo tiempo, el argumento de Panitch guarda una distancia considerable respecto a formas más extremas de pensamiento –como las de Hirsts y Thompson– que insisten en ver al estado como el mismo agente activo de siempre dentro de la economía global.

Descartando la mayor parte de la literatura sobre globalización, estos autores describen al estado en su rol activo sólo en términos de promoción de la "competitividad" global de ciertos sectores nacionales de una economía

determinada –"refutando" así la hipótesis de la globalización e, irónicamente, haciéndose eco de la posición de los archi-globalistas, especialmente Teeple, en sus implicaciones para el Tercer Mundo. Porque aunque estos autores sugieren que el posible surgimiento de diversos "mecanismos y estrategias institucionales [para] asegurar un mínimo de gobernanza (*governance*) económica internacional, al menos en beneficio de las países más avanzados", no obstante argumentan que "dicha gobernanza (*governance*) [global] no puede alterar las desigualdades extremas entre esas naciones y el resto, en términos de comercio e inversión, ingreso y bienestar". Para ellos, de hecho, "la cuestión central no es tanto cómo la economía mundial es gobernable a través de objetivos ambiciosos como la promoción de la justicia social, la igualdad entre las naciones o un mayor control democrático por parte del grueso de la población mundial, sino cómo puede ser gobernable de algún modo"¹⁹.

Si este es el caso para "el grueso de la población mundial", ¿dónde deja esto entonces a los estados que están más allá del eje de "países capitalistas avanzados"? Para nuestros fines, podemos asumir junto a Panitch que los estados en el capitalismo avanzado tienen de hecho más libertad de maniobra económica de lo que las teorías de la globalización parecen inferir. Y también podemos reconocer en la actualidad la importancia de un estado en particular, dado que sería muy ingenuo no darle un mayor peso a EUA para comprender el funcionamiento actual de la jerarquía global. No obstante, la debilidad de las perspectivas centradas en el estado se vuelve más evidente cuando uno vuelca la atención hacia los estados del Sur. En este contexto, hay razones considerables para ser escéptico respecto del rol potencial de dicho estado en tanto agente activo de la promoción de la economía nacional. Esta realidad ha sido hábilmente capturada por un observador como Leys, quien, en su revisión global de la teoría contemporánea del desarrollo, afirmara que, especialmente en el Tercer Mundo, "la era de las economías nacionales y las estrategias nacionales ya pasó"²⁰.

Por supuesto, este argumento nos enfrenta nuevamente con la cuestión de la diversidad del Tercer Mundo, desde Asia pasando por América Latina hasta África. Tal vez no sea casualidad que el principal punto de referencia de Leys sea África, de donde él puede delinear un conjunto de medidas que en teoría podrían ser adoptadas internacionalmente con el fin de quitarle de encima a África el injusto peso de la economía global y facilitar el desarrollo aunque, no obstante, concluyendo que:

"El problema con tales ideas es que las mismas no son atractivas para quienes actualmente poseen la deuda africana, compran exportaciones africanas o se encargan de la ayuda oficial financiera a esos países. Tales ideas podrían llegar a parecer racionales solamente en un mundo que se encuentre rechazando la ideología actualmente predominante del mercado. Si bien este mundo debe llegar, todavía no se ha llegado a materializar y, mientras tanto, la tragedia africana seguirá desenvolviéndose"²¹.

Y aún cuando África presente el peor escenario de marginalización y explotación no transformable del capitalismo global, es también cierto que, en general, especialmente luego de la crisis financiera asiática y la caída libre de buena parte de las economías latinoamericanas, la narrativa de la teoría del desarrollo que alguna vez se sustentara en la premisa de estrategias viables de capitalismo nacional para realizar una forma expansiva de desarrollo, suena bastante anticuada²². En los términos de Bill Graf, "el estado del Tercer Mundo

está disminuido y más subordinado que nunca desde la era colonial. Sus elites están mas externalizadas y su influencia sobre la soberanía nacional es más tenue que nunca"²³.

¿Qué hay de variantes más de izquierda del estado desarrollista? La desaparición de la mayor parte de los socialismos del Tercer Mundo (la "recolonización" de Mozambique, por ejemplo, que describiera tan bien David Plank²⁴) y la aparente facilidad con que el Brasil de Lula o la Sudáfrica de Nelson Mandela y Mbeki han sido arrojados a las redes del capitalismo global, no representan muy buenos augurios. ¿Acaso esto nos empuja necesariamente hacia una "política global" como clave para destrabar el futuro del Sur? No todos argumentarían a favor de esto. Tal es el caso, por ejemplo, de la fuerte reivindicación de Bienefeld a favor de una continuada primacía dentro de las prácticas de izquierda de una política centrada en el estado-nación. En sus propios términos, dada "la total incapacidad de concebir, ni que hablar de construir, un proceso político significativo de escala global", la necesidad "de un manejo global del proceso competitivo, o de una economía socialista, debe ser construida en las unidades sub-globales, es decir, nuestros conocidos 'estados nacionales'"²⁵. Una vez más, parece difícil evitar la sospecha de que este es un argumento aparentemente más fácil de sostener para los países avanzados del capitalismo que para aquellos que están firmemente ubicados en los escalones más bajos de la jerarquía global. A pesar de esto, en una línea similar de pensamiento, Graf mismo concluye que pese a la evaluación negativa de la naturaleza actual del "estado en el Tercer Mundo", sólo el estado (aunque todavía principalmente un estado "teórico" en su expresión),

... puede ofrecer una *agencia* factible capaz de congrega a las múltiples fuerzas contra-hegemónicas en los estados periféricos. El poder económico estatal en el Sur es el único que tiene alguna chance de enfrentarse, oponerse o negociar con el poder económico penetrante del capital internacional... sin lugar a dudas, además, sólo el estado, en combinación con otros estados, puede forjar proyectos emancipatorios colectivos contra los poderes hegemónicos²⁶.

Aquí Graf se hace eco explícito de Panitch, quien no sólo resaltó en su fecundo artículo la continua prominencia del estado en tanto "elemento constitutivo" del capitalismo global, sino también "la necesidad de la izquierda de desarrollar sus propias estrategias para transformar al estado, incluso como medio para desarrollar una estrategia internacional apropiada"²⁷. Se trata de un argumento fuerte, más aún cuando uno lo contrasta con la política más nebulosa y sin mediaciones de la "multitud" que Hardt y Negri celebran como el único medio capaz de imponerle una lógica humana al capital. Autores como Bienefeld y Graf nos fuerzan a pensar más claramente acerca de qué mecanismos, más allá de la escenificación de la manifestación, serían capaces de producir, de manera sustentable y prolongada, un poder real y efectivo para hacerle frente al capital global (y al estado imperial americano). Así y todo, Negri y Leys no están tan equivocados tampoco: hay también un dominio de los dictados del capitalismo global que, a través del accionar de las Instituciones Financieras Internacionales (IFIs), la OMC y las agencias internacionales de inversores móviles y compradores compulsivos de dinero, no puede en realidad ser domesticado por ningún estado del Tercer Mundo, por más progresista que sea, ni tampoco ser reducido al accionar de los estados occidentales, por más

importantes que dichas acciones sean en general. El hecho es que "Imperio" (el mundo de la globalización capitalista) e "imperio" (el mundo del imperialismo occidental) coexisten: estructurando, aunque no de la misma manera, tanto las circunstancias que generan desigualdad global (este es el objetivo a cambiar por parte de la actividad progresista) como las distintas modalidades que promueven dicha actividad (este es el modo más prometedor de "nombrar al enemigo" y construir la lucha en su contra). En este sentido, evitar dicotomías engañosas es una de las cuestiones centrales de las que la "teoría del desarrollo" debería ocuparse, aún cuando caigamos en la tendencia real y no retórica de ligar lo global y lo nacional (por no mencionar "lo local", a lo que retornaremos luego) como espacios (*sítes*) pertinentes de lucha.

3. "Desarrollo" vs. "anti-desarrollo"

¿Teoría del desarrollo? Aquí nos enfrentamos con otro lenguaje que se le ha ofrecido convencionalmente a aquellos dispuestos a tratar dicha cuestión: el lenguaje del "desarrollo" (al igual que la dicotomía entre países "desarrollados" y "subdesarrollados", usualmente hace referencia a nociones totalmente diversas en cuanto a la importancia relativa del crecimiento económico, la mejora material en la calidad de vida de las personas o definiciones más amplias de realización humana). Dado que este término ha despertado tanta furia y polémica desde la izquierda y la derecha del espectro político, merece nuestra atenta consideración, especialmente teniendo en cuenta que gracias a esto sigue reinando la confusión.

Aunque no sin precedentes históricos, el "proyecto de desarrollo" fue un producto de la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. El mismo apelaba a "un universo intelectual y... una comunidad moral" compartidos a la vez por países ricos y pobres, y estaba fundado en "la convicción de que la mitigación de la pobreza no sucedería simplemente por medio de los mecanismos auto-reguladores del crecimiento económico o la transformación social, sino que más bien requería una intervención concertada por los gobiernos nacionales de las naciones ricas y pobres en coordinación con un cuerpo emergente de ayuda internacional y organizaciones desarrollistas". Eminentemente modernista (y capitalista) en sus presupuestos, esta agenda desarrollista (a menudo articulada como "teoría de la modernización") para las "naciones emergentes" era el gemelo tercermundista de la agenda keynesiana, en ascenso en los centros capitalistas avanzados. Por su parte, los críticos de este modelo convencional no eran menos "modernistas" y desarrollistas. Bajo el término "teoría de la dependencia", el grupo más articulado de estos críticos respondía que en realidad era la jerarquía existente entre países ricos y pobres la que justamente constituía el principal obstáculo estructural para la realización de un desenlace positivo para los pobres del mundo. Había también variantes dentro de esta corriente, algunos tenían una orientación más reformista y otros una más revolucionaria y abiertamente socialista (a lo largo de líneas tanto marxistas como populistas)²⁸. No obstante, el devenir histórico pronto demostraría que lo que unía a la teoría de la modernización con la teoría de la dependencia –el imperativo de transformar materialmente la vida de las personas y la sabiduría de utilizar al estado como instrumento clave para facilitar dicha transformación (ya sea por medio del capitalismo o del socialismo)– era tan importante como lo que las dividía.

Pero estas premisas compartidas pronto serían objeto de los ataques tanto de la izquierda como de la derecha, un ataque simultáneo que ha dado lugar al oscuro terreno en que hoy se encuentra la teoría del desarrollo (post-, neo-, anti-). Desde la derecha vino la "contra-revolución"²⁹ neoliberal –todavía ampliamente influyente dentro de los círculos de poder– que al parecer se lanzó tanto contra las teorías keynesianas capitalistas/desarrollistas como contra cualquier teoría de izquierda. Este proyecto "ultra-modernizador" (como lo bautizaran Cooper y Packard) fue promulgado en nombre de la liberalización radical del mercado y la consiguiente promesa de que con sólo sacar del camino al estado y a los "desarrollistas", se obtendrían resultados óptimos para todos. Mientras tanto, desde los setenta en adelante, la caída de los precios de las materias primas y la subida del precio del petróleo combinado con el nuevo régimen americano de altas tasas de interés empujaba a los países del Tercer Mundo hacia un mayor endeudamiento que los haría más vulnerables a los dictados externos. En el marco triunfalista de Thatcher y Reagan, la nueva ortodoxia de la "libertad" se difundió a través de las IFIs, generando así el llamado "Consenso de Washington" que se convirtió en el sentido común dominante de la globalización capitalista, especialmente en el Tercer Mundo, hacia fines del siglo XX. Por "libre", no obstante, léase "libremercado", el cual también fue presentado como la quintaesencia del tipo de "democracia" (mejor definida como "poliarquía" o "democracia de baja intensidad") que estos revolucionarios capitalistas proponían. Ciertamente, otros han intentado quitarles el discurso de la "libertad individual" a los defensores del libre mercado para fines más humanos (por ejemplo, Amartya Sen³⁰). Sin embargo, para muchos dentro de la izquierda lo que requiere ser más urgentemente reevaluado es la noción de colectividad social (noción que, a su vez, debe ser liberada de las connotaciones negativas y antidemocráticas que tuvo en el pasado).

La fuerza revigorizada del capital global y el estado americano, como así también de la ideología neoliberal que personifica su proyecto, ha puesto a la izquierda desarrollista a la defensiva – también hicieron lo suyo el fracaso/derrota de las alternativas socialistas como estrategias económicas y vehículos de autoexpresión democrática. En este contexto, un ataque sobre las pretensiones de la teoría del desarrollo preexistente también se puede encontrar desde la izquierda (definida en términos muy amplios), generalmente ligada a las reivindicaciones del "post-modernismo de oposición", el anarquismo y el ambientalismo, y cuestionando al mismo tiempo las premisas "modernizantes", "occidentalizantes" y anti-democráticas de esa ortodoxia. Este es el universo discursivo de "el desarrollo apestado" que entiende al proyecto de desarrollo como abrumadoramente eurocéntrico y modernizante, y a su énfasis en el crecimiento y la participación en la escala global como básicamente funcional a los intereses económicos occidentales³¹. Con este argumento, muchos escépticos del desarrollo han tendido a subrayar el modo en que las reivindicaciones de las mujeres, los oprimidos racialmente y los portadores de diversas culturas se han diluido en las grandes abstracciones del desarrollismo³², como así también el grado en que la integridad y el potencial de muchas iniciativas locales han perdido especificidad en nombre de las grandes teorías, quitándole así poder y peso a otras tantas luchas "contra-hegemónicas". Por su parte, otros han puesto el acento en la forma en que el lenguaje del desarrollo, con su sesgo productivista y su arrogancia ilustrada, ha

opacado las preocupaciones ambientalistas que son de vital importancia para la supervivencia de humanidad como un todo.

Pero aún aceptando la necesidad de una nueva sensibilidad –a fin de superar la arbitrariedad de las ONGs y aquellas agencias occidentalistas y, por ejemplo, poder fundamentar mejor nuestro entendimiento de las desigualdades globales dentro del marco de la diversidad de demandas de distintas localidades, culturas e identidades– no es necesario abandonar toda visión del "desarrollo". Sutcliffe, por ejemplo, ha sido muy convincente respecto de la necesidad de unir las preocupaciones ambientalistas con un agudo sentido de los problemas de la desigualdad global: "El conflicto entre los pobres de hoy y los que aún no han nacido es tan extremo que la posibilidad de reducir el impacto ambiental negativo que producen los ricos de hoy no es ni siquiera contemplada ... Por lo tanto, el desarrollo humano corre el riesgo de volverse insustentable a menos que haya redistribución; y el desarrollo sustentable corre peligro de volverse antihumano a menos que sea acompañado por redistribución"³³. Pero esta perspectiva, a su vez, ha llevado a Sutcliffe más lejos en favor de la posibilidad de vislumbrar (aunque con prudencia y no apologeticamente) un desarrollismo de izquierda. En sus propios términos,

La crítica respecto al modelo standard de desarrollo resulta por momentos demasiado absoluta. Debido a que su antiguo destino, el cual es experimentado a diario en Occidente, se ha vuelto tan poco satisfactorio, hay toda una tendencia a rechazar los aspectos de este modelo en su totalidad. Junto al consumismo se desprecian la ciencia, la tecnología, la urbanización, la medicina moderna y demás. A veces, incluso, se presenta junto a un posdesarrollismo nostálgico y conservador. En todo proyecto existe el peligro de perder al bebé cuando tiramos el agua sucia donde se lo bañaba. En este caso, el bebé son las condiciones materiales, económicas y productivas en que cualquier utopía se puede, citando las sugestivas palabras de Vincent Tucker, imaginar y negociar democráticamente entre los habitantes de la tierra ... Un modo de reformular todas estas preocupaciones sería afirmar que, en la práctica, el desarrollo y la globalización se experimentan en condiciones de bienestar y poder profundamente dispares tanto entre naciones (imperialismo) como entre clases y sexos (explotación capitalista de clase y patriarcado). Es necesario entonces distinguir cuáles de los aspectos rechazados del desarrollo y la globalización son inherentes a dichos conceptos y cuáles surgen debido a las circunstancias desiguales en que los experimentamos. Si los rechazamos completamente por la forma en que se manifiestan, estaremos siempre luchando contra el enemigo equivocado³⁴.

Esta es una posición que, de acuerdo a mi experiencia, resuena en muchos activistas de la justicia social en el Sur y en teóricos como Cooper y Packard para quienes "la maravillosa ambigüedad del término desarrollo" sugiere que "lo que en determinado nivel parece un discurso de control, en otro es un discurso de autorización, un modo de capturar el imaginario público nacional relacionado a demandas de igualdad y decencia"³⁵. De manera similar, Frans Schuurman, quien dice ser "particularmente no muy sensible al criticismo planteado por el posmodernismo contra el concepto de emancipación por el sólo hecho de ser una noción de la Ilustración", ha argumentado que "una noción universal, aunque contextualizada, de justicia es todavía mucho más atractiva para reivindicar los estudios de desarrollo como un ámbito normativo y políticamente progresista que cualquier intento posmoderno en esa dirección":

La esencia misma de los estudios de desarrollo es la preocupación normativa por los pueblos pobres, explotados y marginados del Sur. En este sentido, es la *desigualdad* más que la *diversidad* o la *diferencia* la que debería constituir la coordenada central de los estudios de desarrollo: desigualdad de acceso al poder, a los recursos, a la existencia humana –en resumen, desigualdad de emancipación. Sin lugar a duda, hay una diversidad de formas, experiencias y estrategias para cubrir la desigualdad que merece formar parte integralmente del ámbito de los estudios de desarrollo. Tampoco caben dudas de que la globalización va a aportar nuevas formas de desigualdad y nuevas formas de resistencia. No obstante, es la desigualdad como tal la que debería constituir la categoría explicativa central de los estudios de desarrollo³⁶.

Sólo necesitamos completar esta visión con la perspectiva más explícitamente anti-capitalista de Leys –articulada en la conclusión de su impresionante estudio acerca del estado actual de la teorización sobre el desarrollo citado anteriormente– a fin de refundar un desarrollismo de izquierda revolucionario más prometedor. Como él argumenta, debemos "reavivar la teoría del desarrollo, no como una rama de las ciencias sociales orientada a políticas públicas que se enmarcan dentro de los parámetros de un incuestionado orden capitalista, sino como un ámbito de cuestionamiento de la dinámica de dicho orden". Más aún, continúa, "si, como me temo, no parece haber mucho margen para que se dé un cambio –especialmente en los países pequeños y terriblemente subdesarrollados– si no es a través de una subordinación radical del capital al control democrático, la teoría del desarrollo deberá ocuparse de esto y de los agentes capaces de llevarlo a cabo"³⁷.

II. Resoluciones

1. Las variantes limitadas de "reforma"

"Una subordinación radical [del capital] al control democrático": esto puede ser entendido como un llamado a la revolución socialista, un tema al que volveremos en la conclusión. Sin embargo, debemos notar que se ha hecho evidente para todo el mundo, incluso para aquellos que ven favorablemente al capitalismo como un sistema aceptable y defendible, que su articulación neoliberal no funciona tan bien como se esperaba, especialmente para los más pobres. El terreno de la "reforma" global propuesta para este sistema fue incisivamente examinado por Patrick Bond en varios de sus artículos³⁸. En resumen, simplemente voy a hacer referencia a tres respuestas "reformistas" que difieren entre sí pero que tienen particular resonancia global. El primer grupo tiene que ver con el malestar social (el "caos sistémico" de Arrighi) que este sistema fallido produjo en la "periferia" –los fundamentalismos y xenofobias, el caos interno y eventualmente dictadores impredecibles–, el cual tiene una tendencia a redefinir los problemas resultantes principalmente en términos de "intereses de seguridad" (especialmente los intereses de seguridad del estado estadounidense). Por supuesto que los que se enmarcan dentro de esta perspectiva no ven el problema como un fracaso del sistema capitalista. Por el contrario, los partidarios de esta doctrina neoconservadora de seguridad (como lo ejemplifica el actual equipo de Bush) son en realidad fieles devotos de las virtudes del capitalismo; sus vínculos con los sectores del capital asociados al petróleo, el ejército y la construcción son bien conocidos.

Más aún, cuando sus propios intelectuales conceptualizan al imperio dentro del lenguaje de la seguridad, hacen invariablemente una reverencia cordial a las virtudes de la "globalización" –asumiendo con esto que la economía capitalista

global, en tanto categoría residual, ante todo distribuye con benevolencia, y que su generosidad bien podría realizarse plenamente si las irrationalidades de la política del Tercer Mundo fueran despejadas del camino. Para ellos, es la gente del Sur la que ha hecho fracasar al capitalismo y no a la inversa. A veces esta lectura es entendida en términos cuasi-racistas, como en la aclamada obra de Robert Kaplan³⁹. Pero cualquiera sea el argumento, la necesidad de imponer orden es lo esencial, y la proyección de esta tarea generalmente alcanza proporciones espeluznantes. De esta manera, para el consejero de seguridad de EUA, Thomas Barnett, "desconectarse [de la globalización] define una situación de peligro: el régimen ilegal de Saddam Hussein está peligrosamente desconectado del mundo globalizado, sus reglas, normas y todos aquellos lazos que unen a los países en mutua dependencia". En resumen, el peligro está en "la Brecha de No Integración" (*Non-Integrating Gap*), en toda esa parte del mundo que está fuera del "centro" y que simplemente "no está funcionando"⁴⁰ –y por eso no sólo es necesaria e inevitable la guerra en contra de estos países, sino también un bien deseable". En términos generales, afirma Barnett,

Hay una regla de seguridad básica: el potencial de un país que justifique la respuesta militar de EUA es inversamente proporcional a su conexión con la globalización ... Siempre es posible caerse del tren de la llamada globalización. Si te caes, viene el derramamiento de sangre. Si tienes suerte, también vendrán las tropas norteamericanas.

Nótese, sin embargo, que no sería muy prudente ver las acciones que toman estos procónsules e ideólogos del "imperio" como emulaciones directas de la lógica del capital. *Raison d'état* y moral religiosa son elementos importantes, y por sí mismos ayudan a comprender que el tipo de globalización que defienden Bush y sus secuaces –neoliberalismo salvaje– viene, en buena medida, del cañón de un arma.

Un segundo grupo de "reformadores", que podríamos describir como habitantes del "Imperio" mundial más que del "imperio" (aunque, está de más aclarar, sus políticas también están muy influenciadas por las presiones del estado norteamericano y los intereses que van detrás de él), son más correctos y menos proclives a usar la fuerza abiertamente. En la práctica, ciertamente, han estado igualmente preocupados por remover la más mínima tendencia de corrupción en los estados del Tercer Mundo que pudiera introducir desviaciones y formas rentistas (*rent-seeking*) en el mercado. Pero para ellos –al igual que para los sectores financieros, industriales y tecnológicos del capital que están menos a gusto con las políticas duras del imperio– la disciplina funcional al capital debe fluir principalmente de la "mano invisible" del mercado (obviamente, un sistema de poder bastante efectivo por sí mismo). Se ha logrado mucho con el alejamiento de las IFIs respecto de las formas más extremas del mesianismo de libre mercado, aunque más por parte del Banco Mundial que del FMI y la OMC. Y se puede efectivamente rastrear la importancia creciente de ciertas adquisiciones no económicas en el discurso elegido por el Banco Mundial como "alivio de la pobreza", "*empowerment* local", "capital social"⁴¹ y "buena gobernanza" (este último, por ejemplo, busca invocar las virtudes de un "estado capacitado" más eficientemente para promover la actividad capitalista)⁴². Esta batería de notas al pie de página del neoliberalismo es muy atractiva para algunos, especialmente dentro del mundo de las ONGs tanto del Norte como del Sur. Pero, en definitiva, estas notas al

pie contribuyen muy poco a explicar el grado en que las IFIs, todavía enmarcadas en el "Consenso de Washington", siguen viendo el desarrollo en el Tercer Mundo como condicional al pago de la deuda, la adopción de "ventajas comparativas" en tanto proveedores de productos primarios y una gama limitada de productos industriales, así como también al hecho de abrirse lo más atractivamente posible a la inversión extranjera.

Para el caso, ¿qué diferencia hay entre Bush y el Banco Mundial si, en definitiva, ninguno posee una visión encaminada a producir un capitalismo menos parasitario, o más positivamente transformador de las condiciones materiales de la vasta mayoría de la población del Sur? Dentro del campo del "Imperio" hay, sin embargo, un tercer grupo que promueve una perspectiva más factible de reformas, y que tal como las ofertas edulcoradas del Banco Mundial están primariamente formuladas en términos economicistas más que en términos de seguridad. No es que este grupo sea indiferente a las irrationalidades políticas que hoy acechan al mundo fallido del capitalismo o a la profundización de la pobreza global. Pero están más preocupados por las contradicciones del proceso de acumulación capitalista que el Consenso de Washington (ya sea vistiendo en equipos militares o trajes de negocios) hoy amenaza con exacerbar. Los miembros de este grupo se preguntan en voz alta si las políticas provenientes de dicho consenso son realmente capaces de maximizar la tendencia del sistema a constituirse como el motor de transformación de la reproducción ampliada (y, en el largo plazo, aún más rentable). Desde la izquierda, Robert Biel ha argumentado que el problema se centra en la tensión existente entre las ganancias de corto plazo y "las condiciones de largo plazo –la reproducción social y económica del trabajo". Por lo tanto, el hecho de que desde la década del setenta en adelante los protagonistas del neoliberalismo han usado estratégicamente "la "deuda" como mecanismo de ruptura de las resistencias en el Sur para poder así ajustar esas regiones a las demandas del nuevo sistema de acumulación, deja abierta una pregunta: [los programas de ajuste estructural] pueden haber sido efectivos en destruir lo viejo, pero esto no implicó necesariamente que se generaran las bases estructurales para una auto-reproducción estable dentro de los marcos del actual régimen de acumulación"⁴³. Lo que es clave aquí es la virtual imposibilidad del sistema actual –hoy más que nunca vehiculado por la actividad especulativa de los propietarios del capital financiero más que por la "inversión productiva"– de actuar "racionalmente" en el nivel agregado.

Dentro del mundo del capital, nuestro tercer grupo expresa intereses similares respecto al estado actual de las cosas. Un ejemplo es el genio de la especulación global de la moneda, George Soros⁴⁴, como así también Paul Krugman, quien advirtiera sobre la actual prominencia de una "economía de la depresión" (*depression economics*), en la que precisamente por razones ideológicas (léase: neoliberal) se han descartado los medios necesarios para planificar mundialmente intervenciones criteriosas de los mercados financieros y otras esferas que facilitarían la reproducción ampliada⁴⁵. También se pueden escuchar de vez en cuando voces de advertencia dentro de las propias IFIs con respecto al oscuro futuro de las economías más pobres ante tanta presión y especulación de mercado. En este sentido, han sido muy significativas las lecturas de Joseph Stiglitz⁴⁶, Ravi Kanbur y Dani Rodrik (aunque también debemos tomar nota de lo rápido que estas figuras han sido dejadas de lado una vez que se les ha colgado el cartel de disidentes). Pero aún si

aceptáramos por un momento el potencial abstracto de este modelo de capitalismo disciplinado que defienden dichos pensadores, habría que preguntarse qué probabilidades reales hay de que esta invocación al cuasi keynesianismo sea efectivamente considerada. Uno sospecha que no muchas. Porque no parece haber demasiadas perspectivas de que se desarrollen mecanismos políticos capaces de imponer (en teoría) la lógica expansiva del capital sobre las actividades principalmente destructivas (desde el punto de vista del pobre) de los múltiples capitalistas en el mundo real de la competencia. De hecho, en el futuro previsible, la realización de cualquier forma de "keynesianismo global" parece mucho más utópica que la globalización realmente existente de la más mínima aspiración socialista: como dijo una vez Przeworski, el capitalismo actual es profundamente "irracional"⁴⁷.

Por su parte, obviamente, las elites del Tercer Mundo juegan con los márgenes de estas divisiones intra-establishment, sosteniendo "el ejemplo del Sur" a fin de lograr algún grado de condonación de sus deudas, invocando al Norte a respetar sus propios principios de "libre mercado" (irónicamente, las barreras tarifarias en este último están generalmente concebidas para frenar y no para incentivar la entrada de productos del Tercer Mundo) y tratando de incentivar una aún menos probable transformación económica basada en más inversión directa extranjera. La respuesta de la OMC en la cumbre de Doha en 2001 o la del G-8 en Evian, Francia, en 2003, por ejemplo, ha sido escasa incluso para los esfuerzos de reforma más moderados del Tercer Mundo. También lo han sido otras cuestiones como el apoyo simbólico del Norte a las Iniciativas de los Países Pobres Fuertemente Endeudados. Y sin embargo, pese a este record, iniciativas capitalistas como la de la Nueva Asociación Africana para el Desarrollo Africano (NAADA) llevadas a cabo por líderes africanos como Thabo Mbeki (más allá de las objeciones de varios de sus compatriotas dentro de la "sociedad civil") siguen en auge⁴⁸.

Es cierto que habitualmente el progresismo moderado de programas como NAADA se parece más a artilugios que disfrazan la incorporación de dichas elites (y sus propios intereses de clase) dentro del "círculo interno" de la jerarquía social de Hoogvelt en lugar de representar un intento real por satisfacer las necesidades de las masas populares de los países perjudicados. De todos modos, muchos teóricos y agencias de desarrollo se han alineado con esperanza detrás de tales iniciativas y elites (un ejemplo es el giro a la derecha de la OXFAM-Internacional). Con cierto aire de *realismo*, estas agencias buscan lograr un arreglo mejor para la región global del Sur dentro de lo que al parecer se ha convertido en la única vía posible. En ese caso, una siniestra y poco prometedora elección para hacer.

2. Los desafíos de la "revolución"

En resumen, no hay ninguna evidencia que indique que el sistema capitalista global pueda o vaya a reformarse con el fin de corregir la expansión creciente de la desigualdad global o permitir el más mínimo desarrollo significativo para las grandes mayorías de población mundial: muy por el contrario, parece estar destinado por mucho tiempo a producir ganancias sólo para unos pocos, junto con una pobreza lacerante para el resto. Tampoco hay nada inevitable acerca del derrocamiento de este sistema. De hecho, en la medida en que se multiplican los síntomas morbosos de su poder desenfrenado (los que se manifiestan, por ejemplo, en varias formas de fundamentalismos y xenofobias en el Sur), resulta analíticamente más probable ver en el futuro previsible un

desenlace de capitalismo con barbarie que de socialismo con desarrollo alrededor del mundo. Pese a ello, es la tarea de la izquierda facilitar la comprensión de este lamentable tránsito que ha tenido lugar en el mundo bajo la égida del capitalismo y convertirlo en un elemento de sentido común popular tanto como sea posible. Y también debemos preguntarnos qué tipo de contrapoderes podrían aún mantener en la agenda las luchas para transformar el sistema existente de capitalismo virulento.

Tal vez podamos extraer algunos lineamientos de los escritos de Robert Biel, cuyo punto de partida en esta cuestión es cercano al mío⁴⁹. Su premisa central es comprender el sistema global actual como una búsqueda deliberada por establecer en el Tercer Mundo el imperativo de la acumulación del capital sobre la base de un dominio sin mediaciones del capital global. De acuerdo al autor, se trata de un sistema en el que las políticas se reducen "a la cuestión de 'adaptar' un país del Sur al sistema global creando las condiciones locales necesarias (por ejemplo, reduciendo la interferencia de los burócratas locales) para que el capital se desplace sin obstáculos"⁵⁰. Para Biel, sin embargo, este sistema nuevo ha creado al mismo tiempo un problema fundamental para "el Norte" al poner la legitimidad de los estados del Tercer Mundo bajo tanta presión: "La 'economía nacional' es uno de los mejores inventos del capitalismo para ejercer control social y las nuevas formas de dominio que yo caracterizo como 'pos-neo-coloniales' son, por lo tanto, muy riesgosas". A continuación, el autor elabora más en extenso esta cuestión.

La nueva visión puede parecer viable para las elites en la medida en que presenta al Norte y al Sur unidos por un modelo económico único de libre-mercado (en contraposición con la división del régimen de posguerra entre un Norte keynesiano y un Sur desarrollista). Pero, en realidad, el libre mercado es la expresión de relaciones de poder profundamente desiguales, y la consecuencia práctica de todo esto es demasiado obvia para las masas: para dar sólo un ejemplo, [el libre mercado] conduce a un virtual monopolio del Norte sobre el consumo masivo⁵¹.

"Demasiado obvio para las masas": ojalá las cosas fueran así de simples. Aunque tampoco se les escapa demasiado, considerando el alto nivel de oposición y movilización mundial.

En las secciones previas de este artículo, y en otra literatura pertinente citada anteriormente, aparecen algunos indicios en relación a la naturaleza específica de esta oposición⁵². Aquí me limitaré simplemente a sugerir algunas de las cuestiones más urgentes relacionadas con el espacio, la agencia y el imaginario dentro de las que se puede definir y promover una resistencia radical y efectiva al capitalismo. En lo que refiere al *espacio* (global, nacional, local) más apropiado de lucha, por ejemplo, ya hemos discutido algunas de las tensiones aparentemente ineludibles entre lo global y lo nacional, especialmente en el Tercer Mundo. Actualmente, sin embargo, el énfasis es algo diferente. El eslogan liberal de izquierda "Piensa globalmente, actúa localmente" ha demostrado ser bastante atractivo para aquellos que buscan desafiar más radicalmente al sistema global. Sus luchas se definen en términos locales contra las formas más inmediatas de depredación por parte de las compañías globales, los estados imperiales y sus intermediarios locales –por ejemplo, contra la explotación y las violaciones ambientales más feroces; el levantamiento zapatista; la resistencia de los Ogoni en el delta del Níger contra

Shell—, las cuales han capturado buena parte del imaginario radical de los últimos años⁵³.

Se ha dicho que tales acciones —en los términos de David Harvey, "particularismos militantes"— constituyen los cimientos de las afirmaciones globales más efectivas. Pero aún si este fuera el caso, no es menos cierto que el énfasis en las virtudes de lo local ha sido también una marca registrada del Banco Mundial y los suyos como parte de su altamente sospechosa agenda contra el estado. Al mismo tiempo, los intereses localistas pueden a veces servir tanto a versiones extremas de anti-desarrollismo de izquierda como minar formas de acción anticapitalistas potencialmente hegemónicas por tener una escala mayor a lo local. Una vez más, debemos evitar las falsas dicotomías y reflexionar acerca de las formas más efectivas de ligar las acciones locales con los proyectos nacionales. En esta última cuestión, el líder activista del movimiento social de Sudáfrica, Trevor Ngwane, por ejemplo, bien podría estar citando a Bienefeld, Graf o Panitch cuando sobre la base de su propia experiencia, afirma que:

... la cuestión del poder político es crucial. Algunos atacan la idea de tomar el poder estatal —el argumento de que la globalización socava el rol del estado-nación se ha convertido en una excusa para no luchar con sus propias burguesías. Pero nosotros, en Sudáfrica, no podemos enfrentar a Mbeki y al Congreso Nacional Africano (ANC). Los activistas norteamericanos no pueden confrontar a Bush. El liderazgo del Congreso de los Sindicatos Sudafricanos (COSATU), el Partido Comunista (SACP), se contenta con luchar contra el imperialismo en cualquier lado menos en casa. Es bueno movilizarse en contra de las cumbres en Seattle, Génova o Doha, pero tenemos serios problemas para perseguir a la elite global alrededor del mundo —no es algo que la gente pobre pueda hacer ... El punto, entonces, es que tenemos que construir desde donde estamos⁵⁴.

Y más allá del estado-nación mismo hay otras esferas sub-globales, potencialmente viables para la acción progresista, donde se concentran resistencias de escala regional (por ejemplo, el Foro Social Africano y otras organizaciones paralelas en Asia) o incluso a lo largo de todo el Sur.

En relación a la cuestión de la *agencia*, aquellos que han dramatizado más la naturaleza estrictamente globalizadora del momento capitalista actual son al mismo tiempo quienes han estado más inclinados a resaltar exclusivamente la pura diversidad de resistencias —Castells de manera muy ecléctica y poco sistemática, y Hardt y Negri en términos de una invocación poética al despertar de la fuerza de la "multitud". Otros encaran la cuestión más sobriamente y enfocan igualmente el amplio espectro en que identidades (en términos de raza, género, etnonacionalismo y religión) y localidades son afectadas negativamente por la desigualdad global, al mismo tiempo que son capaces de enfrentarla en la medida en que chocan entre sí bajo la forma de explotación, exclusión y mercantilización de las necesidades básicas. Se suele decir que esta humillante diversidad de situaciones se expresa efectivamente en una rica diversidad de "movimientos sociales", los cuales componen lo que Naomi Klein denominó como "movimiento de movimientos": un actor colectivo difuso que apareció en Porto Alegre y Seattle, concentrando reivindicaciones más globales en torno al agua, la salud, el endeudamiento y cosas por el estilo⁵⁵. Sin duda hay algo interesante acerca de esto y, como he señalado en otra parte, los marxistas y los socialistas tendrían que prestar mucha más atención de la que

generalmente prestan a las voces de la diversidad y a las definiciones locales de necesidades, formas de acción e integridad cultural⁵⁶.

Pero por otra parte, la celebración de la diversidad y la espontaneidad (la revuelta no sólo contra la opresión sino también contra las prácticas políticas antidemocráticas que dejaron la izquierda y varios "socialismos del Tercer Mundo")⁵⁷ no debería clausurar la necesidad de adoptar un nivel mayor de organización efectiva y claridad ideológica a la hora de confrontar un sistema tan poderoso –especialmente cuando dicho sistema cuenta en todos sus niveles (local, nacional y global), cuando le es necesario, con estados poderosos que refuerzan las irracionalidades del mercado. Por lo tanto, es importante rescatar el planteo de Leys acerca del necesario surgimiento de proyectos "unificados" y hegemónicos, *qua* agentes:

A primera vista, se tratara necesariamente de una multiplicidad de proyectos, [representando] las aspiraciones de distintos grupos, movimientos y personas en diferentes sectores, naciones y regiones. No obstante, a menos que estos se unan para confrontar el poder político y económico de los estados y las transnacionales, en última instancia, van a fracasar... Como mínimo, se necesitan movimientos ampliamente nacionales y/o partidos capaces de ejercer poder estatal que se hagan sentir en las instituciones supra nacionales⁵⁸.

Tanto énfasis en la diversidad tampoco debería opacar la importancia crucial que tiene el análisis de clase, actual y potencial⁵⁹, de estas agencias, dado el rol clave que los obreros del Sur y sus sindicatos han tenido al mantener vigentes las cuestiones anti-capitalistas y anti-imperialistas dentro de la confusa mezcla de resistencias globales⁶⁰. Pero también deberíamos evitar caer en el abuso de categorías marxistas que incorporan a los desempleados y marginados del Sur dentro del concepto de "ejército de reserva" con el fin de preservar la hipótesis de la "revolución proletaria" y los movimientos emergentes de vocación necesariamente socialista. Como ya hemos señalado, dichas poblaciones resisten con una variada gama de identidades e reivindicaciones (incluso los que, movidos por la desesperación y la falta de alternativas más progresistas, tienden a movilizar el fundamentalismo más autodestructivo e ideologías xenófobas). De todos modos, alguna forma de conciencia de clase en la mayoría de la población del Sur se puede todavía encontrar en la definición expansiva de clase que sostuvieron Post y Wright unos años atrás:

El funcionamiento del capitalismo en algunas zonas periféricas no sólo prepara para la revolución socialista a una minoría obrera sino también a los campesinos y otras clases trabajadoras, a las mujeres, los jóvenes y otras minorías, incluso cuando la manifestación política de estas fuerzas no tome en principio la forma de un movimiento socialista. En el caso de aquellos que *no* son asalariados (la clase tradicionalmente asociada a ese orden), como el capitalismo ha permeado tanto las relaciones sociales que determinan su existencia –incluso si no han seguido el patrón de "liberación" de la fuerza de trabajo de Europa occidental– su única salvación será liberarse de éste... La necesidad objetiva del socialismo para estos sectores no es menor que la del obrero atrapado en la fábrica y disciplinado por el látigo del desempleo... Encontrar otro camino se ha convertido ... en una necesidad urgente si la alternativa del continuo y creciente barbarismo ha de ser evitada⁶¹.

Nótese, sin embargo, que el tipo de "conciencia de clase" que se desprende de este párrafo es algo que debe ser conquistado políticamente y no simplemente asumido.

¿Y qué hay, finalmente, del "imaginario" y los términos en que las luchas en marcha pueden ser mejor concebidas y defendidas? El énfasis en la variedad de "fuerzas dispares" y los "particularismos múltiples" desde donde se construyen cada vez más luchas radicales ha puesto la cuestión de la "democracia" en la agenda de la izquierda contemporánea. Con esto, usualmente, se busca deliberadamente subrayar el contraste con las prácticas del pasado arraigadas ostensiblemente en los partidos de clase obrera y los movimientos revolucionarios nacionales. Más aún, el imaginario democrático puede ser especialmente atractivo para todos aquellos que deben confrontar, como es el caso en el Tercer Mundo, la realidad inmediata de la opresión autoritaria del estado (por no hablar de la falta de transparencia de la mayoría de las instituciones globales cuyas decisiones tienen un impacto tan marcado en el destino de las personas). El imaginario democrático es entonces un lenguaje de *empowerment* potencial que bien vale la pena arrebatarse a todos aquellos que, especialmente en el Norte, lo manipulan sin escrúpulos. Al mismo tiempo, creo que debe ser fuertemente resistida cualquier tentación por parte de la izquierda de desarrollar su proyecto de resistencia a la opresión exclusivamente en esos términos –al estilo de la "democracia radical" de Laclau⁶². Porque por muy importante que ese énfasis pueda ser, y por muy receptivo a la diversidad que cualquier movimiento de cambio radical deba ser, un proyecto definido solamente en términos de reivindicaciones democráticas (por muy radicales que sean) es riesgoso: promueve un eclecticismo difuso y desdibuja los objetivos de lucha en contra del capitalismo, la explotación global y la mercantilización, y del asalto imperialista militar y cultural que, como sabemos, es fundamental para la desigualdad global y el subdesarrollo. Más allá de la democracia, "nombrar al enemigo", como mínimo, en términos firmemente anticapitalistas, ofrece un imaginario que es preciso y está en muchos casos, implícito o explícito, en muchas de las prácticas del Sur. Tiene, a su vez, el potencial de poder abarcar a un número creciente de movimientos que se consolidan en su lucha contra la mercantilización, la explotación y la exclusión, y operan simultáneamente en varios lugares y escalas: "Para todos menos para un puñado, el capitalismo ha fracasado. Para el resto de nosotros, el anti-capitalismo es nuestra única esperanza"⁶³.

Pero, ¿qué puede significar esto en términos más positivos en términos de una visión tanto como de una promesa? Algunos han señalado la necesidad de combinar el "anti capitalismo" con una demanda militante de "justicia social"⁶⁴ por ejemplo. Para concluir, sugeriría que debe hacerse también una continua reivindicación en pos de refundar un imaginario socialista –ya sea como un punto de referencia creíble para las luchas contra la globalización capitalista y el imperialismo o como práctica emancipadora posible que promueva reclamos del Sur contra la desigualdad y por un desarrollo genuino. Lo que es cierto es que la prominencia que alguna vez tuvo este proyecto ha sido devaluada a los ojos de muchos por la debilidad interna que demostró y las derrotas y/o fracasos que sufrió en las últimas décadas. Así y todo, sería poco prudente para los radicales en el Sur (de hecho, en cualquier parte) rehusarse a adoptar como guía para el futuro la promesa de lo que Greg Albo denominara "socialismo realista" –un proyecto que, en su discusión acerca de los

parámetros actuales y las perspectivas futuras de la economía política global, el autor ha contrastado eficazmente con los reclamos de lo que llama "capitalismo utópico"⁶⁵. Por cierto que el programa de este "socialismo realista" no sería desarrollado instantáneamente a la manera de un "big bang" revolucionario, como usualmente se cree retórica y abstractamente en la izquierda⁶⁶. Tendrá que ser especificado –global, nacional y localmente– no en términos de un boceto preexistente sino por las fuerzas sociales que se movilizan y luchan para instalar reclamos más progresistas dentro de la agenda. Y por supuesto, ello no va a suceder hasta que más cantidad de gente, tanto en el Sur como en el Norte, se haga cargo de que el actual orden global dominado por el mercado –conducido por "una clase minoritaria que extrae su riqueza y poder de una forma específica de producción– es (en términos de Albo) "contingente, desequilibrado, explotador y reemplazable". No obstante, la premisa general de Albo –que un desenlace positivo "sólo puede realizarse rearticulando local y nacionalmente las relaciones de producción y el capital financiero en espacios económicos organizados democráticamente sobre la base de la solidaridad internacional y los foros de cooperación democrática"⁶⁷– nos parece un punto de partida necesario.

Notas

* Traducido por Emilia Castorina.

1 Aunque en los libros de historia más canónicos a este proceso no se le ha dado la trascendencia que le corresponde, ha sido eficazmente aprovechado por destacados historiadores occidentales que convenientemente supieron dar a sus libros toda una variedad de títulos irónicos. Ver Eric Wolf, *Europe and the People without History*, Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1982; V.G. Kierman, *The Lords of Human Kind: Yellow Man, Black Man and White Man in the Age of Empire*, Boston: Little Brown, 1969; Sven Lindqvist, *"Exterminate all the Brutes"*, New York: The New Press, 1998; Richard Drinnon, *Facing West: The Metaphysics of Indian-Hating and Empire-Building*, New York: New American Library, 1980. Por supuesto, esto también ha sido hecho por los propios académicos del "Tercer Mundo" (quienes tienen una tendencia similar a ir directo al grano a la hora de titular): Chinweizu, *The West and The Rest of Us*, New York: Vintage Books, 1975; Walter Rodney, *How Europe Underdeveloped África*, London: Bogle-L'Ouverture, 1972; Eduardo Galeano, *The Open Veins of Latin America: Five Centuries of the Pillage of a Continent*, New York: Monthly Review Press, 1973 [edición en español: *Las venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires: Catálogos, 2002] y Edward Said, *Orientalism*, New York: Pantheon Books, 1978; más recientemente, también, Sophie Bessis, *Western Supremacy: Triumph of an Idea?*, London: Zed Books, 2003. Desafortunadamente, esta tendencia corre el riesgo de ser apropiada y reciclada a fin de racionalizar el impulso propio de EUA por consolidar su legitimidad. Un ejemplo particularmente lamentable es el libro de Niall Ferguson, *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power*, London: Allen Lane, 2002, asociado a una exitosa serie de televisión.

2 Joseph E. Stiglitz, *Globalization and its Discontents*, New York: W.W. Norton, 2002, p. 5 [edición en español: *El malestar en la globalización*, México: Aguilar-Altea, 2002].

3 Del informe de la OMC de 1999, *Trade, Income Policy and Poverty*, que aparece citado en David McNally, *Another World is Possible: Globalization and Anti-Capitalism*, Winnipeg: Arbeiter Ring, 2002, p. 92.

4 "Tres hombres poseen más de lo que poseen 48 países", *Mail and Guardian* (Johannesburg), 23/09/1998, reportando sobre el Informe Anual de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas, el cual dice: "Se estima que el costo adicional de alcanzar y mantener el acceso universal a la educación básica para todos, a la salud básica para todos, a la salud reproductiva para todas las mujeres, alimentación adecuada, agua potable y condiciones de sanidad para todos, es de aproximadamente \$40 mil millones al año. Esto es menos del 4% de la riqueza combinada de las 225 personas más ricas del mundo".

5 Para revisiones literarias ver "Afterword" (titulado "Sustaining Global Apartheid" en Patrick Bond, *Against Global Apartheid: South Africa Meets the World Bank, IMF and International Finance*, Second Edition, London: Zed Press, 2003; Peter Waterman, "The Global Justice and Solidarity Movement" (en prensa), y para una gama de ejemplos sobre luchas concretas, David McNally, *Another World*, y Philip McMichel, *Development and Social Change: A Global Perspective*, Second Edition, Thousand Oaks: Pine Forge Press, 2000, especialmente Capítulo 7, "The Globalization Project and its Counter-Movements". Ver también Stephen Gill, *Power and Resistance in the New World Order*, New York: Palgrave Macmillan, 2003.

6 Ankie Hoogvelt, *Globalization and the Post-Colonial World: The New Political Economy of Development*, Second Edition, London: Palgrave, 2001, p. xiv.

7 Beverly J. Silver y Giovanni Arrighi, "Workers North and South" en *Socialist Register 2001*, London: Merlin Press, 2000, pp. 56-7.

8 Giovanni Arrighi, "World Income Inequalities and the Future of Socialism", *New Left Review*, 189, 1991.

9 Giovanni Arrighi, Beverly J. Silver y Benjamin D. Brewer, "Industrial Convergence, Globalization and the Persistence of the North-South Divide", en *Studies in Comparative International Development*, 38 (1), 2003.

10 Arrighi, "World Income Inequalities", p. 65.

11 Arrighi, Silver y Brewer, "Industrial Convergence", p. 26; un quiebre similar, aunque no enmarcado en un período de tiempo tan extenso, separa el pronóstico de Arrighi sobre África en la década del sesenta, cuando afirmaba que "la construcción socialista es un medio necesario para el desarrollo en África" (en Giovanni Arrighi y John Saul, *Essays on the Political Economy of Africa*, New York: Monthly Review Press, 1973), y las mucho más limitadas posibilidades de transformación en el continente que Arrighi concibe actualmente en su "The African Crisis", *New Left Review*, 15, 2002.

12 Al respecto, es importante el texto de Brian S. Smith, *Understanding Third World Politics*, Bloomington: Indiana University Press, 1996, Capítulo 1, "The Idea of the 'Third World'"; John Tøye, *Dilemmas of Development: Reflections on the Counter-Revolution in Development Economics*, Second Edition, Oxford: Blackwell, 1993, Capítulo 1, "Is the Third World Still There?"; y Fred Cooper y Randal Packer, editores, *International Development and the Social Scientist*, Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1997, "Introduction".

13 Manuel Castells, *The Information Age: Economy, Society and Culture*, en tres volúmenes, Malden-Oxford: Blackwell, 1996, 1997, 1998 [edición en español: *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, México: Siglo XXI, 2002].

- 14 Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Cambridge: Harvard University Press, 2000 [edición en español: *Imperio*, Buenos Aires: Paidós, 2002].
- 15 Leslie Sklair, *The Transnational Capitalist Class*, Oxford: Blackwell, 2001.
- 16 Gary Teeple, *Globalization and the Decline of Social Reform*, Aurora: Garamond Press, 2000.
- 17 James Petras y Henry Veltmeyer, *Globalization Unmasked: Imperialism in the 21st Century*, Halifax: Fernwood Books, 2001.
- 18 Leo Panitch, "Globalization and the State", *Socialist Register* 1994, London: Merlin Press, 1994, p. 63, y varios de sus artículos posteriores.
- 19 Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in Question*, London: Polity Press, 1996, p. 189.
- 20 Colin Leys, *The Rise and Fall of Development Theory*, London: James Currey, 1996, p. 23.
- 21 Colin Leys, "Africa's Tragedy", *New Left Review*, 204, 1994, p. 46.
- 22 Los trabajos más representativos de esta orientación han sido escritos por Peter Evans, como por ejemplo su *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton: Princeton University Press, 1995, y numerosos artículos.
- 23 William Graf, "The State in the Third World" en *Socialist Register* 1995, London: Merlin Press, 1995, p. 159.
- 24 Devid Plank, "Aid, Debt and the End of Sovereignty: Mozambique and Its Donors", *Journal of Modern African Studies*, 31 (3), 1993.
- 25 Manfred Bienefeld, "Nation State in the Dog Days of the Twentieth Century", *Socialist Register* 1994, London: Merlin Press, 1994, pp. 122-3.
- 26 Graf, "The State in the Third World", p. 159.
- 27 Panitch, "Globalization and the State", p. 63.
- 28 Había también otros teóricos marxistas del "subdesarrollo". Dentro de una línea más clásica, algunos veían el proceso de desarrollo capitalista global como un despliegue necesario para producir auténticas luchas de raíz proletaria en el largo plazo ("Chicago's Marxism" de Bill Warren es, como dijo Fred Bienefeld, un punto de referencia ineludible).
- 29 Esta "contra-revolución" (tanto al "keynesianismo" como al "desarrollismo estructuralista") ha sido bien analizada en John Teye, *Dilemmas of Development*, donde el autor describe hábilmente el rol de Harry Johnson, Peter Bauer, Deepak Lal, Ian Little y Bela Belassa.
- 30 Amartya Sen, *Development as Freedom*, New York: Anchor Books, 1999.
- 31 Ver, *inter alia*, Jonathan Crush, ed., *Power of Development*, London-New York: Routledge, 1995, especialmente el Capítulo 11 de Arturo Escobar, "Imagining a Post-Development Era".
- 32 Para un buen argumento acerca de la debilidad de buena parte de la teoría del desarrollo en términos de género, ver Catherine V. Scott, *Gender and Development: Rethinking Modernization and Dependency Theory*, Boulder: Lynne Rienner, 1995; ver también Chandra Mohanty, "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses" en C.T. Mohanty, A. Russo y L. Torres, eds., *Third World Women and the Politics of Feminism*, Bloomington: Indiana University Press, 1991 y mucha literatura posterior.
- 33 Bob Sutcliffe, "Development after Ecology", en V. Bhaskar y A. Glyn, eds., *The North, the South and the Environment: Ecological Constraints and the Global Economy*, London: St. Martin's Press, 1995.

- 34 Bob Sutcliffe, "The Place of Development in Theories of Imperialism and Globalization", en Ronald Munck y Denis O'Hearn, eds., *Critical Development Theory: Contribution to a New Paradigm*, London-New York: Zed, 1999, pp. 150-2.
- 35 Cooper y Packard, *International Development*, p. 4.
- 36 Frans J. Schuurman, "Paradigms Lost, Paradigms Regained? Development Studies in the Twenty-First Century", *Third World Quarterly*, 21 (1), 2000, p. 14. Ver también Gillian Hart, "Development Critiques in the 1990s: *Culs de Sac* and Promising Paths", *Progress in Human Geography* 25 (4), 2001.
- 37 Leys, *The Rise and Fall of Development Theory*, p. 43.
- 38 Ver, *inter alia*, Patrick Bond, *Against Global Apartheid* y Walden Bello, *Deglobalization*, London: Zed Books, 2002.
- 39 A partir de su artículo "The Coming Anarchy", *The Atlantic Monthly*, febrero, 1994, surgieron varios libros posteriores.
- 40 Thomas P. M. Barnett, "The Pentagon's New Map: It Explains Why We're Going to War, and Why We'll Keep Going to War", *Esquire*, marzo, 2003. Pero este popular artículo es simplemente la cara más pública del laborioso Doctor Stangelove, del Colegio Naval, cuya carrera como consejero político puede ser rastreada a través de su website<<http://www.nwc.navy.mil/newrulers/ThePentagonsNewMap.htm>>
- 41 Ben Fine, "The Development State Is Dead: Long Live Social Capital?", *Development and Change*, 30, 1999.
- 42 Ver Gerald Schmitz, "Democratization and Demystification: Deconstructing 'Governance' as Development Discourse", en D.B. Moore y G. Schmitz, eds., *Debating Development Discourse: Institutional and Popular Perspectives*, New York: St. Martin's Press, 1995 y David Moore, "'Sail on, O Ship of State': Neo-Liberalism, Globalization and the Governance of Africa", *The Journal of Peasant Studies*, 27 (1), 1999. El autoritarismo y la corrupción de los estados del Tercer Mundo son un problema; sólo que las IFIs prefieren no verlo.
- 43 Robert Biel, *The New Imperialism: Crisis and Contradiction in North/South Relations*, London: Zed, 2000, especialmente ver el Capítulo 11, "Permanent Subordination? Structural Adjustment as Control", pp. 231-2.
- 44 George Soros, *The Crisis of Global Capitalism*, New York: Public Affairs, 1998 y "The Capitalist Threat", *The Atlantic Monthly*, 279, 1997, p. 48, donde señala la existencia de una "amenaza capitalista" que está causando "inestabilidad y desigualdades intolerables". De hecho, el autor escribe que "a menos que [la doctrina del *laissez-faire*] sea moderada en base al reconocimiento de un interés común que pueda sobreponerse a los intereses particulares, nuestro sistema actual ... está condenado al fracaso".
- 45 Paul Krugman, *The Return of Depression Economics*, New York: Norton, 1999.
- 46 Ver Stiglitz, *Globalization and its Discontents*. Para un mejor argumento acerca de la necesidad de "empezar desde el principio" a reconstruir instituciones financieras globales más democráticas y efectivas, ver el informe de Stiglitz del *Financial Times*, 21/08/2002.
- 47 Por supuesto, Przeworski (en *Capitalism and the Market*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991, p. 122) va más lejos al agregarle a su argumento de que "el capitalismo es irracional" la reflexión pesimista de que "el socialismo es inviable, en el mundo real la gente muere de hambre ¡las conclusiones a las que hemos llegado no son alentadoras!".

- 48 Para un análisis crítico de NAADA y el rol de la nueva elite política de Sudáfrica que la promueve, ver Patrick Bond, ed., *Fanon's Warning: A Civil Society Reader on the New Partnership for Africa's Development*, Trenton-Cape Town: Africa World Press y AIDC, 2002.
- 49 Biel, *The New Imperialism*; también he usado en mi artículo "Africa: The Next Liberation Struggle", *Review of African Political Economy*, 96, 2003, el argumento de Biel para un análisis más detallado de las perspectivas posibles de la revolución en África.
- 50 Ibid., pp. 232-3.
- 51 Ibid., pp. 242-3.
- 52 Ver, *inter alia*, los títulos citados en la nota número 5.
- 53 Para un ejemplo de hacia dónde puede conducir el excesivo énfasis en lo local a un teórico del desarrollo, ver las "Conclusiones" de Hoogvelt, *Globalization and the Post-Colonial World*; pero contrástese con la debilidad (y posible cooptación) de dicha tendencia en Giles Mohan y Kristian Stokke, "Participatory Development and Empowerment: The Dangers of Localism", *Third World Quarterly*, 21(2), 2000.
- 54 Trevor Ngwane, "Sparks in the Township", *New Left Review*, 22, 2003.
- 55 Ver Naomi Klein, *Fences and Windows: Dispatches from the Front Lines of the Globalization Debate*, Toronto: Vintage Canada, 2002 [edición en español: *Vallas y ventanas. Despachos desde las trincheras del debate sobre la globalización argentina*, Buenos Aires: Paidós, 2002].
- 56 John S. Saul, "Identifying Class, Classifying Differences", *Socialist Register* 2003, London: Merlin Press, 2002.
- 57 Citado por John S. Saul, "What is to be Learned? The Failure of African Socialisms and their Future", en Robert Albriton, John Bell, Shannon Bell and Richard Westra, eds., *Beyond Market and Plan: Toward New Socialisms* (en prensa).
- 58 Colin Leys, "Colin Leys Replies" [en respuesta a Jonathan Barker, "Debating Globalization: Critique of Colin Leys"], *Southern African Report*, 12(4), 1997. He explorado con mayor extensión algunas cuestiones planteadas en esta sección en mi ensayo "Africa: The Next Liberation Struggle".
- 59 Citado en Neil Smith, "What happened to Class?", *Environment and Planning A*, 32, 2000.
- 60 Ver Ronald Munck, *Globalization and Labour: The New "Great Transformation"*, London: Zed Books, 2002; Beverly Silver, *Forces of Labour: Workers' Movements and Globalization*, Cambridge-New York: Cambridge University Press, 2003; y varios ensayos de *Socialist Register 2001: Working Classes, Global Realities*, London: Merlin Press, 2000.
- 61 Ken Post y P. Wright, *Socialism and Underdevelopment*, London-New York: Routledge, 1989, pp. 151-2.
- 62 He elaborado esta cuestión en el ensayo "Identifying Class, Classifying Differences".
- 63 J.C. Myers, "What is Anti-Capitalism?" en Joel Schalit, ed., *The Anti-Capitalist Reader*, New York: Akashic Books, 2002, p. 34. Sobre "anti-capitalismo" ver también McNally, *Another World*; y Amory Starr, en su ensayo *Naming the enemy: Anti-Corporate Movements Confront Globalization*, London: Zed Books, 2000, donde enfatiza la temática "anti-corporativa" como particularmente apropiada para profundizar los términos de las luchas populares y coordinar actividades radicales.

64 Citado en Sam Gindin, "Social Justice and Globalization: Are they Compatible?", *Monthly Review*, 54(2), 2002.

65 Greg Albo, "A World Market of Opportunities? Capitalist Obstacles and Left Economic Policies", *Socialist Register* 1997, London: Merlin Press, 1997, pp. 28-30 y 41.

66 En base a los escritos de Andre Gorz y Boris Kagarlitzky sobre "reforma estructural", he buscado trazar el camino entre "mero reformismo" y "revolucionarismo" en mi libro *Recolonization and Resistance: Southern Africa in the 1990s*, Trenton: Africa World Press, 1993, Capítulos 4 y 5.

67 Albo, "A World Market of Opportunuties", p. 30; en principio, el mismo Albo señala la necesidad de promover "estrategias económicas más orientadas hacia adentro" y la devaluación de "la producción a escala como el objetivo económico central" (p. 28).

La vieja y la nueva economía del imperialismo*

Gregory Albo

Hace cuarenta años, en el primer volumen del *Socialist Register*, Hamza Alavi señalaba que era necesario comenzar a analizar un "nuevo imperialismo", porque el "final del dominio colonial directo ... no [había] precipitado aún esa crisis terminal que marcaría el fin del capitalismo monopólico y anunciaría la era del socialismo". El autor insistía en que las teorías clásicas del imperialismo, con su énfasis en la expansión territorial tendiente a buscar nuevos mercados, ya no capturaban la dinámica clave en la economía mundial, y concluía que:

"el propósito principal del ... nuevo imperialismo no es la exportación de capital como medio de explotar la fuerza de trabajo barata en el exterior. Se trata más bien de concentrar inversiones internas destinadas a expandir la producción en el país metropolitano y de buscar dominar los mercados mundiales a través de diversos medios..."¹.

Esta lucidez, tanto teórica como política, sigue siendo central para el análisis del nuevo imperialismo en términos de la reproducción sistémica del desarrollo desigual y de la configuración organizacional jerárquica del mercado mundial mediante intercambios económicos formalmente iguales y relaciones políticas entre estados². Al situar al imperialismo en el marco de la ley del valor y del imperio de la ley, el "consenso" resulta tan importante como la "coerción" para entender el imperialismo moderno.

La internacionalización del capital durante el largo período de neoliberalismo iniciado en los '80 ha dado lugar a nuevos patrones y contradicciones en el mercado mundial y ha tenido efectos profundos en la institucionalización del poder estatal, la organización de los aparatos del estado y las relaciones entre estados. Esto ha suscitado tres grupos de problemas en relación con la teoría del imperialismo: (1) los patrones de competencia y distribución del poder en los centros de acumulación de capital, esto es, relaciones inter-imperiales; (2) los mecanismos y patrones de desarrollo desigual que reproducen las relaciones jerárquicas entre formaciones sociales dominantes y dominadas; y (3) las relaciones políticas y culturales, y de opresión entre diferentes pueblos; o, para decirlo de otro modo, la cuestión de la soberanía política *vis-a-vis* el

desarrollo de instituciones de gobernanza supranacionales. Si bien estos tres temas son fundamentales para la economía política del mercado mundial actual, el primero de ellos es la principal preocupación de este trabajo.

Una de las características de este período de neoliberalismo es que las alternativas políticas externas al bloque capitalista avanzado han sido marginadas. El nuevo imperialismo ha intensificado las relaciones de dominación, tanto en términos de marginación económica como de subordinación geopolítica dentro de la cadena imperialista. El surgimiento de tres zonas político-económicas –zonas con gran variedad de acuerdos organizacionales e institucionales, que van desde la profunda integración de la Unión Europea (UE) a los acuerdos económicos preferenciales de Norteamérica y a los vínculos comerciales entre redes de subcontratistas en el este asiático– es un desarrollo clave. Pero ¿cómo afecta la internacionalización del capital a las formas organizacionales, las rivalidades competitivas y las interdependencias de estos tres bloques, y en particular cuáles son los efectos de esta internacionalización sobre la posición de Estados Unidos (EUA) como el polo imperialista dominante?

A grandes rasgos, hoy coexisten dos visiones aparentemente contradictorias acerca del tema, que suponen posiciones diferentes respecto a la naturaleza del nuevo imperialismo. La primera de ellas ve a EUA en estado de decadencia económica y enfrentando una creciente rivalidad política, lo cual recuerda las teorías leninistas clásicas del imperialismo, según las cuales los procesos de valorización de capital y de internacionalización rápidamente encuentran expresión en conflictos geopolíticos³. La derrota estadounidense en Vietnam, los disturbios económicos de los '70 y el final de Bretton Woods, el sistema monetario internacional de posguerra que se había erigido sobre la base de la fortaleza del dólar estadounidense, han sido interpretados como indicadores de que EUA ha alcanzado los límites de su poder. Desde esta visión, la decadencia relativa de EUA continuó durante los '80, tal como lo atestiguan un crecimiento económico *per capita* vacilante, el bajo aumento de la productividad, mercados de capital "impacientes", niveles de deuda ascendentes en todos los sectores, y una capacidad competitiva languideciente, que se tradujeron en enormes déficit estructurales de cuenta corriente. Los "capitalismos rivales" de Japón y Alemania, en los que se apoyan los bloques comerciales de Asia del Este y Europa respectivamente, han sido vistos como zonas de producción e innovación organizativa crecientes –post fordistas, altamente planificadas, con tecnologías flexibles y redes de conglomerados que superan a la producción en masa estadounidense y a las corporaciones integradas verticalmente. La oposición europea –y a veces japonesa– al unilateralismo estadounidense de los últimos años (la intervención militar en Medio Oriente, la agresividad en las relaciones comerciales y el abandono de la Ronda Doha, la imprudencia en el manejo del dólar) ha sido tomada como un signo del antagonismo político creciente entre centros rivales del capitalismo mundial.

La visión opuesta se centra en el dinamismo de la economía estadounidense (coincidente con el surgimiento de la "nueva economía") y contrasta esto con una década de deflación en Japón y la incoherencia de la política económica de la Unión Europea, y especialmente de Alemania (atrapada en el chaleco de fuerza del Pacto de Estabilidad y Crecimiento y disciplinada por el Banco Central Europeo). Desde esta perspectiva, la fuerza relativa de EUA se

relaciona, tal como lo plantea el *Financial Times*, con "una combinación de mercados de capital flexibles y con un clima económico favorable para la asunción de riesgos [que ha] sido tanto o más importante que las propias inversiones [reales]... [L]os mercados financieros deberían recibir el debido reconocimiento por arrancarle el dinero a la gerencia tradicional y a las corporaciones atrincheradas"⁴. En esta visión, la combinación de financiarización y neoliberalismo le torció el brazo a la organización de trabajadores estadounidenses y mejoró las condiciones para la extracción y realización de plusvalor. Y el "régimen dólar-Wall Street" no sólo ha tenido éxito al exportar el modelo estadounidense a las zonas dominadas por EUA, sino que también ha restablecido condiciones para la acumulación internacional de capital favorable al bloque capitalista avanzado en su conjunto, y ha encarrilado a la Unión Europea y al Este asiático hacia las formas de reestructuración requeridas.

De modo similar, se ha dado una suerte de división paralela entre las interpretaciones acerca de la forma de interdependencia en el nuevo "imperio". Una de ellas plantea un "ultraimperialismo"⁵, según el cual las clases capitalistas transnacionales hoy trascienden ampliamente los intereses nacionales. Así, la soberanía política y la coordinación económica se han vuelto efectivamente globales. La otra describe un "superimperialismo" según el cual el nuevo imperio es predominantemente una reafirmación de la hegemonía estadounidense⁶.

Estas teorizaciones acerca del orden económico mundial actual al menos han despejado la niebla creada por el "debate de la globalización", caracterizado por su acento sobre un mercado mundial igualador y una naciente democracia cosmopolita. La atención se reorientó hacia los intereses materiales y los procesos económicos que subyacen a los arreglos jerárquicos del mercado mundial. Pero han dejado sin resolver la oposición entre estas interpretaciones alternativas de la trayectoria del poder de EUA y la yuxtaposición entre rivalidad y unidad característica del nuevo imperialismo. En consecuencia, la persistencia de las contradicciones subyacentes a la economía capitalista mundial, y el rol de EUA en esas contradicciones, siguen siendo interpretados tanto como signos de la decadencia terminal del poder de EUA como de lo contrario. En realidad, sin embargo, la internacionalización económica durante este período de neoliberalismo ha sido marcada tanto por la rivalidad competitiva entre los principales poderes capitalistas como por la creciente interpenetración económica de las empresas capitalistas y la interdependencia política de los estados capitalistas. El imperialismo contemporáneo resulta así una expresión de las tendencias expansionistas del capital hacia su internacionalización y la constitución de un mercado mundial para su valorización. Simultáneamente, éste se concreta de formas diferentes en unidades localizadas en estados donde se materializa el poder de clase y la producción de valor. No puede haber acumulación de capital o imperialismo sin estados, o sin desarrollo desigual y relaciones de dominación entre estados en el mercado mundial. El imperialismo capitalista, en esta lectura, implica intrínsecamente contradicciones entre conflicto y cooperación –lo que Harry Magdoff definía en los '90 como las "fuerzas centrífugas y centrípetas... en el propio núcleo del proceso capitalista"⁷– y entre rivalidad económica competitiva e interdependencia en el mercado mundial.

Expansión capitalista y teorías del imperialismo

El capitalismo se define, en sus determinaciones más simples, por un proceso continuo de transformación de mercancías y relaciones sociales en tiempo y espacio en busca de obtener plusvalor. En un pasaje frecuentemente citado de los *Grundrisse*, Marx nota que "mientras el capital debe por una parte esforzarse para derribar toda barrera espacial para el intercambio y conquistar todo el planeta para su mercado, debe esforzarse por otra parte para aniquilar este espacio con el tiempo ... El resultado es el desarrollo tendencial y potencialmente general de las fuerzas productivas ... como una base; de modo similar, la universalidad del intercambio; de aquí el mercado mundial como una base"⁸. Para Marx, la producción y apropiación de valor y mercancías por medio de la explotación del trabajo tiene lugar en espacios específicos de producción, mientras que la circulación de mercancías y la distribución de valor en flujos de intercambio, teóricamente, no están sujetas a ningún lugar particular. Estas dos simples proposiciones tienen dos consecuencias importantes. Primero, el capitalismo es intrínsecamente expansionista en un doble sentido: la competencia exige a las empresas incrementar continuamente la productividad del trabajo mediante el desarrollo tecnológico de los medios de producción y la reorganización del trabajo, así como la búsqueda de nuevos mercados y nuevos sectores para la producción y realización del nuevo valor agregado. Segundo, los lugares concretos de producción –tanto como las relaciones de clase y las formas estatales– están siempre implicados en un conjunto más amplio de relaciones sociales, flujos de intercambio e imperativos competitivos.

Marx insistía en plantear que la reproducción ampliada del capital no era una consecuencia de la interacción armónica entre individuos y empresas autónomas que actúan en función de una naturaleza humana que busca la satisfacción del propio interés ante el surgimiento de oportunidades de mercado. Más bien, los patrones de reproducción de las relaciones sociales son siempre específicos, conflictivos y transitorios. Surgen de la explotación de los trabajadores y de la competencia por la obtención de valor en la producción y a través de la lucha competitiva entre "capitales particulares" por la realización y distribución del valor en circulación. Esta competencia lleva a una continua revolución en las fuerzas de producción y circulación de capital. Esto es lo que Marx quiso significar cuando escribió que "la tendencia a crear el mercado mundial está directamente dada en el propio concepto de capital"⁹. Como lo ha señalado David Harvey en su exploración sobre este aspecto del pensamiento de Marx, la tendencia al expansionismo suscita una importante contradicción real¹⁰. La reproducción ampliada de capital debe lograr cierta "coherencia" y "materialización" en tiempo y espacio para que el capital se valore a sí mismo y acumule. Pero el espacio del capital se altera permanentemente, alternando procesos productivos, "condensando" distancias gracias a los nuevos métodos de transporte y comunicación, y buscando incesantemente nuevos mercados. A medida que las capacidades productivas, la posición competitiva y las relaciones de intercambio evolucionan, se desarrolla un proceso continuo de valorización y desvalorización de los complejos de capital fijo y de las relaciones sociales en distintos espacios sociales. En las relaciones sociales capitalistas existe una contradicción ineludible entre la estabilidad necesaria para la producción de valor y la fluidez de la circulación de mercancías y dinero –capital en busca de mayor valor de cambio.

En la abstracción teórica de Marx, el imperativo competitivo de acumular por parte del capital en su conjunto se verifica en la circulación de mercancías en el mercado mundial. No obstante, las transformaciones producidas en y entre los lugares de producción, que resultan de la competencia entre "capitales particulares", son fuentes de interdependencias emergentes y de tensiones competitivas en el mercado mundial –y potencialmente de caos– sólo en contextos históricos específicos. Así, por ejemplo, Marx planteaba que el comercio internacional y la exportación de capital contrarrestan la tendencia a la caída de la tasa de ganancia mediante la baja del costo de los materiales para el capital constante, el abaratamiento de las necesidades vitales que permiten reducir salarios y el incremento de la escala de producción. Entonces, los imperativos competitivos fuerzan la internacionalización de los circuitos de dinero, capital productivo y mercancías. A la vez, la circulación internacional de capital "disuelve" las sociedades precapitalistas y conlleva a formas diferenciadas de colonialismo que varían en sus modalidades de coerción y colonización, pero que se integran en un mercado mundial crecientemente gobernado por los imperativos capitalistas¹¹. Marx veía este proceso como la "misión histórica de la burguesía", misión que no estaba libre de ambigüedades, en tanto se despliega "una nueva división internacional del trabajo ajustada a los centros principales de la industria moderna, división del trabajo que convierte a una parte del planeta en campo preferente de producción agrícola para las necesidades de otra parte organizada primordialmente como campo de producción industrial"¹². Más aún, el "intercambio desigual" dentro de esta división del trabajo emergente podría acentuar la diferenciación geográfica, ya que el comercio entre países cuya productividad del trabajo y composición de capital es diferente ocasionaría transferencias de valor y ganancias¹³.

En este contexto, el estado-nación aparece por una parte como una institucionalización históricamente específica de las relaciones de clase y, por otra, como mediador de un conjunto más amplio de relaciones de acumulación diferenciada, establecidas por el mercado mundial. Es en este sentido que, para Marx, el estado es "la forma de organización que necesariamente adopta la burguesía, tanto por razones internas como externas, para garantizar su propiedad e intereses"¹⁴. Pero si la reproducción ampliada de capital implica al estado en el establecimiento del marco de relaciones de propiedad para la competencia, también lo involucran la valorización, devaluación e internacionalización de capital, y lo hacen de modo más directo, ya que los efectos de la competencia se desplazan parcialmente a la política. Como resultado, el estado necesariamente defiende al capital invertido en su dominio territorial, de modo tal que este capital, y las relaciones sociales concomitantes, puedan valorizarse. Lo hace no tanto para defender un "espacio nacional" cerrado, sino para salvaguardar intereses capitalistas particulares en sus dimensiones local y global. Así, para Marx, los imperativos competitivos que tienden a la igualación e internacionalización de capital en el mercado mundial también constituyen una red diferenciada de procesos de trabajo concretos, capitales competidores y estados-nación jerárquicamente organizados.

Marx identificó los imperativos competitivos de la acumulación de capital en los que se basan las divisiones económicas del mercado mundial pero no propuso ninguna teoría del imperialismo para explicar los procesos competitivos o las formas de interdependencia y rivalidad entre estados generadas por las

divisiones del mercado mundial. Las teorías clásicas de la economía del imperialismo surgidas durante la Segunda Internacional no podían sino intentar formular esta teoría¹⁵. Comenzaron con dos tesis guías. La primera es que la competencia fuerza a la monopolización y la internacionalización de los circuitos específicos de capital; y la segunda, que las bases territoriales de la competencia entre empresas se trasladan a la rivalidad entre estados y conflictos entre los poderes imperiales. Por ejemplo, Rosa Luxemburgo planteaba que las relaciones sociales capitalistas restringen la base para la realización del capital y, entonces, necesitan buscar mercados externos en sociedades precapitalistas. En contraste, Rudolf Hilferding argumentaba que la competencia en el "capitalismo organizado" se caracteriza por la fusión entre bancos e industria para formar el capital financiero, el cual, a su vez, exporta capital en busca de mercados de inversión y comerciales. Para Lenin, la exportación de capital define al imperialismo como la etapa monopolística del capitalismo, en la cual la competencia entre empresas monopolísticas rivales se transforma en conflicto entre estados por el control de mercados y territorios. Contradiciendo a Karl Kautsky, quien había sugerido que los cárteles y los estados nacionales podrían cooperar en una política de ultraimperialismo, Lenin insistía en que el desarrollo desigual obliga a la continua competencia monopolística y al conflicto entre estados. Sólo Nikolai Bukharin veía que la "economía mundial como un sistema de relaciones de producción e intercambio a escala mundial" produciría no una, sino dos tendencias constitutivas del imperialismo. En sus palabras, "conjuntamente con... la internacionalización del capital, se está produciendo un proceso de entrecruzamiento 'nacional' de capital, un proceso de 'nacionalización' del capital"¹⁶.

A diferencia de las teorías clásicas, centradas en el exceso de competencia que llevaba a la exportación de capital y a la rivalidad imperialista, durante los '60 y '70 el debate acerca del "nuevo imperialismo" se centró en la circulación de capital dentro del bloque imperialista, la cual alteraba las capacidades competitivas relativas y reforzaba nuevos patrones de desarrollo desigual¹⁷. Así, para Ernest Mandel, el predominio de EUA durante el período de posguerra estaba siendo cuestionado cuando Japón y Alemania (esta última apoyada por la amplia fusión del capital europeo a través de un naciente supra-estado europeo) restablecieron sus capacidades productivas para disputar la porción de mercado mundial de EUA y sus exportaciones de capital¹⁸. Para James Petras y Robert Rhodes, por otra parte, la hegemonía estadounidense se estaba reconsolidando a través de su dominio de las finanzas internacionales, un mayor acceso a recursos naturales, el poder militar y la debilidad de los trabajadores en EUA¹⁹. Pero, como lo señalaron otros participantes de este debate, el tema no podía limitarse a las capacidades competitivas, entendidas como producto de índices de exportaciones de capital, ni a las concepciones clásicas de competencia interestatal. Las nuevas características de la internacionalización de capital –corporaciones multinacionales y la expansión internacional del circuito total del capital– también planteaban límites y conflictos sobre la organización y asignación de funciones estatales en la nueva fase del imperialismo²⁰. De hecho, esta es la noción que subyace al énfasis que propone Nicos Poulantzas al señalar que la internacionalización de capital no debía ser entendida, como en las teorías clásicas, como una relación cuantitativa entre dos entidades externas –un estado integral y un capital extranjero impuesto desde el exterior que buscaba

explotarlo. Más bien, partiendo de su interpretación de que el estado no es un conjunto de instituciones separadas del capital, Poulantzas veía la internacionalización del capital en términos de la naturaleza cambiante del bloque de poder y de "las transformaciones internalizadas del propio estado"²¹. Estas teorizaciones en pugna acerca de la internacionalización del capital, que han vuelto nuevamente a escena con la consolidación del neoliberalismo y la reafirmación de un imperialismo estadounidense explícito, explican por qué no hay una única teoría marxista del imperialismo. Para evitar seguir hablando indefinidamente sobre el tema, puede ser útil intentar conceptualizar la economía del nuevo imperialismo, centrándonos en las siete dimensiones siguientes:

(1) *Interdependencia y diferenciación*. Las tendencias hacia la igualación y diferenciación identificadas por Marx suponen que la competencia entre espacios geográficos de acumulación y, por lo tanto el desarrollo desigual, son características inherentes al mercado capitalista mundial. Estos procesos, a la vez que crean interdependencia global, separan al bloque imperialista del bloque dominado, y también hacen de la diferenciación un atributo de las relaciones inter-imperiales.

(2) *Competencia internacional*. La lucha competitiva entre empresas en lugares específicos de producción, surgida como consecuencia de la intensificación, concentración y centralización de la producción y la internacionalización de la circulación, es un aspecto constitutivo del capitalismo. Las formas locales y específicas de producción de valor se conectan con los flujos universales y abstractos de dinero en el mercado mundial. Por lo tanto, la competencia internacional, un aspecto central e históricamente específico de las relaciones inter-imperialistas, tiende a incrementarse al compás del desarrollo capitalista.

(3) *Competencia a través de los estados*. La competencia entre "capitales particulares" produce múltiples centros de poder y su materialización en un sistema de estados. Este fue el hallazgo fundamental de Bukharin: el expansionismo capitalista se caracteriza a la vez por procesos de internacionalización y de nacionalización (es decir, de construcción del estado). En este sentido, la competencia internacional no se produce fuera o contra el estado, sino a través de los estados.

(4) *La "internalización" del capital extranjero*. Las tendencias a la intensificación, concentración y centralización de capital incrementan la escala de operaciones, la división técnica del trabajo y la complejidad territorial de las empresas capitalistas. Las corporaciones multinacionales tienen una base nacional, ya que los agentes dominantes que poseen y asignan estos activos tienen una localización específica, a la vez que se vuelven agentes importantes de la acumulación en los lugares en los que invierten. Este proceso de internacionalización tiende a profundizar la competencia internacional, en la medida en que los espacios de producción deben competir por los fondos que las empresas asignan internamente. Más aún, cada estado adquiere un interés en proteger y atraer inversiones de capital, a la vez que desarrolla un interés en la coordinación entre estados para sostener la circulación internacional de capital. Según Poulantzas, el capital extranjero no debe pensarse como una imposición externa, ya que en determinados puntos este forma una "burguesía interna" dentro del bloque en el poder. En este caso, de modo contrario a una "burguesía nacional" que organiza un espacio económico nacional para sí, el

estado reproduce activamente tanto al capital local como al externo mediante mecanismos ideológicos y políticos, y mediante el apoyo a la competencia.

(5) *Internacionalización y los circuitos de capital.* La internacionalización del capital asume la forma de la expansión de los circuitos de capital productivo, especulativo, mercancías y dinero. Cada uno de estos circuitos produce modalidades diferentes de desarrollo desigual, competencia e interdependencia. Distintas fases de internacionalización serán dominadas por diferentes circuitos y, por lo tanto, configurarán especialmente el carácter de los patrones de competencia internacional.

(6) *Reorganización interna de los estados.* Dado que los estados aseguran las condiciones extraeconómicas necesarias para la acumulación y la reproducción social, la internacionalización de capital afectará a la forma social y a la organización del estado. Los aparatos de políticas económicas internas se subordinarán cada vez más a aquellos que tienen a su cargo la internacionalización de capital, particularmente para asegurar la estabilidad de la moneda y su rol en la circulación internacional. Entonces, el estado en su totalidad estará condicionado por la competencia internacional, que es aquello a lo que Leo Panitch se ha referido como la internacionalización y mediación de la acumulación internacional por el estado²². Las capacidades de cada estado de mediar en la competencia internacional estarán determinadas por sus capacidades administrativas y diplomáticas, su lugar en la cadena imperialista y las relaciones de clase internas.

(7) *Contradicciones en las relaciones inter-imperiales.* La unidad y contradicción en la circulación internacional de capital supone que el conflicto y la cooperación, la rivalidad competitiva y la interdependencia están igualmente arraigados en el mercado mundial. En la medida en que los circuitos de capital en los estados están internacionalizados y, por lo tanto, dependen del mercado mundial para su autoexpansión y realización, estarán presentes tanto una mayor competencia internacional como una interdependencia. Las relaciones inter-imperiales registrarán esta contradicción, pero las rivalidades competitivas entre firmas y entre estados se transformarán en rivalidades imperialistas, es decir, en conflictos por el liderazgo político del bloque imperialista, sólo en momentos históricos particulares.

Relaciones inter-imperialistas y el mercado mundial hoy

Una consecuencia de lo expresado recién es que mientras los imperativos competitivos generales siempre operan, los determinantes particulares y la configuración de las relaciones inter-imperialistas varían en períodos específicos del capitalismo. Para reconocer algunas de las particularidades de la economía del nuevo imperialismo es necesario considerar tres aspectos generales de las relaciones dentro del bloque capitalista avanzado a partir del boom de la posguerra: el desarrollo desigual que ha tenido lugar durante la "larga depresión" (o más precisamente, la larga desaceleración) iniciada en 1973; la internacionalización de capital, especialmente de capital financiero; y el surgimiento de patrones específicos de competencia internacional entre las tres principales zonas capitalistas.

Debemos comenzar por recordar que los países capitalistas avanzados están todavía en una larga fase de acumulación más lenta que aquella del boom de la posguerra²³. En los países capitalistas avanzados, las tasas de crecimiento anual se redujeron de un 4% entre 1950 y 1973 a menos de un 2% durante los '80, y desde entonces se estancaron aún más, con excepción de EUA durante

la segunda mitad de los '90. Esta excepción contribuyó enormemente a alentar la visión de un coloso económico estadounidense resurgente, capaz de extender su poder imperial a través del modelo neoliberal. EUA ha estado de hecho en el centro de la economía mundial en ambas fases –gracias a su capacidad de extender rápidamente el uso de los medios de producción "de punta" y a la flexibilidad de sus mercados de trabajo, que le han permitido aumentar la jornada laboral de sus trabajadores. Aún así, tanto durante el "boom de la posguerra" como durante la "larga depresión", Europa y Japón fueron "alcanzando" a EUA, tanto en términos de los niveles de productividad promedio como de los ingresos per capita. El grado de equiparación de los ingresos ha sido menos pronunciado y más desparejo debido al incremento del número de horas trabajadas en EUA y a su disminución en otros lugares. Medidas tales como los diversos índices de desarrollo humano, que son menos dependientes de los ingresos, muestran aún más claramente un proceso sostenido de reducción de la brecha²⁴. Luego de la reconstrucción de la posguerra, las capacidades productivas y tecnológicas de EUA eran incomparables con las de Europa o Japón. Hoy en cambio, cada una de las tres principales zonas de producción capitalista lidera en algunos sectores en materia de tecnología, productividad y cuotas de mercado. Este desarrollo de largo plazo se expresa de diversas maneras: capitalización del mercado, ingresos totales por ventas, cuotas de exportación, existencia de regiones periféricas de dependencia económica y de redes de subcontratación, consolidación de monedas y zonas comerciales y tensiones comerciales entre los tres bloques imperiales en torno de la división de la producción y de la propiedad en un conjunto de sectores. El contexto competitivo y la configuración del mercado mundial actual difieren ampliamente de la dominación económica unilateral norteamericana que definió al sistema de Bretton Woods de la posguerra.

Los desarrollos de la capacidad productiva en las zonas clave del capitalismo avanzado se han expresado también en desplazamientos en la circulación de mercancías y de dinero en el mercado mundial. En el período de posguerra, EUA proporcionó liquidez al sistema de comercio mundial, primero mediante las exportaciones de capital destinadas a financiar los desequilibrios comerciales de las economías en reconstrucción de Europa y el noreste de Asia, y luego, cuando su propia balanza comercial comenzó a virar del superávit al déficit hacia fines de los '60, mediante emisión de dólares y préstamos. El proceso de reducción de la brecha y la resultante apreciación del dólar tornaron insostenible la posición de este como moneda-patrón. Así llegó a su fin el sistema de Bretton Woods. Luego, el mercado mundial entró en una era distinta: un puro sistema de crédito monetario (en lugar del sistema de intercambio basado en el patrón oro); tasas de cambio flotantes (en lugar de tasas fijas), un conjunto de monedas acumuladas en los bancos centrales junto con el oro para equilibrar las balanzas de pagos (en lugar del dólar únicamente); liberalización de los movimientos de capital (reemplazando los controles limitados); y negociación de ajustes de las principales monedas entre las tres zonas comerciales emergentes (luego de una fase de acción unilateral). El impasse económico de los '70 generó un nuevo conjunto de preocupaciones. Muchos países en desarrollo se vieron envueltos en problemas comerciales. Luego, el crédito emitido para cubrir los déficits externos se transformó en una dificultad igualmente seria para cumplir con las obligaciones derivadas del

endeudamiento y de administrar la salida de capitales. La desaceleración de las tasas de crecimiento y el aumento de las tasas de interés fortalecieron a los intereses financieros e hicieron sistemáticamente más difícil para los gobiernos el mantener los equilibrios fiscales. El déficit de cuenta corriente estadounidense, combinado con los superávits asiático y europeo, mostró ser crónico, lo que representó un cambio estructural en las capacidades comerciales y competitivas relativas entre los tres bloques. La emisión de dinero o de bonos públicos o corporativos para que los desequilibrios comerciales se mantuvieran liquidados se transformó en un elemento clave de los flujos del mercado mundial: inicialmente, para reciclar petrodólares, más tarde, para apuntalar los déficits de balanza de pagos del Tercer Mundo, y finalmente para cubrir el masivo déficit de cuenta corriente de EUA y la creciente deuda privada y pública. La creciente competencia por obtener cuotas del mercado mundial de mercancías y por atraer capital-dinero, en un contexto de crecimiento más lento, tiene su paralelo en la interdependencia de las diferentes zonas que buscan salidas para sus mercancías en los mercados de cada una de ellas, la internacionalización de los flujos y demandas de crédito y la coordinación interestatal del G7 de sus políticas en el manejo de la economía internacional.

Para mediados de los '80, los ajustes de los tipos de cambio y los flujos de capital habían mostrado ser tanto arenas de cooperación como fuentes de tensión, incertidumbre e inestabilidad, como consecuencia de las asimetrías comerciales estructurales y de los cambios relativos en las capacidades subyacentes de tres zonas para producir valor (esta contradicción, a su vez, estimuló una explosión en los mercados financieros secundarios para cubrir el riesgo). El FMI, el Banco Mundial y el G7 –con EUA jugando el papel principal en cada uno de ellos– promovieron la liberalización financiera y de la cuenta de capitales como mecanismo para financiar los ajustes comerciales y para que los mercados monetarios externos impusieran disciplina a las economías nacionales. El sistema de tipo de cambio flotante emergió a partir de las asimetrías económicas del mercado mundial y de las debilidades del dólar durante los '70. Pero en los '80, mientras el déficit comercial de EUA escaló a nuevos niveles, el dólar se apreció aproximadamente un 40% como resultado de la afluencia de capitales. Los acuerdos de Plaza y Louvre de 1985 y 1987 intentaron administrar las tensiones resultantes y reducir el valor del dólar respecto del yen y de las monedas europeas. Pero la subsiguiente depreciación del dólar en un contexto de lento crecimiento dejó a los problemas comerciales de EUA lejos de resolverse, a la vez que la apreciación del yen y de las monedas europeas estableció las condiciones para la burbuja de activos japonesa seguida por deflación, y por el estancamiento europeo. Tampoco fue posible contener estos realineamientos y tensiones dentro de las economías centrales. Las oscilaciones del mercado de bonos durante 1993-1994 y los problemas monetarios de España, Italia, Portugal, México y de un conjunto de países del Tercer Mundo fueron "efectos de derrame" que actuaron directamente sobre sus economías y su competitividad y redujeron drásticamente los ingresos de la clase obrera y de los campesinos.

Las devaluaciones de principios de los '90 y la desaceleración resultante fueron el inicio de una nueva fase de intensificación de la competencia internacional, durante la cual el dólar alcanzó su punto más bajo respecto del marco alemán y el yen en 1994. Los japoneses comenzaron por intentar devaluaciones

competitivas para revitalizar su economía en el contexto de catástrofe financiera y para contrarrestar el Pacto de Estabilidad y Crecimiento de la Unión Europea en preparación para el lanzamiento de la moneda única. La Unión Europea también buscó aumentar su margen de maniobra mediante un realineamiento de sus monedas, mientras el capital europeo diversificaba el riesgo volcándose hacia activos externos. Entre 1995 y 2000 el dólar subió aproximadamente un 40% ponderado por el comercio, sin que esto restaurara el crecimiento ni en Europa ni en Japón. Además, el flujo de capital resultante y el estímulo económico que esto dio a la economía estadounidense impulsaron una aceleración del crecimiento de EUA que, entre 1995 y 2000, alcanzó un promedio de 4% anual (buena parte de este crecimiento fue extensivo y se debió al crecimiento del tamaño de la fuerza de trabajo y del número de horas trabajadas, aunque la productividad también aumentó por sobre el promedio de 2,6% registrado en EUA entre 1975 y 1995 y superó ampliamente el pobre crecimiento de la productividad en Europa y Japón). La euforia de la "nueva economía" alcanzó un máximo en el año 2000, con tasas de crecimiento de alrededor de 5% y con mercados accionarios presentando cifras astronómicamente elevadas en todos los activos.

Pese al aumento en la productividad, el gasto de capital estadounidense no fue excepcional, ni por sus niveles ni por su duración, más allá del momento de ascenso. Tampoco se registraron incrementos en la capacidad productiva en la balanza comercial, las cuales continuaron mostrando niveles de déficit record, lo que contribuyó a la vulnerabilidad del dólar en un marco de alto consumo y fusiones corporativas financiadas fundamentalmente mediante endeudamiento externo. De aquí la fragilidad del "círculo virtuoso" de inflación de activos, gasto de capital, incremento de productividad y apreciación del dólar sin mejoras en el desempeño comercial. La dificultad de mantener este círculo virtuoso de crecimiento basado en el capital financiero en EUA, sin que Europa o Japón crecieran para apuntalar esta tendencia, se volvió evidente. La respuesta estadounidense a cada shock económico, y particularmente la de la Reserva Federal, no hicieron sino agravar los desequilibrios estructurales, aún cuando Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal, alertaba acerca de la "exhuberancia irracional" de los mercados accionarios (aunque, simultáneamente celebraba, sin ironía aparente, la "nueva economía"). Frente a cada crisis de mercado –la crisis asiática y rusa de 1997-8, el colapso del fondo de inversión internacional Long Term Capital Management, y el colapso de las acciones de Internet– la respuesta fue una nueva inyección de liquidez tendiente a prevenir una implosión aún mayor de los mercados de crédito interdependientes. De este modo fue posible sostener tanto el crecimiento de EUA como apuntalar a las otras economías afectadas, a costa de mantener niveles irracionales de instrumentos financieros, una mayor carga de deuda y un balance de cuenta corriente insostenible. Estos procesos se revirtieron a partir de 2001, con la desaceleración del crecimiento en EUA. En un mercado mundial que enfrenta tendencias deflacionarias (afianzadas en el caso de Japón y consolidándose en Alemania), el impacto del abandono por parte de EUA de las políticas de estímulo a la demanda efectiva mediante la reducción de impuestos y de promoción del crédito ha forzado a un dramático cambio de perspectiva del gobierno de Bush.

La "interdependencia desigual" propia de las relaciones inter-imperiales en la era del neoliberalismo se caracteriza por la continuidad de las tensiones que pueden resumirse en las siete dimensiones enumeradas anteriormente:

(1) *Interdependencia y diferenciación*. La alternancia entre crecimiento y estancamiento entre los tres bloques durante el período de neoliberalismo ha dado lugar, desde el año 2000, a una "igualación" de las condiciones "diferenciadas" para el crecimiento lento en los tres casos²⁵. Por primera vez desde principios de los '80, los países capitalistas avanzados, así como gran parte del resto del mundo, han entrado en una recesión sincronizada, con tasas de inflación y crecimiento real del Producto Bruto Interno (PBI) en los países capitalistas avanzados tendiendo al 2% o menos para el año 2003. Desde 2001, Alemania ha exhibido índices de crecimiento inferiores al 1% (el importante nivel de crecimiento de Europa en el año 2000 se debió al estímulo de la caída abrupta del euro, el cual alentó temporalmente las exportaciones). Aunque el Banco Central Europeo ha reducido las tasas de interés del 4,75 al 2% durante este período, su firme compromiso con el Pacto de Estabilidad y Crecimiento supone que la Unión Europea siga asentándose desproporcionadamente en el aumento de la demanda externa para sostener su pobre crecimiento. La suba desmesurada del euro reducirá aún más las perspectivas de crecimiento, y empujará a Alemania, que ha estado creciendo más lentamente que Japón desde 2000, a la deflación. Mientras tanto, en Japón, la deflación de la burbuja de activos de los '90 se transformó en deflación económica general (con tasas de interés centrales de corto plazo en 0%). Con una expectativa de caída en el crecimiento a menos del 1% para el año 2003, Japón enfrentaría mayores dificultades en caso de que el yen se fortaleciera y sus exportaciones se debilitaran. Si bien hay signos de que Asia del Este está desarrollando una dinámica interna de crecimiento y comercio que, a su vez, está profundizando la interdependencia de la región como bloque económico, sigue dependiendo de las exportaciones hacia otras áreas fuera de la región.

EUA ha sido la fuerza clave que sostuvo al mercado mundial. Sin embargo, está claro que no ha logrado salir de la recesión iniciada a fines de 2000. También enfrenta su propio riesgo deflacionario a medida que las tasas de desempleo alcanzan los niveles más altos de la década y la inflación sigue cayendo. Con un gasto de capital que no logró recuperarse completamente durante los '90, el aumento del consumo por sobre el de los ingresos ha sido crítico para el crecimiento de EUA. El consumo norteamericano se ha modificado poco, aunque continúa disminuyendo en el monto adicional de deuda y de gasto que los consumidores están dispuestos a hacer (debe recordarse que, aunque el consumo japonés también se sostuvo durante los primeros años de deflación financiera, Japón nunca tuvo el equivalente a un presidente de la Reserva Federal alentando alegremente a la gente a contraer deudas respaldadas por los valores crecientes de la vivienda). Una corrección de los gastos personales en EUA parece inevitable: mientras la riqueza neta y los ahorros nacionales bajan, la deuda neta y el desempleo suben. Más aún, ni las 13 reducciones en las tasas de interés que practicó la Reserva Federal desde finales de 2000, que llevaron estas tasas a los niveles más bajos en 45 años, ni la caída de la tasa de corto plazo de la Reserva Federal, de un 6,5% a sólo un 1% en junio de 2003, han logrado estimular de manera clara el gasto de capital (aunque explican en buena medida la elasticidad del consumo

personal y del mercado inmobiliario). La zozobra deflacionaria ha sido tal que la Reserva Federal ha reducido las tasas de interés de largo plazo de los Bonos del Tesoro y ha inyectado toda la liquidez posible en el mercado. Las medidas de estímulo también se han expresado en el viraje fiscal del gobierno de EUA, el cual, durante este período, ha pasado de tener un superávit de 1,4% del PBI a proyectar un déficit presupuestario del 4,5%. Pero el realineamiento de las monedas resultante de la caída del dólar, sumado a las debilidades en Europa y Japón, hace difícil identificar probables fuentes de demanda mundial fuera de EUA. De hecho, la perspectiva se ve pavorosamente sombría: recesión, debilidad fiscal y amenaza de deflación en las tres zonas. Esto es lo que subyace a la declaración del FMI advirtiendo que, como con la crisis asiática de 1997, "los riesgos de deflación generalizada se han puesto a la orden del día... la situación económica global es hoy particularmente incierta, con vulnerabilidades ampliamente extendidas"²⁶.

(2) *Competencia internacional*. La recuperación de EUA de fines de los '90 no respondió a una fase de transformación fundamental de las ganancias corporativas, la productividad y la acumulación basadas en la "nueva economía", sino que más bien siguió el camino ya trazado por el neoliberalismo, aunque en esta ocasión los excesos financieros superarán considerablemente los estándares establecidos. La fase de fines de los '90 reforzó la interdependencia desigual del mercado mundial respecto de la economía y el poder de EUA, en la medida en que este país constituyó la "locomotora" de la acumulación mundial. Ahora, este período puede estar agotado, en tanto parece inevitable algún tipo de realineamiento entre las tres principales zonas capitalistas, incluyendo el encuadramiento de las regiones periféricas del mercado mundial detrás de alguna de ellas. Este realineamiento incrementará la competencia entre las zonas debido a las condiciones de debilidad económica. El bloque estadounidense (incluyendo Canadá y México) se caracteriza por una base deflacionaria, enormes necesidades de capital y problemas de competitividad con las actuales tasas de cambio. El bloque de la Unión Europea, por su parte, tiene una productividad relativamente pobre, alto desempleo, demanda interna estancada y competitividad externa sostenida por un Euro que era más débil de lo que es actualmente y de lo que previsiblemente será en el futuro. Japón tiene problemas deflacionarios, demanda interna débil y superávits de cuenta corriente que se verían perjudicados por cualquier apreciación de la moneda. Por lo tanto, cuenta con márgenes de maniobra restringidos (aunque existen importantes fortalezas en otras partes del Este asiático, particularmente China, que pueden ofrecer trayectorias alternativas a la vasta región si disminuye la dependencia respecto de las exportaciones a EUA y se profundizan los vínculos comerciales internos).

Aparte de la deflación japonesa, el síntoma más visible de la intensificación en la competencia ha sido hasta ahora la reestructuración corporativa y los escándalos de gobernanza, particularmente en EUA²⁷. La debilidad del sector corporativo se destaca por su gravedad. Sólo en las economías centrales, las bancarrotas de las empresas de telecomunicaciones han sumado más de u\$s 100 mil millones desde 2000. La mayoría de éstas ocurrieron en EUA, en lo que seguramente es uno de los mayores episodios de fracaso en la coordinación de mercado. Los activos en quiebra en EUA durante 2002 superaron los u\$s 382 mil millones incluyendo el asombroso colapso de Worldcom de u\$s 104 mil

millones, que constituyó la mayor bancarrota de la historia. Se espera que el número récord de bancarrotas de empresas que comenzó en 2001 continúe y se extienda a todos los sectores, más allá de los desastres del área de la informática. De acuerdo con la OCDE, el aumento de la deuda en los '90, especialmente en EUA, ha producido un "exceso de capital" basado en la sobreinversión relativa al crecimiento de la demanda –"se ha puesto en juego demasiado capital, demasiado rápido"²⁸. Las ganancias corporativas están en niveles claramente bajos, y amenazadas por la creciente exposición a deuda de baja calidad y al riesgo. Así, la reducción de las tasas de interés destinada a estimular la actividad económica ha tenido un éxito limitado en los rendimientos de los bonos corporativos. De modo similar, en 2002, en EUA, se registraron los peores resultados en ofertas públicas iniciales (*initial public offerings*-IPO) desde 1991. La emisión de nuevas acciones por parte de empresas existentes no ha tenido mejores resultados. La interdependencia del mercado mundial está reforzando la desaceleración de las distintas regiones y, a la vez, fogoneando la competencia internacional en mercados que crecen más lentamente.

(3) *Competencia a través de los estados*. Los patrones desequilibrados de intercambio de mercancías entre países, y las asimetrías estructurales en los balances de cuenta corriente, se están convirtiendo en los principales símbolos del impasse del mercado mundial. La posición deudora neta de EUA, que surge de los déficits de cuenta corriente acumulados desde los '70, es de aproximadamente u\$s 2,7 billones para 2002; y el déficit estimado para el año 2002 oscila entre u\$s 450 mil y 500 mil millones (aproximadamente el 5% del nivel del PBI, cifra que ha producido crisis de pago en otros países. EUA está libre de esta restricción, en parte debido a que el dólar es la principal moneda de reserva). Esto está acompañado por superávits en las otras dos principales zonas, y particularmente en Asia del Este. Aún luego de que, a partir de 2000, el dólar cayera alrededor del 30% respecto del Euro, parece necesaria una caída mayor para que la competitividad de la industria estadounidense mejore (aunque esto no necesariamente balancee la cuenta corriente, como de hecho la baja del dólar no lo hizo en el pasado. Por otra parte, una expansión en EUA mientras Japón y Europa están estancados agravará los dilemas en todas partes)²⁹.

Estos desequilibrios dan lugar a dos tensiones principales. Primero, EUA debe importar capital por u\$s 2.700 millones por día para cubrir el déficit de balanza de pagos. El resto de los acreedores mundiales debe aceptar la emisión de dólares destinados a cubrir deuda (denominada en dólares) con la esperanza de comprar, a su vez, bienes o activos estadounidenses con los dólares acumulados (con la esperanza que los dólares tengan un valor de compra equivalente, una perspectiva crecientemente improbable). No es claro, sin embargo, que los acreedores vayan a seguir sosteniendo este proceso en la magnitud actual. De hecho, con el deslizamiento del dólar, ya hay signos de una disminución del ingreso de capital a EUA y de una diversificación respecto del dólar estadounidense. En estas circunstancias, es improbable que el dólar estadounidense mantenga su posición excepcional como un medio internacional de pago. Es probable, por lo tanto, que pierda parte de su capacidad de señoreaje (es decir, la capacidad de apropiarse de valor sin producir valor). En consecuencia, los procesos económicos diferenciadores de las tres principales zonas seguirán reflejándose en el uso creciente de

monedas regionales "centrales". Segundo, como resultados de estos desequilibrios, las presiones políticas del comercio se están moviendo en dos direcciones al mismo tiempo: por una parte, la Ronda Doha de la OMC, numerosos acuerdos comerciales bilaterales, el NAFTA y la autoridad para la promoción del comercio (*fast track*) están profundizando el libre comercio; por otra, el proteccionismo comercial está emergiendo sistemáticamente, especialmente por parte de EUA, en acero, bienes agrícolas, madera, automóviles y otros sectores. La continua liberalización comercial puede contener estas tensiones profundizando la interdependencia de los mercados mundiales, pero sólo mediante el realineamiento de las rivalidades existentes y los desequilibrios que originariamente habían promovido el libre comercio. No obstante, el patrón de ajuste sigue siendo confuso a causa de la jerarquía de poder dentro del mercado mundial³⁰.

(4) *La "internalización" del capital extranjero*. Las corporaciones multinacionales son las agencias dominantes que organizan la internacionalización del capital. Internalizan la cooperación y la competencia en sus propias estructuras operativas a través de la creciente especialización e intensificación de capital, mediante desarrollos tecnológicos y comercio intra-firma. Durante los '90, los países capitalistas avanzados recibieron alrededor del 75% del monto de inversión externa directa (IED). Estos países representaron también alrededor del 80% del total de flujos hacia el exterior de IED y aproximadamente el 50% de la recepción de flujos de inversión³¹. Las alianzas capitalistas materializadas en las corporaciones multinacionales asumen diversas formas, incluyendo la inversión directa, las inversiones conjuntas, las fusiones y adquisiciones, mecanismos de subcontratación y la internacionalización de la propiedad de las acciones. Y actualmente, la IED no se restringe sólo a las corporaciones bancarias o productivas, sino que se ha generalizado a todos los sectores. En otras palabras, la exportación de capital es, en primer lugar, una cuestión de relaciones inter-imperialistas.

El período neoliberal ha transformado significativamente la naturaleza de la interpenetración de capital. Notablemente, luego de realizar más de la mitad de toda la IED global durante el período de posguerra, EUA representa actualmente sólo alrededor de un cuarto de los stocks de IED, y tiene un monto igual de IED residente en EUA. En el año 2002, EUA fue el mayor receptor mundial de IED así como el mayor inversor³². En contraste, las IED japonesa y alemana han crecido significativamente, desde aproximadamente un 1% del total mundial en 1960 a aproximadamente un 11% y 9% respectivamente en 2000. Aunque se han incrementado los flujos de IED hacia ambos países, estos siguen siendo más bajos (con Japón recibiendo menos del 1% de la IED mundial). El ingreso de IED se está volviendo relativamente tan importante para EUA como para la Unión Europea en su conjunto.

Más aún, la necesidad de financiar el descontrolado déficit de cuenta corriente estadounidense ha significado que los fondos han ingresado para comprar activos financieros estadounidenses de todo tipo. Entre 1995 y 2000, durante el boom de la nueva economía, este flujo respondió particularmente a las altas tasas de retorno de los diversos instrumentos financieros estadounidenses, a la imagen de EUA como un "santuario seguro" y al uso de crecientes cantidades de dólares para la compra de activos estadounidenses. Estos desarrollos potenciaron el déficit de los activos externos netos de EUA (un proceso que comenzó a fines de 1980), hasta alcanzar aproximadamente u\$s -1,5 billones y

cerca de un quinto del PBI³³. Con la desaceleración, los activos estadounidenses se han vuelto menos atractivos y la IED ha descendido, aunque las inversiones de cartera han seguido fluyendo para cubrir el déficit de balanza de pagos. La internalización del capital externo al interior de los estados nacionales ya no está de modo alguno limitada a la penetración de EUA en los estados europeos, sino que comprende al bloque imperialista en su totalidad.

(5) *Internacionalización y circuitos del capital.* A partir de los '70, la desaceleración económica y el neoliberalismo llevaron a una financiarización significativa de la economía. Actualmente, el capital-dinero asume muchas formas relativamente desarraigadas de la economía real: inversión externa directa en la forma de adquisiciones más que de construcción de nuevas plantas; vastos mercados de crédito; mercados accionarios interconectados; circulación masiva en los mercados de dinero que supera ampliamente los requerimientos del comercio de mercancías; y mercados financieros secundarios que multiplican el riesgo. Al mismo tiempo, estos desarrollos han estrechado la interdependencia del mercado mundial. Esto es así porque, por una parte, el dinero y el capital especulativo se mueven más libremente entre diferentes regiones del mundo. Por otra parte, se han agudizado las rivalidades, en la medida en que diferentes zonas de producción compiten por flujos financieros y enfrentan el disciplinamiento competitivo, el cual tiene el potencial para amplificar los disturbios económicos y transformarlos en crisis generalizadas. El lento crecimiento económico ha significado que los retornos del sector financiero han sido mayores que los del sector productivo atrayendo capital y transformando al capital financiero en el principal asignador de crédito (por sobre los gobiernos). En los países centrales, estos procesos han implicado una transferencia de ingresos hacia los tenedores de activos financieros. En EUA, el aumento de la deuda inmobiliaria y corporativa y el retorno del gobierno al déficit fiscal han incrementado ampliamente esta transferencia³⁴.

Las contradicciones son aún más agudas para los países situados en las periferias del mercado mundial, particularmente los mercados emergentes que habían sido bendecidos por la entrada de flujos financieros. Para tomar una de las mayores economías del "Sur", Brasil mantiene reservas cambiarias de sólo u\$s 20 mil a 30 mil millones, tiene una deuda acumulada de alrededor de u\$s 250 mil millones (en gran medida denominada en dólares) y los bonos brasileños tienen tasas que superan en más de un 20% las de los bonos del tesoro de EUA (comparables a los niveles de Argentina antes del colapso de diciembre de 2001). Esto requiere esfuerzos enormes por parte de Brasil para que los niveles de exportaciones le permitan cumplir con los pagos de la deuda y representa una amenaza de colapso del *real* causado por una huida de *hot money*. América Latina en su totalidad está en una situación similar, y ha quedado demostrada la dificultad de contener la expansión del "contagio" de la crisis argentina. A partir de estudios recientes, la CEPAL concluye que la región ha atravesado otra "década perdida" en la que han salido capitales de la región para pagar la deuda y en la que los intereses y dividendos han superado los ingresos de capital en el orden de u\$s 7 mil millones anuales (aproximadamente un 0,4% del PBI regional) en los años recientes³⁵. Esto sólo puede empeorar en la medida en que se prevé que el PBI descienda a causa

de la desaceleración mundial y que aumenten las dificultades de ingreso de las exportaciones a EUA, a causa de la caída del valor del dólar.

La deflación de la burbuja de activos agrega otra tensión en las relaciones entre EUA y otras regiones. Esta tensión complica cualquier patrón de ajuste del mercado mundial. Según evaluaciones, se estima que se han perdido u\$s 7 billones y 1.000 empresas entre 2000 y mediados de 2002 sólo en EUA (y u\$s 11 billones en el mundo)³⁶. Estas cifras representan aproximadamente la mitad de la valuación total del mercado; otros índices muestran niveles similares de depresión, con el índice NASDAQ, que incluye un componente importante de tecnología, devaluado en casi un 80%. Con la caída del rendimiento de los bonos resultante de la reducción de las tasas de interés y de las grandes inyecciones de liquidez, los principales índices bursátiles subieron alrededor de un 25% en la primera mitad de 2003, producto más de las expectativas que de la propia recuperación económica³⁷. Teniendo en cuenta las relaciones precio-utilidades usadas para evaluar los valores de capitalización de los mercados, que una vez más superan ampliamente los valores promedio de largo plazo (tomando en consideración que, luego de un boom, normalmente se espera un largo período de devaluación), podría pensarse que se está conformando una nueva burbuja financiera. Es difícil encontrar alguna base teórica o empírica para concluir que los niveles actuales puedan sostenerse, o que la deflación de la burbuja de activos y el consecuente "mercado vendedor" no afectarán a la economía real.

Hay varias razones para pensar que la desarticulación de la burbuja de activos llevará cierto tiempo y se sumará a la caída de la acumulación y a las tendencias deflacionarias. Primero, las demandas financieras realizadas cuando la burbuja estaba creciendo se basaban típicamente en proyecciones de crecimiento continuado de los activos, que difícilmente puedan realizarse luego de la explosión de esta burbuja. Las bancarrotas sobrevienen cuando la destrucción de capital resulta necesaria para restablecer nuevas bases de rentabilidad para la acumulación. El gasto de capital es probablemente débil hasta que este proceso se completa (a menos que la burbuja pueda de algún modo reflacionarse, lo cual simplemente desplaza el problema de hoy a mañana). Segundo, el cambio ocurrido durante los '90, cuando las pensiones dejaron de ser beneficios predefinidos para transformarse en planes de contribución individualmente dirigidos y definidos, haciendo que los fondos se volcaran hacia las acciones, ha dañado seriamente las proyecciones de retorno de los fondos de pensión. En el futuro, tanto firmas como individuos deberán incrementar sus ahorros para enfrentar las necesidades de pensión futuras. Tercero, también deberá prestarse atención al peso de la deuda de los particulares, cualquiera sea el impacto preciso del "efecto riqueza" originado en el uso de valores inflados de activos destinado a influir sobre el crédito, para restablecer aunque más no sea los niveles tradicionales de los balances de ahorros. En EUA, durante 2002, las amortizaciones de los fondos comunes de inversión y otro tipo de instrumentos financieros de riesgo fueron absorbiendo miles de millones de dólares por mes, destinados a pagar deudas o a agregar "reservas de efectivo", aunque algunos de estos fondos están volviendo al mercado de valores para aprovechar la burbuja más reciente.

(6) *La reorganización interna de los estados.* La internacionalización del capital depende de la intervención constante del estado. Durante el período neoliberal, uno de los objetivos centrales del estado ha sido la internalización de la

competencia internacional, tendiente a mediar entre la territorialización de la producción de valor y la mayor dependencia respecto de la circulación internacional. Uno de los parámetros clave de la reorganización del estado ha sido entonces la administración de la economía nacional de modo tal que los tipos de cambio y la balanza de pagos sostengan la internacionalización de los circuitos de capital-dinero. Esto ha colocado a los bancos centrales "independientes" en la cumbre de los aparatos estatales. Aún con serios desequilibrios fiscales, la Reserva Federal, el Banco Central Europeo y el Banco de Japón continúan recurriendo al recorte de la tasa de interés, la expansión del crédito privado neto, los flujos de capital internacional y a una devaluación asimétrica del dólar respecto del Euro (pero no del yen) para estimular la recuperación³⁸.

Una segunda dimensión ha sido la provisión por parte del estado de un ambiente fiscal y social acogedor para alentar nuevas inversiones de capital fijo y para proteger las existentes, en un contexto de política monetaria que garantiza los flujos internacionales de capital. Así, a pesar de que se ha permitido el aumento de los déficits fiscales, los estados han seguido una estrategia redistributiva de austeridad competitiva, transfiriendo todo el impacto de los recortes de gasto público (entre otros recortes regresivos de impuestos) hacia los trabajadores, los pobres y los servicios públicos utilizados por estos. El presupuesto 2003 propuesto por la Administración Bush, por ejemplo, proyecta un déficit de u\$s 400 mil millones, con recortes de impuestos adicionales de u\$s 350 mil millones (notablemente sobre dividendos y tasas de impuesto marginales y reduciendo el gasto en salud, educación e infraestructura). Alemania, por su parte, aunque superará el límite de déficit del 3% del PBI establecido por el Pacto de Estabilidad y Crecimiento para 2003, está recortando impuestos a los ingresos y a la herencia y reduciendo los beneficios por desempleo, protección al empleo y pensiones. Japón planea un déficit presupuestario del 7% del PBI, mientras recorta los impuestos sobre ingresos y herencias y gastos corrientes, y continua con el ajuste de las protecciones del mercado de trabajo³⁹.

Finalmente, la internacionalización de los aparatos estatales destinada a mediar en la extensión e intensificación del mercado mundial también continúa⁴⁰. Por una parte, los procesos de regionalización centrados en los tres bloques comerciales están avanzando a través de la ampliación de la Unión Europea, las variadas negociaciones comerciales alrededor del ALCA y los nuevos vínculos de cooperación en el Este asiático. Por otra parte, nuevas áreas de liberalización comercial, notablemente en agricultura y servicios, siguen estando en la agenda de la OMC. Tanto el FMI como el Banco Internacional de Pagos siguen auspiciando nuevas medidas de liberalización de la cuenta capital y de reforma de los requerimientos de capital de los sistemas bancarios nacionales. La reorganización del estado, entonces, apunta a la intensificación de la competencia internacional entre estados mientras la coordinación entre los mismos sigue profundizando el mercado mundial.

(7) *Contradicciones de las relaciones inter-imperiales*. La "interdependencia desigual" que ha caracterizado a las relaciones inter-imperiales durante el período neoliberal hace que estas relaciones sean bastante distintas de lo que fueron tanto durante el boom de la posguerra como durante la crisis de los '70. EUA sigue siendo el centro competitivo del mercado mundial en términos de capacidad productiva, el control sobre los flujos financieros, centralidad de las

modalidades neoliberales de gobernanza y su rol como "importador de última instancia". Sin embargo, se ha vuelto dependiente de políticas favorables de estados en las otras zonas claves para sostener la internacionalización de capital y su absorción sin precedentes de los ahorros mundiales. Esta interdependencia desigual subyace a todas las oscilaciones entre competencia y cooperación entre los estados del bloque imperialista. La misma ha producido –y sigue reproduciendo– patrones específicamente neoliberales de competencia internacional e internacionalización de capital, así como relaciones sociales internas e internacionales que han unificado el mercado mundial de tal forma que ha impedido la diferenciación entre las zonas. Esto ha derivado en conflicto político por el acceso exclusivo a los mercados. Durante los '90, las interacciones entre desequilibrios comerciales, financiarización y desaceleración fueron resueltas "positivamente" puesto que la "nueva economía" de EUA proveyó fuentes de demanda mundial para promover la acumulación. Ahora, el ajuste a "los excesos del sector privado" amenaza con impactar "negativamente" en el mercado mundial en su totalidad, sin que los otros centros imperialistas sean capaces de cubrir el vacío⁴¹. En un contexto de estancamiento relativo, es más probable que el neoliberalismo aumente su gravitación sobre el bloque imperialista.

Neoliberalismo, imperialismo y poder estadounidense

La internacionalización del capital durante las últimas dos décadas no es, entonces, un "ajuste espacial" interminable para una crisis económica permanente, sea esta una crisis del bloque imperialista en su totalidad o del capitalismo estadounidense en particular. Pensar en estos términos recuerda la vieja teoría clásica del imperialismo que entiende el interés de este último por contar con mercados para sus excedentes como una relación externa. Esta concepción es errónea porque, por una parte, trata la particularidad de la producción de valor y las relaciones de clase como diferente de la circulación de capital en el mercado mundial y, por otra parte, porque ve las relaciones contradictorias entre ambas como síntomas de crisis más que como rasgo constitutivo de las nuevas formas de competencia internacional surgidas bajo el neoliberalismo. Esta concepción lleva a la búsqueda de modelos de desarrollo nacional más "coherentes" que puedan oponerse al "modelo norteamericano", o a predicciones extremas de conflicto inter-imperial ascendente y de crisis alrededor del proceso de devaluación que EUA está tratando de imponer sobre otros países.

De hecho, el neoliberalismo se ha consolidado como un régimen global institucionalizado, que incluye formas particulares de desarrollo, competencia internacional y "reforma" estatal. La "burguesía interna", que se ha vuelto central para la organización del bloque en el poder de cada uno de los países imperialistas, tiene interés en sostener el neoliberalismo. Estos últimos apuestan al "modelo norteamericano", que, contrariamente a lo que plantean muchos opositores al neoliberalismo, no debe ser visto como una importación o imposición externa que socava a una "burguesía nacional" indefensa sino como una matriz política que, en esta fase del imperialismo, satisface los intereses internos de clase del bloque en el poder dentro de cada estado. Esto es en parte una cuestión de su interés por el recorte de los ingresos de los asalariados para perseguir la competitividad internacional; en parte una cuestión de los intereses individuales de algunos de los miembros claves del bloque en el poder en la privatización del sector público; y, en parte, fruto de la

necesidad de sostener los circuitos internacionales de capital que han hecho a la reinversión de capital y su realización más dependientes del mercado mundial.

La internacionalización de capital no supone ni una superación de las contradicciones propias de las relaciones inter-imperiales (debida a la transnacionalización de los intereses capitalistas) ni una dependencia económica unilateral del poder de EUA. La competencia internacional asume hoy la forma de la interpenetración de capital y del reaseguro del espacio económico extra-nacional a través de la extensión del sistema del estado-nación y de la formación de bloques económicos multinacionales. El capital internacionalizado tiene acceso a su propio estado "de origen" (y, por supuesto, las instituciones supranacionales que son producto de los estados), y también a los estados en los que invierte. Tanto el estado "de origen" como el "anfitrión" aseguran activamente la reproducción ampliada del capital, promoviendo más que oponiéndose a la competencia internacional. La "interdependencia desigual" que caracteriza al mercado mundial en esta fase imperialista significa que la rivalidad competitiva no culmina en conflicto geo-militar (como pensaba Lenin), o en políticas expansionistas específicas sobre las cuales pueden unificarse los intereses de todos los capitalistas (como lo preveía Kautsky). El mercado mundial tampoco está enfrentando una inminente crisis internacional producida por la profundización de rivalidades competitivas que no puedan seguir siendo contenidas políticamente.

Por otra parte, persiste la competencia internacional y la contradicción económica entre los centros imperialistas. En otras palabras, el período de neoliberalismo ha producido formas particulares de "unidad y contradicción en los circuitos internacionales de capital" que deben ser examinados en sus propios términos. En la vieja economía del imperialismo, las contradicciones en las relaciones inter-imperiales se habían concentrado en conflictos territoriales para satisfacer las necesidades expansionistas de mercados para mercancías o capitales. En la nueva economía del imperialismo, la interdependencia y las rivalidades competitivas entre los centros imperialistas están concentradas en el desarrollo desigual de las condiciones para la circulación internacional de capital. Como hemos visto, EUA ha provisto la demanda global necesaria para la circulación internacional, mientras que el resto del bloque imperialista tiene superávits comerciales y exporta capital a EUA (a la vez que el bloque dominado, con algunas excepciones en el Este asiático, es presionado para obtener superávits comerciales para cumplir con las obligaciones de crédito pero no las necesidades de desarrollo). Esto refleja, como hemos planteado, la declinación de la superioridad relativa del capital estadounidense respecto del período de posguerra (aunque sigue siendo dominante tanto en tamaño como en capacidad); la formación asimétrica de los bloques continentales; y la interpenetración de los tres bloques a través de la internacionalización de capital. No está del todo claro cómo se resolverán estas contradicciones en el mercado mundial, especialmente teniendo en cuenta la declinación de la actividad económica progresivamente sincronizada en los tres bloques.

Es posible, por supuesto, que la economía estadounidense pueda reflacionarse con éxito y que vuelva a proveer la demanda necesaria para la acumulación internacional. EUA ha utilizado activamente tales reflaciones no sólo para estimular el crecimiento, sino también para reforzar su hegemonía. Ha utilizado la dependencia de las exportaciones de otras zonas respecto de EUA para

forzar a estas a profundizar su adhesión al neoliberalismo, el cual ha fortalecido la internacionalización del capital estadounidense, dándole acceso a nuevos mercados y a la compra de activos externos. A su vez, el ingreso de capital a EUA tendiente a cubrir los déficits financieros ha permitido cierto grado de reestructuración del stock de capital estadounidense, especialmente cuando se ha hundido la acumulación en Alemania y Japón. Pero sin reflaciones paralelas en Europa y Japón, EUA probablemente genere desequilibrios aún mayores en las deudas personales y corporativas y en los pagos internacionales, y reflacione los precios de los activos. Es bastante poco claro cómo podría darse un futuro rebalanceo que no esté acompañado por disturbios significativos en el mercado mundial y por algunos realineamientos en las relaciones inter-imperiales, incluyendo la posición del dólar como la moneda internacional casi única.

Alternativamente, recordando los inicios de los '90, el dólar estadounidense podría seguir ajustándose, con un crecimiento más lento que permitiría correcciones en los balances internos, y el resto del bloque imperial jugando un rol más importante en el establecimiento de la demanda mundial y absorbiendo exportaciones netas de los EUA de modo similar. Esto es lo que la recesión en curso desde 2001 en EUA debería estar alentando. Pero los virajes hacia la reflación y hacia un alejamiento de la dependencia respecto de las exportaciones que serían requeridas de la Unión Europea y Asia del Este para este giro de ajustes no se ha producido. Japón todavía está cautivo de una deflación basada en los activos que no ha sido compensada por una década de medidas fiscales keynesianas; buena parte de Asia es todavía subdesarrollada y dependiente de las exportaciones, y las monedas asiáticas (notablemente la unidad monetaria china) han sido mantenidas pegadas a los bajos valores relativos al dólar para mantener la competitividad de las exportaciones. A su vez, todo esto ha hecho que el gasto japonés de alrededor de 6 billones de yenes (más de u\$s 50 mil millones) en la primera mitad de 2003 impidiera la apreciación del yen y minara las esperanzas de recuperación de Japón⁴². Por lo tanto, este depende de que Europa se vuelva capaz de absorber una porción mucho mayor de las exportaciones mundiales (incluyendo las de EUA), presiones que se reflejan en el aumento del Euro. No está del todo claro que la Unión Europea sea política, organizacional o económicamente capaz de llevar a cabo este proyecto. El Pacto de Estabilidad y Crecimiento y la independencia y las políticas astringentes del Banco Central Europeo han bloqueado el activismo fiscal y la reflación impulsada por el crédito. La parálisis europea en estas áreas de política económica, a pesar de que se promuevan medidas de flexibilidad y competitividad de los mercados, parece destinada a perdurar.

En ninguno de estos dos escenarios, sin embargo, hay razones para esperar que la modulación de las relaciones inter-imperiales constituya una ruptura con el neoliberalismo o la centralidad del poder de EUA. Un Euro más fuerte, una nueva constitución de la Unión Europea con una membresía ampliada, y movimientos hacia políticas de seguridad y defensa comunes pueden estar registrando estas modulaciones. Pero es difícil pensar que la Unión Europea esté proponiendo alguna transformación estratégica, y no un cambio meramente táctico, que exceda los confines de las instituciones existentes y los mecanismos neoliberales para coordinar las relaciones inter-imperiales.

Hay un tercer escenario más dramático que no puede ser descartado como imposible. La recesión que envuelve a EUA podría simplemente continuar por

más tiempo, y la corrección de los desequilibrios estadounidenses desembocar en un ciclo deflacionario a partir de mayores desastres con los activos y arrastre de deudas. Esto reforzaría los actuales problemas deflacionarios de Japón y Alemania. Si fuera suficientemente brutal, este proceso de devaluación radical podría corregir los desequilibrios estadounidenses, aunque es imposible predecir dónde y cómo podría terminar. En una fase más temprana del imperialismo, estos procesos desataron los desastres económicos del período de entreguerras a raíz de que las rivalidades competitivas estrangularon y luego quebraron la circulación internacional de capital. Pero hoy el bloque imperialista seguramente intentaría una respuesta coordinada a través de las instituciones internacionales existentes para frenar rápidamente esta letal espiral económica y restaurar cierta estabilidad, si no todas las condiciones para una rápida acumulación.

La interdependencia desigual del mercado mundial durante este período de neoliberalismo ha servido precisamente para evitar guerras comerciales tendientes a "perjudicar al vecino" y a devaluaciones agudas. En su lugar, se ha producido una coordinación de políticas dentro del bloque imperialista tendiente a realinear las monedas o a inyectar liquidez en coyunturas cruciales, a reproducir los patrones existentes de competencia internacional al costo de poner aún más capital ficticio y especulativo en circulación. Si Leo Panitch y Sam Gindin tienen razón al sugerir que actualmente las relaciones inter-imperiales impiden que las contradicciones económicas intrínsecas lleven nuevamente a los enfrentamientos violentos del pasado entre rivales imperiales, también tienen razón al alertar acerca de los límites que impone el imperio norteamericano –que rige a través de los estados– para el desarrollo de una estrategia de crecimiento neoliberal coordinada, aún entre los países capitalistas avanzados⁴³. Esto es así porque la nueva economía del imperialismo no elimina la competencia: tanto la competencia como la unidad permanecen en los circuitos internacionales de capital. Además, en condiciones de crecimiento económico lento y capacidad inutilizada en el mercado mundial, la rivalidad competitiva obliga a cada zona del mundo a embarcarse en un proceso continuo de innovación y reducción de costos, y a internacionalizar su capital en la búsqueda de nuevos mercados y para abaratar su producción.

De hecho, la reorganización de los estados y las relaciones sociales tendientes a fomentar la competencia internacional, en todas estas formas, ha sido un rasgo integral de esta fase del imperialismo en los tres bloques imperialistas. Los aparatos del estado están siendo sistemáticamente reorganizados alrededor de una estrategia de "austeridad competitiva" –fortalecimiento de los aparatos económicos que auspician la internacionalización del capital mientras que se reestructuran las políticas laborales para efectivizar la compresión de los salarios, búsqueda de austeridad fiscal para las políticas sociales mientras que se reducen impuestos para atraer capital internacional, y así sucesivamente. No obstante la apariencia "keynesiana" de las medidas tendientes a reflacionar la economía y mantener condiciones para la realización mediante la extensión del crédito privado y el retorno a los déficits gubernamentales (a la vez que se sigue saqueando a los empleados públicos), es la dinámica redistributiva de la austeridad de la clase obrera para incrementar la competitividad internacional la que, por sobre todo, guía las políticas estatales. La intensificación de la explotación en las relaciones de

clase de los espacios diferenciados del mercado mundial es la otra cara de la internacionalización del capital y la expansión del mercado mundial en esta fase de imperialismo.

Como lo señaló Alavi, el nuevo imperialismo asigna la incorporación de todas las zonas del mercado mundial en un sistema económico universalizado –las reglas formalmente "iguales" de intercambio del mercado capitalista mundial y las normas del sistema del estado-nación. En el bloque imperialista, la internacionalización de capital ha solidificado un interés material por sostener las formas de desarrollo desigual y los acuerdos organizacionales jerárquicos del mercado mundial actual. El neoliberalismo como una forma de poder social y de relaciones de clase, y la competitividad internacional como su expresión exteriorizada, es reproducido en los capitalismo nacionales no como una organización más "racional" del mercado mundial, o como una imposición del "modelo norteamericano" sobre los modelos "europeo" o del "Este asiático", sino como parte del imperialismo contemporáneo. De hecho, incluso las clases dominantes en el bloque dominado pueden ver sus intereses –tanto en términos de acumulación de capital como del deseo de ascender en la escala de la cadena imperialista– representados en la circulación internacional del capital, tal como las elites coloniales y compradoras del pasado lo hicieron en el viejo imperialismo. Esto es así a pesar de las aborrecibles inequidades que producen las políticas neoliberales de ajuste estructural que reducen el consumo de los pobres y los trabajadores en estos países para mejorar la competitividad internacional, mientras que los ahorros mundiales fluyen para financiar la prodigalidad de los consumidores estadounidenses y del bloque imperialista en su totalidad.

¿Como se sostiene esto? Aquí radica la importancia de la visión de Dick Bryan en el sentido de que hoy "la contradicción entre el carácter internacional de la acumulación y la nacionalidad de la regulación estatal no se resuelve mediante la subordinación de la última a la primera, sino mediante la redefinición del rol del estado que hace que la dominación de los cálculos globales se presente como beneficiosa para todos los habitantes del país. En particular, la clase obrera en cada nación debe ser convencida de que la búsqueda de la competitividad internacional es una agenda válida tanto para los trabajadores como para el capital"⁴⁴. Mientras la vieja economía del imperialismo combinaba políticamente una "aristocracia trabajadora" con "proyectos imperiales" a través del nacionalismo, la nueva economía del imperialismo interioriza una lógica de competencia internacional entre trabajadores, firmas y estados en la construcción de "proyectos locales" y "nacionales" para sostener "su" espacio en un mundo globalizado. Para minar esta lógica, será crucial que las luchas antiimperialistas actuales desafíen la ideología y la práctica de la competencia internacional, tal como está universalizada en instituciones como la OMC y el FMI y particularizada en estados nacionales y ámbitos de trabajo locales. En este contexto, las luchas anti-globalización contra las instituciones económicas internacionales que fomentan la internacionalización del capital han sido un paso importante de la izquierda. El paso siguiente que sería necesario dar es el desarrollo de nuevas luchas por la "soberanía democrática" sobre los imperios del capital, que impliquen visiones y prácticas apropiadas para "una clase diferente de estado". Estas son las únicas estrategias democráticas de salida del neoliberalismo y de su interminable búsqueda de competitividad; es decir, de salida de la economía del nuevo imperialismo.

Notas

* Traducido por Ruth Felder.

1 "Imperialism Old and New", en *Socialist Register 1964*, New York: Monthly Review Press, 1964, pp. 104 y 123-4 [edición en español: Alavi, H. "Viejo y nuevo imperialismo", en Santi, P et al., *Teoría marxista del imperialismo*, Editorial Pasado y Presente].

2 Harry Magdoff ha desarrollado esta idea mediante la noción de "imperialismo sin colonias" (ver su *Imperialism: From the Colonial Age to the Present*, New York: Monthly Review Press, 1978), y también Leo Panitch y Sam Gindin mediante su concepción de "imperio informal" (ver su ensayo en este volumen). Ambos se refieren específicamente al imperialismo estadounidense.

3 Ver David Gordon, "The Global Economy: New Edifice or Crumbling Foundations?", *New Left Review*, 168, 1988; Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century*, London: Verso, 1994; y Robert Brenner, "The Economics of Global Turbulence", *New Left Review*, 229, 1998. Los análisis weberianos han enfatizado aún más la creciente rivalidad económica pero no han hecho lo mismo con la dinámica de poder involucrada en los procesos contradictorios de desarrollo desigual. Ver Jeffrey Hart, *Rival Capitalists: International Competitiveness in the United States, Japan, and Western Europe*, Ithaca: Cornell, 1992; y Robert Boyer y Jean-Pierre Durand, *After Fordism*, London: Macmillan, 1997.

4 "New US Economy Part 2: Winning Ways: Ready Bucks and a Flair for Risk", *Financial Times* (14/12/1999).

5 Michael Hardt y Toni Negri, *Empire*, Cambridge: Harvard University Press, 2000; Leslie Sklair, *The Transnational Capitalist Class*, Oxford: Blackwell, 2001; y Stephen Gill, *Power and Resistance in the New World Order*, New York: Macmillan, 2003.

6 Peter Gowan, *The Global Gamble*, London: Verso, 1999; Leo Panitch, "The New Imperial State", *New Left Review*, 2, 2000; y Michael Hudson, *Super Imperialism: The Origin and Fundamentals of US World Dominance*, London: Pluto, 2003.

7 "Comments on Imperialism", *Radical History Review*, 57, 1993, p. 77.

8 Karl Marx, *Grundrisse*, New York: Vintage, 1973, pp. 539, 542.

9 Marx, *Grundrisse*, p. 408.

10 David Harvey, *The Limits to Capital*, Chicago: University of Chicago Press, 1982.

11 Ver Aijaz Ahmad, ed., *On the National and Colonial Questions: Selected Writings of Marx and Engels*, New Delhi: Leftwords Books, 2001.

12 Karl Marx, *Capital*, Vol. 1, New York, International Publishers, 1967, p. 451 [edición en español: *El Capital*, Vol. 1, México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 376].

13 Karl Marx, *Capital*, Volume 3, New York, International Publishers, 1967, pp. 237-40.

14 Karl Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy*, New York: International Publishers, 1970, p. 80.

15 Para una revisión ver Anthony Brewer, *Marxist Theories of Imperialism*, London: Routledge, 1980; Charles Barone, *Marxist Thought on Imperialism*, Armonk: M.E. Sharpe, 1985; y Alex Callinicos, "Marxism and Global

Governance", en David Held y Anthony McGrew, eds., *Governing Globalization*, Oxford: Polity, 2002.

16 Nikolai Bukharin, *Imperialism and World Economy*, London: Merlin, 1972, pp. 25-6 y 80. Ver también Rosa Luxemburgo, *Accumulation of Capital*, London: Routledge y Kegan Paul, 1951; Rudolf Hilferding, *Finance Capital*, London: Routledge, 1981; V.I. Lenin, *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism*, Peking: People's Publishing House, 1964; and Karl Kautsky, "Ultra-Imperialism", *New Left Review*, 59, 1970.

17 Este tema ha sido tratado por los teóricos de la dependencia así como por teóricos neomarxistas del imperialismo que se centraron en los países periféricos.

18 Ernest Mandel, *Europe versus America: Contradictions of Imperialism*, New York: Monthly Review Press, 1970; Robert Rowthorn, "Imperialism in the 1970s - Unity or Rivalry?" *New Left Review*, 69, 1971; y John Halliday y Gavan McCormack, *Japanese Imperialism Today*, New York: Monthly Review Press, 1973.

19 James Petras y Robert Rhodes, "The Reconsolidation of US Hegemony", *New Left Review*, 97, 1976; y Martin Nicolaus, "The Universal Contradiction", *New Left Review*, 59, 1970.

20 Ver Alavi, "Imperialism Old and New", así como los ensayos de Christian Palloix y Robin Murray en Hugo Radice, eds., *International Firms and Modern Imperialism*, New York: Penguin, 1975.

21 Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, London: New Left Books, 1974, p. 81.

22 Leo Panitch, "Globalisation and the State", *Socialist Register 1994*, London: Merlin Press 1994.

23 Esta sección se basa en Michel Beaud, *A History of Capitalism, 1500-2000*, New York: Monthly Review Press; Robert Brenner, *The Boom and the Bubble*, London: Verso, 2002; y Robert Albritton, Makoto Itoh, Richard Westra y Alan Zuege, eds., *Phases of Capitalist Development*, New York: Palgrave, 2002.

24 Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, Paris: OECD, 2001, pp. 131 y subsiguientes.

25 FMI, *World Economic Outlook*, abril de 2003, Washington: IMF, 2003, cap. 1; Stephen Roach, *Deflation in the World Economy*, New York: Morgan Stanley, noviembre de 2002; y "Breaking the Deflationary Spell", *The Economist* (28/06/2003).

26 *World Economic Outlook*, p. 11.

27 Ver "Bankruptcies Forecast to Stay Near Record", *Financial Times* (27/02/2003); Robert Brenner, "Towards the Precipice", *London Review of Books*, 25(3), 2003; y Wynne Godley, "The US Economy: A Changing Strategic Predicament", Levy Economics Institute, 2003.

28 OCDE, *Economic Outlook*, 73, Paris: OCDE, 2003, pp. 10-16.

29 Fred Bergsten y John Williamson, eds., *Dollar Overvaluation and the World Economy*, Washington: Institute for International Economics, 2003; y "Washington's Weak Dollar Policy", *Financial Times* (20/05/2003).

30 Esto es exactamente lo que el Banco de Pagos Internacionales plantea en su *Annual Report 2003*, Basilea: BPI, 2003, cap. 8.

31 UNCTAD, *World Investment Report 2002*, New York: Naciones Unidas, 2002; Peter Dicken, *Global Shift*, New York: Guilford, 1998, pp. 42-9; y Richard

- Kozul-Wright and Robert Rowthorn, eds., *Transnational Corporations and the Global Economy*, Londres: Macmillan, 1998.
- 32 UNCTAD, *World Investment Report* 2002, p. 37.
- 33 Maddison, *The World Economy*, pp. 135-7. En cambio, Alemania y especialmente Japón tienen superávits en sus activos netos.
- 34 Ver "The Debt Bomb", *Barron's* (20/01/2003); y "The True Cost of Hegemony: Huge Debts", *New York Times* (20/04 /2003).
- 35 CEPAL, *Latin America and the Caribbean in the World Economy, 2000-1*, CEPAL, 2002.
- 36 Basado en el Índice Wiltshire 5000 de todas las compañías que operan públicamente. Ver "Hold on for a Wild Ride", *New York Times* (21/07/2002).
- 37 "Market Bubble Being Inflated?", *Toronto Globe and Mail* (20/06/2003); y "On a Wing and a Prayer", *Financial Times* (03/07/2003).
- 38 Banco de Pagos Internacionales, *Annual Report* 2003, cap. 4.
- 39 OCDE, *Economic Outlook*, pp. 71-80; Paul Krugman, "Jobs, Jobs, Jobs", *New York Times* (22/04/2003); y "Schroeder Urges Party to Grasp Need for Reform", *Financial Times* (24/05/2003).
- 40 OMC, *Annual Report* 2003, Ginebra: OMC, 2003, cap. 1.
- 41 Ver "The World Economy Adjusts to a Disappointing Decade", *Financial Times* (02/07/2003); y Alex Izurieta, "Economic Slowdown in the US, Rehabilitation of Fiscal Policy and the Case for Co-ordinated Global Reflation", Cambridge University, CERF Paper Working Paper 6, 2003.
- 42 "Investors Place Bets on Asia Foreshadowing US Recovery", *Financial Times* (27/06/2003).
- 43 Leo Panitch y Sam Gindin, "Imperio norteamericano y capitalismo global", en este volumen.
- 44 Dick Bryan, *The Chase Across the Globe*, Boulder: Westview Press, 1995, p. 186.